

EL LECTOR SUD-AMERICANO



NUEVO CURSO GRADUAL
DE LECTURAS

COMPILADO PARA EL USO

de las

ESCUELAS PRIMARIAS

POR

RAFAEL FRAGUEIRO

Libro Tercero

Editores: ANGEL ESTRADA y Cia.

BUENOS AIRES, CALLE BOLIVAR 466

1894

LL
1894
FRA

N^C-12
-110

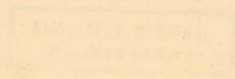


00049498

49

6345

6684



8

~~222~~
EL

BIBLIOTECA
J. M. DE VEDIA

LECTOR SUD-AMERICANO

NUEVO CURSO GRADUAL DE LECTURAS

COMPILADO

PARA USO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS

POR

RAFAEL FRAGUEIRO

LIBRO TERCERO

19218

11976



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BUENOS AIRES

ANGEL ESTRADA Y CA.—EDITORES

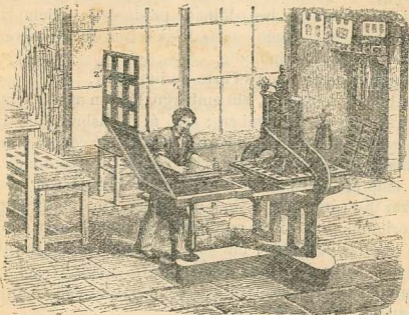
466—CALLE BOLIVAR—466

1894

129 X 124

LECTURA PRIMERA.

La Imprenta.



LA IMPRENTA es, tal vez, el invento más importante de los tiempos modernos. Fué inventada á mitad del siglo XV por *Juan Gutemberg*, de Maguncia, establecido en Estrasburgo.

Para reproducir gran número de hojas impresas, imaginó Gutemberg esculpir de relieve, sobre planchas de encina, los caracteres de la escritura, los que cubría de una tinta negra y grasa, y aprensaba en seguida, contra dichas planchas, las hojas de papel.

Pero este era, como veis, un proceder muy lento y costoso; era preciso para imprimir una sola obra, esculpir tantas planchas como páginas tuviera el libro; luego cualquier letra que se gastara, inutilizaba por completo el resto de la plancha.

Para evitar estos inconvenientes, esculpió Gutemberg los caracteres sueltos y usólos después, formando las palabras enhebradas á modo de cuentas de collar; pudo así componer las páginas, producir los ejemplares que deseaba y luego separar las letras para volver á formar la página siguiente.

Tal fué en su origen el arte de imprimir.

Estos experimentos, sin embargo, habían agotado todos los recursos de Gutemberg; dejó á Estrasburgo en 1444 y regresó á su ciudad natal, donde se asoció con un orfebre llamado *Fust*, que le proporcionó dinero para continuar en su empresa. Entonces, entrambos imaginaron reemplazar los caracteres ó tipos de madera que tan pronto se deterioraban, por otros esculpidos en metal; pero uno de sus obreros *Schœffer*, fue el que completó el descubrimiento, hallando el medio de fundir las letras, y por consiguiente fabricar de á miles los tipos que antes era necesario tallar uno por uno.

La *Biblia*, el Libro de Dios, fué el primer libro que salió de las prensas de los tres socios.

Este invento, llamó inmediatamente la atención del mundo.

Los doctores de la Sorbona, primera universidad de París, hicieron venir de Maguncia tres impresores que habían trabajado bajo la dirección de Gutemberg.

Fueron alojados en el mismo colegio é instalaron en él su primer establecimiento.

Las maravillas en este arte novel, causaron honda im-

presión en los parisienses. El pueblo y hasta el parlamento mismo acusaron de brujería á los impresores, que se hallaron por lo tanto amenazados por una terrible condena; pero el rey Luis XI, les tomó bajo su protección, hizo callar las insensatas declamaciones y favoreció con todo su poder los progresos de la admirable industria.

Un siglo más tarde el invento de Gutemberg hallábase en Francia floreciente, y Francisco I, fundaba la imprenta real. Fué en aquel entónces cuando el célebre editor *Roberto Estienne*, publicó magníficas ediciones de antiguos autores, y expuso (para llegar á una corrección y exactitud perfectas), en las puertas de su establecimiento las *pruebas* de lo impreso, ofreciendo un tanto por cada error que se descubriera en ellas.

Poco á poco fué adquiriendo la imprenta un alto grado de perfección: los nombres de *Aldo Manucio* y de *Elzevir* se han hecho célebres en la historia de la impresión y acompañan conjuntamente con los de Baskerville y Didot el nombre de Roberto Estienne.

En nuestros días, el empleo de las máquinas ha acelerado prodigiosamente la rapidez de la impresión.

Una de las innovaciones más importantes, es la de la *estereotipía*, por la que se puede conservar bajo una forma inmóvil y sólida, las páginas compuestas de antemano en caracteres movibles, y expuestos por consiguiente á ser embrolladas por cualquier accidente; para conseguir esto, se han imaginado muchos procedimientos. He aquí el más usual: se compone las páginas con caracteres ordinarios, y en lugar de cubrirlos de tinta de imprimir, se saca el molde de la composición en un yeso sumamente fino, en el que los caracteres se reproducen en hueco: se vierte metal fundido en estos huecos, y el metal después, endureciéndose, reproduce las letras en relieve.

Otro de los sistemas estereotípicos, es el de obtener las planchas de lo impreso por medio de la *galvanoplastia*: estas planchas son de cobre y dan un número mayor de ejemplares que las de yeso, debido á su duración.

LECTURA 2^a.

Deberes para con la Patria.

DEMASIADO JÓVENES sois aún, amiguitos míos, para poder tomar participación en los negocios públicos; pero sé que amáis á la Patria y que todos os preparáis á servirla como verdaderos hijos, tanto en la paz como en la guerra.

Para conseguir esto, es menester que cumpláis con los deberes que impone el patriotismo y que están por encima de todo interés personal.

No olvidéis nunca este pensamiento de Montesquieu: «Si yo supiera alguna cosa que me fuera útil, pero perjudicial para mi familia, la rechazaría de mi mente; si supiera de alguna cosa que fuera útil á mi familia y perjudicial para mi país, la miraría como un crimen.»

En estas palabras se compendian los deberes del buen ciudadano.

Como la grandeza y prosperidad importan á todos sus hijos, fácilmente alcanzaréis cuán necesario se hace el que todos y cada uno cumplan concienzudamente con sus obligaciones, para con la patria común.

Cuéntanse, indiscutiblemente, entre las más importantes de estas obligaciones, las que imponen las elecciones,

las cuales tienen por objeto confiar las diversas funciones del gobierno á las personas que sean más caracterizadas y dignas de desempeñarlas.

Todos los que por la ley estén llamados á tomar parte en las elecciones deben asistir á ellas, con el fin de dar su voto á la persona que juzguen más apta y capaz para ejercer la misión que le será confiada.

En muchos casos un voto de más ó de menos puede hacer inclinar la balanza á favor de una ú otra persona. Si un elector, descuidando ó despreciando este llamado de la patria, no acude y es causa de que un hombre inepto ó indigno llegue á ser electo, este mal elector tiene sobre su conciencia todos los errores y faltas que cometa el que ha sido elegido. ¡Y cuánto más criminal no será, el que teniendo en vista nada más que su interés personal, vendiera su voto á un candidato indigno de la confianza de sus conciudadanos!

Los que verdaderamente aman á su país, saben cuando se trata de servirlo, dejar á un lado todas las consideraciones de provecho particular.

En caso de guerra con el extranjero, todos le debemos á la Patria nuestro personal concurso; pero no es amarla el contribuir á las guerras civiles que desgarran sus entrañas, detienen su progreso y arruinan su grandeza.

Otros deberes hay para con la Patria que comprendéis más adelante, tal vez algo incómodos á veces, pero que todo buen ciudadano debe esforzarse en cumplir, pues son como los cargos obligatorios, pero siempre dulces en el fondo, que gravan á los hijos en las necesidades y enfermedades de la madre.

Los que tienen empleos de la Nación, están tan obligados á ser asíduos y perfectos empleados, como los que dependen de una casa particular: de no hacerlo así,

no solo roban el dinero al Estado, sino que faltan á sus deberes de patriotas.

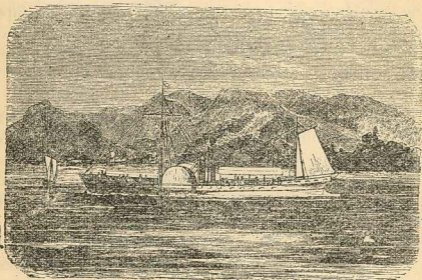
Un magistrado francés, abandonando, no há mucho, la carrera que había gloriosamente recorrido, decía á un amigo: «Durante cuarenta y dos años que he ejercido, la magistratura, Dios me conservó siempre la salud y no he faltado en estos cuarenta y dos años más que á veinticinco ó treinta audiencias.

«No es un mérito, añadía el noble anciano con una admirable modestia, es una gracia de Dios; hubiera sido muy culpable si pudiendo cumplir mis deberes, los hubiera descuidado.» Ya véis que el patriotismo no consiste únicamente como muchos creen en ser valientes y estar prontos á defender nuestra tierra natal: y quedáis enterados de que impone muchas otras obligaciones.

Vosotros no las tenéis todavía pero debéis prepararos á cumplirlas cuando os llegue el turno, estudiando con ahinco y esforzándoos para llegar á ser hombres de nota y de provecho; así cumpliréis desde ya como patriotas, que en eso y en quererlo se encierran los deberes de los niños para con su país.

LECTURA 3ª.

El Vapor.



DEBEIS haber notado muchas veces, que cuando se hace calentar el agua, una parte de ella se transforma en un humo liviano, que se llama *vapor*, y que depositado por ejemplo en la tapa de la caldera, vuelve á caer en gotas de agua, una vez que se enfría. Este vapor ocupa en el espacio mayor extensión que el agua en su estado ordinario; y si no puede extenderse libremente en el aire, cuando se forma, por ejemplo, en un recipiente herméticamente cerrado, al principio se comprime fácilmente, pero luego hace un esfuerzo para deshacerse del obstáculo que lo detiene; si no halla salida, y continúa desarrollándose bajo la acción del fuego, concluye por hacer estallar en pedazos las calderas más sólidas.

Ahora bien, fácilmente comprenderéis, que si en vez de cerrar el recipiente en que se vá á calentar el agua, de una manera hermética, se le pone una tapa móvil, llegará un momento en que ésta se levantará por la fuerza del vapor. Supongamos que en lugar de una tapa, termine la caldera por un simple tubo cerrado por un tapón que pueda correr de arriba á bajo y vice versa; si se hace bajar el tapón á bajo, no tardará el vapor en empujarlo hasta arriba, y volverá á bajar si se le dá escape al vapor.

Atemos á este tapón una cadenilla ó una varita cualquiera, y veremos que varilla y cadenita se pondrán en movimiento por medio del tapón.

Espero que os habéis dado cuenta de este resultado. Si es así, como no dudo, habéis comprendido el principio de las máquinas de vapor; pues estas consisten, en efecto, en aparatos en los que desarrollándose el vapor en el interior de un recipiente, y escapándose luego alternativamente, hace ir y venir dentro de un tubo ó cuerpo de bomba, una especie de tapón de metal, llamado *pistón*, munido de un eje apto para poner en movimiento á su vez ya brazos de palanca, ó ya rodajes.

La potencia del vapor y la impulsión que imprime al pistón, son tales, que una máquina bien constituida y de suficiente dimensión puede tener tanta fuerza como cientos de caballos.

Las construcción de estas máquinas ha ejercido una grande influencia sobre la industria y el comercio: y aunque hace ya muchos siglos que se había notado la fuerza explosiva del vapor, su origen es moderno.

Cerca de ciento veinte años antes de Nuestro Señor Jesu-Cristo, un mecánico de Alejandría, llamado Heron, imaginó un aparatito que funcionaba á impulso del vapor;

pero este descubrimiento parece no haber tenido consecuencias hasta mediados del siglo XVI, en el que un capitán de navío, *Blasco de Garay*, constituyó un barco que marchaba sin remos y sin velas, por medio de ruedas puestas en movimiento por el vapor. El 17 de Junio de 1543 se hizo un ensayo en el puerto de Barcelona en presencia del emperador Carlos V; pero no obtuvo mayor velocidad que la de una legua por hora y el monarca no juzgó suficientemente importante este resultado, como para estimular y ayudar al inventor.

A mediados del siguiente siglo un francés, *Dionisio Papin*, constituyó otra máquina de vapor y puso en movimiento un barco por medio de un pistón. Francia no comprendió tampoco los resultados que podía producir semejante descubrimiento, y Papin murió en el destierro y la miseria.

En 1699, un inglés, el capitán *Savery* hizo los primeros ensayos en grande, de aplicación del vapor á las máquinas.

Los aparatos de *Savery* eran aun muy imperfectos y de difícil empleo; pero recibieron inmensas mejoras debidas á *Jaime Watt*, que fué el primero que las puso al alcance de la industria manufacturera.

Constituyéronse en sociedad varios ricos capitalistas para facilitar al hábil ingeniero los medios de desarrollar sus experimentos, y Watt, se comprometió á reemplazar las viejas máquinas, sin más emolumento, que la tercera parte de las sumas producidas por la economía realizada sobre el combustible empleado por la antigua maquinaria.

Y tan considerables resultados obtuvo, que su tercera parte, tan solo sobre las minas de Cornuailles alcanzó á más de veinte mil libras esterlinas por año. De aquí, de-

duciréis las ventajas incalculables que ofrece en las grandes fábricas el empleo de las máquinas á vapor.

Puede decirse que la acción del vapor ha cambiado el aspecto del mundo: empleado en las grandes usinas para poner en movimiento inmensas máquinas, ha centuplicado las fuerzas de la industria, y multiplicado sus productos; aplicada la locomoción, ha aproximado ya con los vapores, ya con los ferro-carriles, las más alejadas regiones.

Antes, los barcos, si eran de alguna dimensión marchaban únicamente á fuerza de velas, y si pequeños, á remo, como los botes.

Así es que los antiguos buques, cuando el aire estaba en calma, quedaban inmóviles en medio del mar; y si el viento les era contrario, podía sacarlos de su derrotero y arrojarlos sobre los escollos de las costas. Ved, pues, de cuán grande utilidad es para los marinos, una máquina que les hace navegar la inmensidad del océano, no ya solo con gran velocidad, sino tambien á pesar de los vientos, la calma y las mareas!

La aplicación definitiva del vapor á los buques, es una gloria americana. *Fulton*, nacido en Filadelfia, en la América del Norte, lanzó en Nueva York, en 1807, en medio de los aplausos entusiastas de la población el primer vapor, que se llamó «*El Clermont*».

FIG. 1.

abaxilari

-iupam argita.



as obtuvo que su tercera

á dñas de Cornualles alcanzó á

as estelias por año. De adu, de-

LECTURA 4ª.

El hombre, la parra y el pantano.

FÁBULA

HACÍA uno de esos pesados calores de bochorno. Un hombre que marchaba, percibió en la falda de una ladera, una hermosa parra, cargada de racimos; este hombre tenía sed, y tuvo deseos de aplacarla con aquellas uvas.

Pero entre él y la parra extendíase un fangoso pantano y era necesario atravesarlo para llegar á la ladera pero al principio no podía resolverse á ello.

Sin embargo, acosándole más la sed, díjose:

—Bah! tal vez el pantano no sea profundo, ¿qué me impide que no haga la prueba, como hacen tantos otros? No me ensuciaré más que el calzado, y al fin de todo el mal, no será muy grande.

No bien se hubo dicho esto, lanzóse en el fango, su pié se entierra en el infecto lodo, y pronto le llega el barro á la rodilla.

Detiénese, vacila, y se pregunta si no será mejor volver atrás.

Pero la parra y sus racimos, están delante de él, y su sed se aumenta á ese espectáculo.

—Ya que he hecho tanto, se dice, ¿para qué volver sobre mis pasos? Bastante me ha costado venir hasta aquí. El mal está hecho. Un poco de más ó de menos lodo, no me debe detener. Y luego ¡bah! se irá, lavándose en el primer arroyo.

Este pensamiento le decide; y avanza, hundiéndose

en el fango cada vez más: llégale hasta el pecho, luego hasta el cuello, luego hasta los labios, y por último le cubre la cabeza. Jadeante, casi asfixiado, hace un último esfuerzo, se levanta algo y va á caer al pié de la ladera.

Impregnado de un légamo negro y viscoso que chorre de sus ropas y su cuerpo, arranca el fruto tan codiciado, y se harta. Pero en seguida, incómodo y avergonzado de sí mismo, se despoja de su ropa y busca una agua clara para lavarla. Pero por más que la lava, el olor persiste: ha penetrado su carne y sus huesos, y se exhala de ellos sin cesar, formando al rededor de él una atmósfera fétida.

No pongamos jamás nuestros pies en la senda del mal; de nada vale decir me detendré antes de llegar á lo hondo.—Es más fácil detenerse en tierra firme, que en el fango.



LECTURA 5ª.

La Hipocresía.

EL hombre emplea la hipocresía para engañarse á sí mismo, acaso, más que para engañar á los otros.

Rara vez se dá á sí propio, exacta cuenta del móvil de sus acciones; y por esto, aun en las virtudes más acendradas, hay algo de escoria.

El oro enteramente puro, no se obtiene sino con el crisol de un perfecto amor divino; y este amor en toda su perfeccion, está reservado para las regiones celestiales.

Mientras vivimos aquí en la tierra, llevamos en nuestro corazón, un germen maligno, que lo mata ó enflaquece ó deslustra las acciones virtuosas; y no es poco si se llega á evitar que ese germen se desarrolle y nos pierda.

Pero á pesar de tamaña debilidad, no deja de brillar en el fondo de nuestra alma aquella luz inextinguible encendida en ella, por la mano del Creador; y esa luz nos hace distinguir entre el bien y el mal, sirviéndonos de guía en nuestros pasos y de remordimiento en nuestros extravíos.

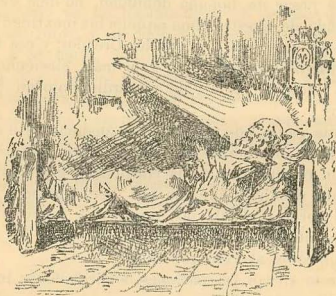
Por esta causa nos esforzamos á engañarnos á nosotros mismos para no ponernos en contradicción demasiado patente con el dictámen de la conciencia; nos tapamos los oídos para no oír lo que ella nos dice, cerramos los ojos para no ver lo que ella nos muestra, y procuramos hacernos la ilusión de que el principio que nos inculca, no es aplicable al caso presente.

Para esto sirven las pasiones, sugiriéndonos insidiosamente discursos sofisticos.

Cuéstale mucho al hombre parecer malo, ni aun á sus propios ojos; no se atreve, se hace hipócrita; pero con todas nuestras fuerzas debemos luchar contra tan pérfida tendencia.

LECTURA 6.^a

El Somnicida.



LA pereza es uno de los vicios que debemos combatir con ahinco, si queremos ser algo en nuestras respectivas situaciones.

Alfieri, gran escritor italiano, y Buffon, naturalista francés y muchos otros sabios y hombres notables, viéronse, acosados por ella; pero á fuerza de empeño y estratagemas lograron vencerla.

Hoy voy á narraros de qué modo se valió para conseguir este objeto un buen religioso cartujo del Convento del *Bien-de-Dios*, en Suiza.

Era este un sabio é inteligente Padre, pero una invencible inclinación al sueño le atormentaba terriblemente.

Por más que tenía la mejor voluntad del mundo para hacerlo, no podía despertarse nunca á las once para cantar maitines.

Pero á pesar de que ser tan dormilón, era este Padre excelente mecánico.

A fuerza de trabajo, fabricó él mismo un perfecto reloj, con un juego de campanillas á modo de despertador sonoro, que bien pronto fué insuficiente y entonces colocó el religioso en las esquinas y en el medio del capitel que coronaba el reloj, un mirlo, un gallo, y un tambor automáticos, que á la hora marcada hacían un barullo espantoso.

Durante unas cuantas noches, anduvieron bien las cosas; pero después de cierto tiempo, al llegar las once, las campanillas repicaban, el mirlo silbaba, cantaba el gallo y el monje roncaba. Cualquier otro en su lugar se hubiera desalentado; el Padre, buscando con ingenio, no tardó en imaginar una serpiente que, colocada sobre su cabeza, viniera siempre á las once á silbarle en el oído, como si le dijera: ya es hora ¡levántate!

Se había propuesto matar al sueño y lo consiguió.

La serpiente fué más hábil que el mirlo, el gallo, el tambor y las campanillas, los que sin embargo, no dejaban de hacer su acostumbrado ruido, á modo de complemento.

Aquello fué un invento maravilloso y el cartujo se despertaba constantemente á tiempo.

Pero ¡ay! en medio de su júbilo, hizo un triste descubrimiento.

Se había creído dormilón únicamente y se encontró con que además, era perezoso.

Por más que estaba despierto, vacilaba siempre antes de abandonar su duro jergón: á menudo perdía un minu-

to saboreando el placer de encontrarse acostado y en reposo. Era pues, preciso una reforma. El religioso sentíase culpable, y humillado el mecánico: aquello parecía cosa del diablo y era preciso vencerlo.

Pronto, bien pronto, el monje dispuso, en combinación con el reloj, un pesado barrote de madera, de modo que cayera reciamente sobre los piés del perezoso, diez segundos después de la advertencia de la caritativa serpiente automática.

¡Cuántas veces el pobre Padre dirigióse al coro, renqueando y dolorido!

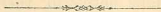
Pues bien! ¿lo creeréis? Sea que la serpiente hubiera perdido su aguda voz de falsete, ó que el barrote con el tiempo hubiese disminuido de peso ó el anciano se hubiese hecho más dormilón, ó más duras sus piernas ó que se hubieran acostumbrado al golpe, el caso es que no tardó en sentir la necesidad de otra intervención y decidió atarse al brazo todas las noches antes de acostarse, una sólida cuerda que á la hora fatal, se enrollaba sin decirle agua vól y le arrancaba del duro lecho y le tendía por tierra.

Este fué el último sistema que puso en práctica.

Sabe Dios, qué nuevos proyectos somnicidas rumiaba en su mente, cuando sintió que se dormía para siempre.

Dormir! ¡oh! el ferviente cristiano no pensó semejante cosa, y á pesar de su pecadito de pereza, exclamó lleno de confianza en Aquel, que perdona:—Al fin me despierto!

Y cerró los ojos en la tierra.



LECTURA 7ª

La urna de las lágrimas.

CUENTASE que hubo en un tiempo, una desgraciada viuda, que había quedado sin ningún bien sobre la tierra; concentró todas las afecciones de su vida sobre su única hijita, la linda Odeta á quien Dios había enriquecido con todos los dones de la gracia y de la naturaleza, como para dar un paraíso á su madre.

Odeta creció en edad y juicio, sin haber hecho correr una lágrima á nadie; algunas veces, sin embargo, su madre le hacía un tierno reproche, y esto cuando se abstraía en un ensueño y fijaba por largo tiempo sus azules ojos en el firmamento.

—Estás distraída, hijita?

—Es tan lindo el Cielo! respondía el ángel.

Y al oirla, una especie de terror se apoderaba de la pobre mujer, que pensaba:

—Si ese cielo, que es tan lindo, me arrebatara á mi Odeta! Ella es también como él bella y pura!

En la tarde del día en que la niña hizo su primera Comuni6n, una fiebre violenta se declaró, ¿sería la emoci6n de una alegríá inmensa, era la unió6n más completa con Jesús, que se manifestaba por un sufrimiento?

Los médicos fueron impotentes para contener los progresos de la enfermedad, y en un delirio en el que repetía sin cesar *Jesús, el Cielo, mamá*, Odeta espiró.

Nadie podrá describir el dolor de la desdichada madre: si la hija había ganado el Cielo, la madre había perdido su paraíso.

En un solo día, vertió todas las lágrimas que la felicidad había impedido que corrieran durante diez años.

Después, su plegaria fué ardiente, llena de fé; era la plegaria á la que Dios no resiste.

Concluida su tarea diurna, esta madre desolada, encerrada en su bohardilla, lejos de las miradas y consuelos humanos, lloraba y rezaba siempre.

Todos los días, hallábala en pié la aurora, no había querido tomar reposo alguno desde que su niñita no reposaba junto á ella, en el pobre lecho en que tantas veces la había contemplado durmiendo con dulzura angelical.

Dios tuvo piedad de tanto dolor, y se dignó escuchar sus súplicas; la viuda era pobre y los pobres son todopoderosos en el corazón de Dios, y los ángeles pensaban:

—El Señor, manifestará su misericordia, por alguna maravilla!

Llegó una noche: velaba la madre entre gemidos y plegarias, y la luna, en su último cuarto, iluminaba apenas con sus destellos tristes esta escena de desolación en el secreto de la mísera bohardilla.

De súbito, ábrese la puerta, y una dulce claridad, cuyo brillo encanta los ojos, se desprende de una aparición.

—Odeta! exclama la madre que reconoce á su hija, deslumbrante de belleza, pero sin ninguno de los adornos de la tierra, ¡hija mía!

Y sin embargo, la madre no se mueve, porque esta visión tan dulce, la atrae y la contiene á un tiempo mismo.

La niña, preséntale con sus manecitas una maravillosa urna de oro brillantísimo, que Odeta mueve con precaución, porque está llena hasta los bordes.

—Madre, dícele la niña: Dios me envía á tí. Hé aquí tus lágrimas. Todas me las ha dado! Ah, mamá: ¡soy tan feliz allá! No llores más, porque la urna está llena y si sigues llorando, Dios, para concederte lo que suplicas y devolverme á la tierra, me alejará del cielo donde te aguardo, y donde nada nos separará jamás.

Y se extinguió la visión, y en la mísera bohardilla, se respiró un celestial perfume.

Conmovida y feliz, la viuda, cayó de rodillas, para dar gracias al Señor, y exclamó:

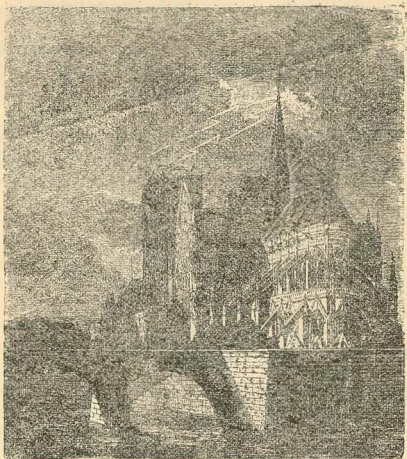
—Dios mío! qué lindo es un niño del cielo!

Y una lágrima cayó de sus párpados; pero no era ya una lágrima de dolor, sino un poema de agradecimiento; aquel llanto pues, no hizo desbordar la urna, y Odeta, permaneció en el Paraiso.



LECTURA 8.^a

El Pararayos.



No habéis visto esa vara de fierro larga, que sobresale de las torres y las azoteas? Sabéis lo que es?

—Un pararayos.

—Bien! un pararrayos. Y sabéis quién lo inventó y para qué sirve? No?

Voy á decíroslo.

El pararrayos sirve para preservar los monumentos y las casas del terrible y mortífero golpe de los rayos.

Benjamín Franklin, fué su inventor, y era hijo de un pobre jabonero de Pensilvania en la América del Norte. Su contracción al estudio y su energía han hecho de él un hombre célebre, tanto en la ciencia como en la política.

¿Cómo inventó el pararrayos?

Como era muy observador, y no andaba siempre distraído y papando moscas, como algunos niños que yo conozco, notó, que el rayo en general, se dirige hacia las copas de los árboles ó las partes más elevadas de los edificios, que tiene una marcada preferencia por los metales, que cuando se introduce en una masa de metal, no causa ningún daño hasta que sale de ella y por último que las puntas tienen la facultad de atraer lentamente y desde lejos, el flúido eléctrico acumulado en las nubes, causa de los rayos y truenos.

Tuvo luego la inspiración de hacer bajar de las nubes á la tierra este flúido.

Uno de los juguetes que más conocéis vosotros, le sirvió para resolver este audaz problema. Remontó una cometa con una punta de metal arriba, en medio de una tormenta, y en vez de un palo para envolver el ovillo colocó una llave, con la esperanza de que la electricidad recibida por la punta de metal atravesaría hasta la llave y saldría de ella en forma de chispas. Pero al principio fueron inútiles las tentativas, mas un aguacero que cayó, mojó la cuerda y la hizo capaz de conducir el flúido eléctrico, y Franklin vió con alegría brotar chispas de la llave. Su descubrimiento fué Providencial, pues si la

cuerda hubiera estado más empapada y la nube más cargada de electricidad, la chispa eléctrica hubiera dado muerte al gran físico americano.

Pronto vió Franklin el provecho que se podía sacar de su experimento. Desde ese momento la Providencia le había concedido apoderarse del rayo y de proporcionarle una marcha pacífica y tranquila.

Así nació el pararrayos. Este consiste en una barra de metal colocada en la cúspide de un edificio y puesta en comunicación con el suelo por una cadenilla también metálica.

La extremidad superior de la barra, está terminada en punta, la que para preservarla de la oxidación se dora, ó se luce de un trozo de platino. Si el rayo cae en un aparato construido de ese modo, marchará por la barra, luego por la cadenilla y se enterrará en el suelo con ella.

El pararrayos ofrece además la ventaja de evitar á menudo la caída del rayo; porque el flúido eléctrico de que esté cargada una nube, puede ser atraído, por él y sepultado en el suelo sin explosión ninguna.

Esta propiedad de que gozan las puntas de hierro y de platino, suele ser visible, y en las noches tormentosas no es raro ver una llama de fuego en la punta de la barra. Así es que los pararrayos, disminuyen la intensidad y número de las tormentas, y la fuerza y peligro de las descargas eléctricas.

Los pararrayos tienen acción sobre un espacio circular de un radio igual al doble de su altura; para preservar pues un gran edificio, será necesario armarlo de muchos pararrayos.

La construcción del conductor destinado á enterrar el flúido eléctrico, exige el mayor cuidado; de la manera

en que esté dispuesto dependen todos los efectos del aparato; si la barra está en comunicación con un mal conductor, en vez de proteger el edificio, atraería sobre él terribles catástrofes.

Supongamos interrumpida la cadena metálica, el rayo que hubiera pasado inofensivamente sobre nuestras cabezas, habrá sido atraído por el pararrayos, y estallará en el punto en que el conductor cesé de darle pasaje y caerá por consiguiente en el seno del edificio, que debía quedar invulnerado.

Debe ser el conductor suficientemente grueso para que el rayo no pueda fundirlo, y comunicar con todas las piezas de metal de un volúmen considerable que existan sobre la casa; y para que la herrumbre no altere sus propiedades, es conveniente rodearlo de una envoltura de madera ó pintarlo al óleo.

Un buen conductor, debe transmitir á la tierra el flúido eléctrico inmediatamente: esta condición no podrá ser desempeñada sino por un conductor en perfecto estado de conservación y que se halle enterrado en un paraje húmedo; por eso es necesario que la cadena penetre profundamente en un sitio en que la lluvia mantenga una humedad constante. Para que la herrumbre ú oxidación no destruya, la parte de conductor escondida en la tierra, se la rodea de carbón de leña; materia que es tan favorable como el suelo mismo al deslizamiento del rayo.



LECTURA 9.^a

El vaso de agua.

PRIMERA PARTE

EN 1815, el anciano cura de San Pedro, aldea que dista pocas leguas de Sevilla, regresó bastante fatigado á la casita parroquial, donde le aguardaba Doña Margarita, digna y septuagenaria ama de llaves.

Doña Margarita acababa de preparar la cena del cura; una no muy completa ni abundante olla podrida, confeccionada con los restos del puchero del almuerzo.

El cura aspiró con placer el olor de aquel plato que en su frugalidad, le parecía delicioso, y exclamó:

—Alabado sea Dios! Margarita, hé aquí una olla podrida que hace agua la boca! Caramba! debéis rezar más de un rosario, en acción de gracias por haber hallado semejante cena, para nuestro huésped!

Al oír la palabra *huésped*, levantó Margarita los ojos y vió en el dintel de la puerta, un desconocido que había llegado con el cura. La cara del ama de llaves se descompuso súbitamente, y tomó una extraña expresión de contrariedad y de fastidio.

La mirada que lanzó sobre el extranjero, brilló como un relámpago y se clavó en el cura, que bajó los ojos y dijo en voz baja, con la timidez de un niño medroso de la riña paterna:

—Bah! donde comen dos, comen tres. Y te hubiera pesado en el alma el que hubiese dejado morir de ham-

bre á un cristiano, que no ha comido hace dos dias.

—Virgen Santa! ¡qué cristiano! Si más bien parece un bandido!

Y salió rezongando.

Durante esta no muy amable escena, quedó el huésped del cura mudo é inmóvil sin animarse á entrar. Era este un hombre de alta estatura, semi vestido de harapos, cubierto de lodo y cuyos cabellos negros, chispeantes ojos y una larga carabina que cargaba, no debían inspirar sino un muy mediocre interés y sospechas nada tranquilizadoras.

—Me voy? preguntó al cura.

—Iros? No! respondió este. Nunca se echa á nadie de mi casa. Colocad en ese rincón vuestra carabina, recemos el *Benedicite* y sentémonos á la mesa.

—Yo no abandono nunca mi carabina. *Dos amigos son uno*, dice el proverbio: mi carabina es mi mejor amiga; la colocaré aquí á mi lado. Que si bien vos me queréis albergar en vuestra mansión y no hacerme salir de ella sino amistosamente y cuando yo desée, hay otros, que pueden intentar hacerme salir á pesar mío y tal vez con los pies estirados hacia adelante.

Con que así, á vuestra salud y comamos.

Era ciertamente hombre de buen apetito el cura de San Pedro, pero quedó como en éxtasis ante la voracidad del extranjero, que no contento con sorber más bien que tragar la olla-podrida casi entera, vació el pellejo de vino y no dejó ni migas de un enorme pan que podía muy bien pesar diez libras. Mientras comía vorazmente, no cesaba de lanzar inquietas miradas al rededor; se estremecía al menor ruido, y á un golpe de viento que cerró la puerta con violencia, saltó sobre su carabina y la armó, como dispuesto á vender cara la vida.

Repuesto en breve de este sobresalto, volvió á su puesto y continuó la cena.

—Y ahora, dijo al cura, con la boca aun llena, es preciso que llevéis al colmo vuestra hospitalidad.

Estoy herido en una pierna y hace ocho dias que no curo la herida. Dadme algunos trapos viejos, y en seguida os libraré de mí.

—No pretendo librarne de vos, replicó el cura. Soy algo quirurgo y no os encontraréis con la poca maña de un barbero.

Diciendo esto, sacó de un armario un atado en el que no faltaba nada de lo necesario para la operación; y se preparó, con las mangas dadas vueltas, á ejercer sus funciones de cirujano.

La herida del desconocido era profunda; una bala había atravesado la pierna á aquel desgraciado; y para caminar como lo hacía, le era necesario un esfuerzo y valor casi más que humanos.

—De ninguna manera podéis ponerlos en marcha hoy, observóle el cura, sondándole la llaga. Es preciso que paséis aquí la noche; una noche de reposo, repondrá vuestras fuerzas, disminuirá la inflamación y os deshinchará la carne.

—Es necesario que me vaya de aquí inmediatamente replicó bruscamente el extraño huésped. Hay gentes que me aguardan, dijo, con un suspiro doloroso; y hay gentes que me buscan añadió con sonrisa feroz. Con que veamos: ¿habéis terminado vuestra cura? Perfectamente! Ya estoy casi bien y ágil como si no tuviera herida alguna. Dadme un pan, y cobraos vuestra hospitalidad con esta moneda de oro, y á Dios!

El cura rechazó la moneda, diciéndole:

—No soy mesonero, y por lo tanto no vendo mi hospitalidad.

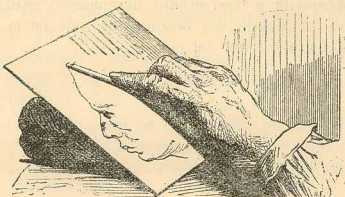
—Como gustéis, y perdón. A Dios!

Diciendo esto, el desconocido tomó el pan, que, por orden de su amo, aunque rechinando los dientes, había traído Margarita y bien pronto desapareció aquel hombre entre el ramaje del bosque que rodeaba la casa, ó mejor dicho la cabaña del cura.



LECTURA 10^a.

El grabado.



EN qué consiste el grabado?

En trazar y dibujar sobre una plancha de madera ó de metal líneas ó figuras ya en relieve ya en hueco las que se cubren después con una tinta análoga á la de imprenta, y los rasgos dibujados sobre la plancha, se reproducen aplicando contra ella una hoja de papel convenientemente preparada.

El grabado sobre madera y metal se inventó en Italia, el primero en 1380, y el segundo en 1460, por Finiguerra, platero de Florencia.

El grabado sobre metal, es mucho más fino y nítido que el sobre madera, y se ejecuta por diversos procedimientos. Voy á daros idea de uno de los más simples y más generalmente empleados.

Toma el grabador una lámina de cobre ó acero, y la calienta ligeramente; extiende sobre ella con ayuda del

calor, una capa de pasta ó barniz negrusco, compuesto con cera, aceite de linaza y negro de humo. Calca sobre un papel trasparente el dibujo, que quiere reproducir; aplícalo sobre la placa ennegrecida después de haberlo enrojecido por debajo con un polvo especial llamado *sanguina*, y pasa en seguida una punta casi chata sobre las líneas del dibujo, las que se marcan en rojo sobre la pasta.

Terminada esta operación, quita el papel y vuelve á pasar, pero esta vez sobre el dibujo rojo, una punta muy aguda que es llamada *buril*, y va quitando con ella la cera por donde pasó anteriormente la punta mocha.

En seguida de esto vierte agua-fuerte, sobre la plancha, y como esta no tiene acción sobre los cuerpos grasos, respeta al barniz, pero come el metal por todos los sitios descubiertos por el buril y traza profundamente sobre la hoja metálica las líneas del dibujo. Cuando el agua-fuerte que no es otra cosa que ácido nítrico dilatado en agua, *muerde*, como dicen los grabadores, suficientemente el metal, se limpia la plancha calentándola para derretir el barniz negro. No queda luego más que hacer, para terminar la plancha, que completar y suavizar por medio del buril los trazos marcados por la acción corrosiva del agua-fuerte.

Falta la impresión. Para esto se extiende tinta de imprenta sobre la lámina grabada y se la limpia en seguida. La tinta entonces no queda sino en las *entalladuras* hechas por el ácido nítrico y el buril, y para reproducirlas no hay más que colocarla en la *prensa* y aplicarle las hojas de papel.

Las *estampas* y láminas que tanto os gustan, niños míos, son debidas al grabado, y por consiguiente los niños de la antigüedad no fueron tan felices como vosotros, pues

no las conocieron y los libros en que estudiaban eran más áridos que los vuestros, pues estaban desprovistos de tan bello adorno y aliciente.

LECTURA 11.

El vaso de agua.

SEGUNDA PARTE.

UNA hora después se oyó un gran ruido de tiro, y poco después reaparecía el desconocido, herido en el pecho y pálido como un muerto.

—Tomad, dijo al cura, entregándole algunos escudos de oro; mis hijos... en la barranca... cerca del arroyo... Y cayó. Un tropel de gendarmes entró. El herido no hizo resistencia alguna y le maniataron rudamente. Pidióles el cura que le permitieran colocar una venda sobre la herida del desgraciado y se lo concedieron; pero sus instancias fueron inútiles cuando se empeñó para que no le condujeran en carro, demostrándoles y probándoles todo el peligro que había en transportar de tal modo á un hombre tan gravemente herido.

—Bah! bah! le replicaron, muera del viaje ó muera ahorcado, no por eso se vá á escapar. Es un famoso bandido, señor cura.

El herido agradeció al cura su interés con una ligera inclinación de cabeza.

En seguida pidió un vaso de agua, y cuando el cura se inclinó hacia á él para acercarle el vaso á los labios le interrogó con extenuada voz:

—Me habéis comprendido?

El cura respondióle con una mirada de inteligencia.

Cuando se alejó el convoy, á pesar de las observaciones de Margarita, que le hacía ver los peligros é inutilidad de una excursión al bosque en medio de la noche, el anciano sacerdote atravesó una parte del bosque y se dirigió hacia la barranca, en la que encontró junto á un cadáver de mujer, muerta sin duda por alguna bala perdida, un niño de pechos, y otro, como de cuatro años, que tironeaba á su madre de los brazos para despertarla, pues la creía dormida.

Juzgad de la sorpresa de Margarita, cuando vió regresar al cura con dos chicos.

—Santos y Santas del Paraíso! ¿Qué piensa hacer Vd. con eso, señor cura? Apenas tiene Vd. de qué vivir y se trae dos chicos!

Será preciso que yo vaya á mendigar de puerta en puerta, para Vd. y para ellos!

Y quiénes son esos niños? Hijos de un vagabundo, de un bohemio, de un bandido, de algo peor tal vez!

En ese momento el niño de pechos comenzó á llorar.

—Y cómo vá á hacer Vd., señor cura, para alimentar á este niño? porque Vd. no tiene los medios suficientes para pagarle una nodriza! Será necesario darle mamadera, y no sabe Vd. las malas noches que me va á causar á mí! Virgen Santa! ¡Si apenas tendrá seis meses! La suerte que aun queda en casa un poco de leche de hoy: corro á calentarla.

Y olvidando su descontento, fué por la leche, toruó, y quitando el niño al cura, besándole y acariciándole, comenzó á darle la leche.

Una vez que el pequeño se hubo satisfecho, que le hizo dormir y le acostó, tocóle el turno al otro.

Y mientras que Margarita, le desvestía y le preparaba una especie de cama con un manteo del cura, el buen sacerdote narraba á su ama de llaves dónde y cómo había hallado á los chicos y de qué manera le habían sido confiados.

—Todo eso es muy bueno y muy lindo, pero lo principal es saber de qué modo podremos vivir los cuatro.

Abrió el cura el Evangelio y leyó en voz alta:

«El que haya dado tan solo un vaso de agua fresca, á uno de mis pequeños, en nombre mío (mirádoles como discípulos míos), en verdad os digo, que no perderá su recompensa.»

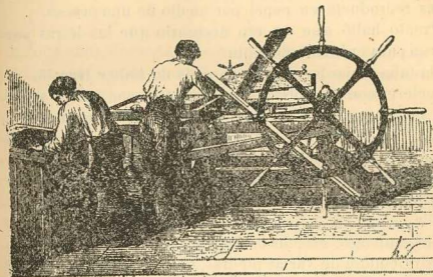
—Amén! respondió Margarita.

Al día siguiente, hizo el cura enterrar el cuerpo de la mujer hallada en el barranco, y rezó por ella el oficio de difuntos.



LECTURA 12.

La Litografía.



Las estampas obtenidas por el grabado, son caras á causa de que la preparación de la plancha es una operación muy larga y muy difícil. Pero un arte de reciente invención las ha puesto al alcance de todo el mundo, proporcionando un modo mucho más simple para multiplicar la reproducción: este arte es la litografía; compuesto de dos palabras griegas que significan: escribir en piedra.

Hace más ó menos un siglo que un pobre autor dramático de Munich, Luis Senefelder, no teniendo cómo hacer imprimir sus obras, buscó modo de imprimirlas él mismo; y concibió la idea de escribir sus versos y sus dramas en

sentido inverso, con una tinta crasa, primero sobre placas de metal, y luego—como que eran estas muy caras,—sobre piedras calcáreas obtenidas en una gran cantera que había cerca de la ciudad. Después de trazar los caracteres, vertía sobre la piedra ácido nítrico dilatado y roía así toda la superficie, menos lo escrito; de este modo obtenía sus obras en relieve, extendía después tinta de imprimir sobre ellas, y las reproducía en papel por medio de una prensa.

Pronto halló que no era necesario que las letras surgieran para cubrirlas de tinta.

Bastaba mojar la piedra, después de haber trazado los caracteres con un lápiz craso compuesto con jabón y negro de humo: el agua que no se mezcla nunca con la grasa, impedía á la tinta de imprimir el extenderse por las partes humedecidas por el agua, así que aquella no ocupaba más que las líneas y manchas hechas con el lápiz. Este es el procedimiento todavía en vigencia en la litografía.

Sin embargo, esta ha adelantado mucho, y se ha logrado, sirviéndose de varias piedras, obtener estampas perfectamente coloreadas y que llegan hasta á imitar las acuarelas artísticas; esta nueva rama del arte se llama: *cromolitografía*.

LECTURA 13ª.

El vaso de agua.

TERCERA PARTE.

DOCE años después, el cura de San Pedro, en aquel entonces tenía nada menos que setenta años, tomaba el sol sentado en el umbral de la puerta de su casita.

Era en invierno, y aquel sol brillaba después de dos días de niebla y mal tiempo.

Cerca del anciano sacerdote, leyendo en voz alta el breviario, hallábase un niño como de doce á trece años, más allá un adolescente de quince á diez y seis, trabajaba activamente en un jardinillo contiguo á la casa.

Margarita, cerca de allí, escuchaba sin ver; los años la habían dejado ciega.

De pronto hízose oír el ruido de un carruaje que se acercaba, y el niño lanzó un grito de alegría.

—Qué lindo coche! qué lindo coche!

En efecto, una magnífica carroza llegaba de Sevilla.

Detúvose delante de la casa parroquial, y un criado ricamente vestido, se acercó al anciano, y le pidió un vaso de agua para su amo.

—Cárlos, dijo el cura al más jóven de los muchachos, trae un vaso de agua para ese señor, y otro de vino, por si quiere aceptarlo. Vé presto.

El caballero abrió la portezuela del carruaje y bajó.

Era un hombre que frisaba en la cincuentena. Después de saludar al cura, preguntóle:

—Son sobrinos vuestros estos niños?

—Son más; son mis hijos, mis hijos de adopción.

—Cómo así?

—Voy á explicároslo, y para que luego me déis una idea.

Pobre y viejo, é inexperto sin embargo de las cosas del mundo, tengo necesidad de un buen consejo para saber de qué modo asegurar el bienestar de estos niños.

Y contó la historia de los chicos: la historia que todos conocéis, amiguitos míos.

—Qué me aconsejáis que haga de ellos? preguntó el sacerdote al caballero, después de haber puesto fin á su relato.

—Que les hagáis abanderados de las guardias de rey; y para que puedan sostener su rango convenientemente, será preciso asignarles una pensión de cuatro mil duros.

—Os pido un consejo y no una broma, replicó el cura.

—Y luego será preciso reedificar vuestra iglesia, y al lado de la iglesia levantar una hermosa casa parroquial. Un elegante enverjado de hierro, circuirá la nueva construcción. Mirad, en la faltriquera, tengo el plano. Os gusta? Cuando la obra esté concluida le pondremos por nombre, la *Iglesia del Vaso de Agua*...

—Qué queréis decir?... Pero aguardad, ¡que recuerdos vagos!... Vuestra cara... vuestra voz...

—Eso os prueba, que yo soy el que antes fué bandido. Hoy me llaman don José Rivera. Me evadí de la cárcel, me arrepentí, gracias á Dios, y las cosas han cambiado por completo. Soy jefe de partido. Vos, señor cura, habéis sido mi evangélico hospedador de un día y habéis servido de padre á mis hijos; vengo á recompensar, según mis medios, vuestra caritativa bondad; el resto, que será infinitamente mayor de lo que yo os doy, os lo

dará Dios. Pero antes, que vengan á abrazarme mis hijos... Queridos hijos míos!

Y los dos jóvenes se arrojaron conmovidos en brazos del caballero de Rivera.

Después que terminó esta conmovedora escena, el recién llegado tendió la mano al cura.

—Y? Aceptáis la Iglesia del Vaso de Agua, padre mío?

El cura se volvió hácia la pobre Margarita, y le dijo con voz conmovida:

—«El que haya dado tan solo un vaso de agua fresca, á uno de mis pequeños, en nombre mío, en verdad os digo, que no perderá su recompensa.»

—Amén! dijo la anciana, que lloraba de alegría, al medir la felicidad de su amo y de sus hijos de adopción.

Un año después, don José Rivera y sus dos hijos asistían á la bendición de la Iglesia de San Pedro del Vaso de Agua, que es hoy una de las más hermosas iglesias de los alrededores de Sevilla.



LECTURA 14^a.

El Angel de la muerte.

LEYENDA



EN los tiempos en que Salomón reinaba en Jerusalem, aunque su poder parecía ilimitado, su sabiduría

era aun más maravillosa, pues Dios á veces le comunicaba sus secretos por medio de sus ángeles.

Una mañana envióle el Señor el ángel de la muerte; pero el ángel armado con guadaña, no turbó al sabio Monarca. Cumplida que fué su misión, retiróse el ángel.

El viejo canciller de Salomón, firme y fiel en su puesto desde muchos años penetraba en ese momento al palacio, y subía á la sala del trono á fin de que el príncipe sellara y refrendara los decretos del reino.

En la escalera se encontró con el ángel de la muerte que llevaba en sus manos el reloj de arena que cuenta la vida, y la guadaña que la corta.

Detúvose el ángel y miró al anciano de manera extraña.

El viejo canciller, comprendió que estaban contados sus días, pues había aprendido á leer en los ojos, y creyó adivinar en la extraña mirada del terrible mensajero ésta advertencia: «Vengo á buscarte.»

Apresuróse á subir la real escalera, pero lo hizo tambaleando, y cayó sobre las gradas del trono de Salomón, exhausto de fuerzas: luego, prosternándose le dijo:

—No vengo hoy gran rey, á pedir os que firméis sentencias de muerte: vengo á pedir os gracia para vuestro viejo servidor.

—Qué quieres decir?

—He visto al Ángel de la muerte, y he comprendido por su modo de mirarme, que hoy mismo me arrastrará á su sombrío imperio.

—Canciller, me has servido fielmente, ¿por qué temes la muerte? No sabías que tarde ó temprano tendrías que pagar tu tributo? Si Dios envía su ángel, cumpláse, pues, la voluntad de Dios!

—Oh! gran rey! si es cierto que os he servido fielmente, os pido en recompensa que me prolonguéis la vida.

—Los reyes pueden quitarla, pero no alargarla: píde me cualquier otra recompensa y te la acordaré inmediatamente.

--Dádme solamente, señor, porque el tiempo urge, vuestro más rápido caballo, á fin de poder huir del ángel de la muerte que ronda al rededor de este palacio.

—Vé, dijo Salomón. De acuerdo con mi promesa te concedo lo que tú pides, pero ten por cierto, hijo mío, que no podrás sustraerte al destino que el Señor te ha marcado, pues tu salvación no está en las carrozas ni en la rapidez de los corceles.

Un instante después el temeroso viejo, ginete en el caballo más rápido de Oriente, se lanzaba á los desiertos del Sud.

La carrera del caballo de Salomón era sorprendente: temblaba la tierra á su pasaje, y detrás de él, á lo lejos, una nube de polvo, admirada de verse tan inmensa, se preguntaba, quién la había levantado desapareciendo tan velozmente. El canciller, en su espanto, había hallado toda la fuerza juvenil de su brazo, y castigaba sin piedad al generoso animal; sus narices humeaban y sus ojos parecían de sangre; pero el viejo lanzaba aún miradas de horror hacia el camino que había recorrido y exclamaba: galopa! galopa!

Pero á medida que avanzaba, le parecía que los numerosos años que había ido dejando desde su nacimiento sobre el sendero de la vida, le salían al paso amenazantes como una horda homicida.

Había traspasado montes y valles, y dejado á Jerusalem muchos cientos de millas atrás, cuando á la caída

de la tarde, en el vasto desierto, cayó sin fuerzas el más vigoroso caballo de Oriente, mientras el sol caía en el ocaso.

Entonces el canciller, al querer levantarse, vió delante de él, iluminado por los destellos del sol poniente, al Angel de la muerte sentado tranquilamente sobre la piedra que había hecho caer á su caballo; empuñaba la guadaña, pero no le miraba con el aire de asombro que había demostrado esa mañana al hallarle en la escalinata del palacio del rey.

Esta vez no intentó resistir el viejo canciller. ¿Quién resiste al Angel de la muerte? Pero hizo esta súplica al mensajero del Todopoderoso:

—Angel de la muerte, antes de conducirme al sombrío imperio, al que los justos van á aguardar el advenimiento del Mesías, dime, porqué me miraste con tanto asombro esta mañana?

—Oh Señor! exclamó el Angel, elevando los ojos ¡cuán admirables son tus vías!

—Que dices, Angel de Dios?

—Oye, mortal que terminas tu rápida carrera. Esta mañana, antes de descender al palacio de Salomón, me ordenó el Señor, que te aguardara en esta piedra solitaria del desierto, antes del fin del día; ahora bien, cuando salía del palacio de Salomón para obedecer la orden de Aquel, que no se equivoca nunca, me sorprendí de verte en Jerusalem!

Obedecí la orden, que parecía no tener objeto, y vine á sentarme aquí, en el desierto, para aguardarte.

¿Mas de qué modo, has podido, mortal, salvar tan enorme distancia en doce horas, y llegar al sitio de la cita?

—Salomón, me dió su mejor corcel, el más veloz de todo el Oriente, y lo he castigado tanto, que he llega-

do á la hora señalada para mi muerte, pues aun está presente el sol.

—Señor! exclamó á su vez el viejo canciller, ¡Cuán admirables son tus vías, Señor Dios mío!

Y el ángel contemplando el implacable reloj de arena, vió que no quedaba más que un grano. El viejo acababa de pronunciar sus últimas palabras.



LECTURA 15ª.

El profesor de signos.

I.

UN embajador de España en Inglaterra, hombre muy erudito, pero taciturno y original, se había formado muy extrañas ideas sobre la importancia del lenguaje de acción ó de signos. Pretendía que estos podían suplir al lenguaje de sonidos, y que debería haber en todas las universidades un profesor de signos. Un día que ese diplomático se quejaba delante del rey Jacobo, de la negligencia con que en todos los países se dejaba de cultivar ese medio de comunicación; y de la absoluta carencia de profesores de esa excelente ciencia, el rey le dijo riendo:

—Yo tengo un profesor tal cual usted lo desea; un hombre muy hábil; es verdad que se encuentra destinado en la universidad más distante en el norte de mis Estados, cerca de seiscientas millas de aquí, en Aberdeen.

—Aunque esté en China, contestó el embajador, es necesario que yo lo vea, y partiré mañana mismo.

Se puso, en efecto, en camino, y el rey, no queriendo aparecer como embustero, mandó un correo á la universidad de Aberdeen para anunciar la llegada del viajero curioso, encargando á los profesores que le recibieran del mejor modo posible y que le despacharan cuanto antes.

El embajador fué recibido en la universidad con grande aparato, pero no quiso ver otra cosa que al profesor de signos, á quien esperaba con la mayor impaciencia; se le dijo que estaba ausente; que había ido á ejercer su arte entre los montañeses de Escocia, y que se ignoraba la época de su regreso.

—En tal caso, quiero esperarle aquí, contestó el embajador, aunque tarde un año entero.

Viendo los profesores que ese efugio no había producido buen efecto y que tenían que aguantar mucho tiempo á S. E., resolvieron emplear otro medio para deshacerse de él.

II.

Había en la ciudad un tuerto, carnicero, llamado Gear-di, hombre alegre, chistoso y propio para representar cualquier papel, que consintió en hacer el de profesor de signos; se le instruyó convenientemente, y ofreció guardar el más profundo silencio y no explicarse sino por gestos.

El embajador, advertido de que el profesor estaba de regreso, manifestó una alegría extrema; señalado el día de la conferencia y revestido Gear-di de la ropa doctoral, adornado de una enorme peluca, é instalado en la cátedra de uno de los salones de la universidad, se introdujo á S. E. el embajador, á quien se previno que se explicara como pudiera con el hombre admirable que se le presen-

taba. Los profesores se retiraron á una sala vecina, y esperaron, no sin grande inquietud, el resultado de la entrevista.

El embajador se acercó á Geardi y levantó un dedo de la mano; Geardi contestó á ese gesto levantando dos; el embajador le enseñó tres dedos; Geardi cerró con fuerza la mano y se la enseñó con aire amenazador. El embajador sacó una naranja de su bolsillo y la mostró á Geardi, quien sacó á su vez de debajo de su ropa un enorme pan.

El embajador se manifestó muy satisfecho, hizo una profunda reverencia y se retiró.

Los profesores, deseosos de saber cómo su colega el tuerto se había desempeñado, lo preguntaron á S. E.

—¡Ah! dijo, es un hombre admirable; vale todos los tesoros de la India. Principié por enseñarle un dedo para darle á entender que no había más que un Dios; él me enseñó dos, para contestarme que había Padre é Hijo. Levanté tres para indicarle *Padre, Hijo y Espiritu Santo*, y entonces me enseñó el puño cerrado para decirme que esos tres no forman sino uno. Entonces le manifesté una naranja, la cual indicaba que la bondad de Dios no solo nos prodiga lo necesario para la vida, sino tambien dulzuras y placeres que embellecen la existencia; ese hombre milagroso me presentó un pedazo de pan para decirme que eso era lo esencial y preferible á todas las necesidades del lujo y de la vanidad.

Los profesores, encantados de la feliz terminación del asunto, se despidieron del embajador y se dirigieron á Geardi para que diera la explicación por su parte.

—Ese embajador, dijo, es un insolente; me enseñó un dedo para criticarme porque no tengo más que un ojo; yo le enseñé dos dedos para decirle que mi ojo único vale

más que los dos suyos; levantó tres para afrontarme que nosotros dos no teníamos más que tres ojos. Irritado de esa impertinencia, le puse mi puño cerca de la nariz y le hubiera probado el vigor escocés de mi brazo sin el respeto que profeso á ustedes. Pero ese impertinente no se detuvo, sacó de su bolsillo una naranja como para decirme que mi país frío y miserable no producía nada semejante; pero yo le enseñé un buen pan de Escocia para hacerle entender que me importaban poco sus naranjas. Iba ya á tirarle el pan á la cara cuando tomó el prudente partido de hacerme una reverencia y mandarse mudar; era tiempo, porque ya me iba calentando. Pero me queda el sentimiento de no haberlo sacudido un poco, para castigarlo por sus gestos insolentes é injuriosos.

LECTURA 16.

El requiem del cuervo.

I.

Mi tío Zacarías es el sér más curioso y original que he conocido en mi vida. Figúrense ustedes un individuo bastante pequeño, gordo, repleto, con la cara color de tomate, vientre redondo y una nariz apenas perceptible, y tendrán el verdadero retrato de mi amable tío. Ese digno hombre tenía la cabeza tan desnuda de pelos como una rodilla; usaba unas enormes gafas y un gorro negro de seda que apenas le cubría la parte posterior de la cabeza.

Mi querido tío era alegre y risueño; le gustaba comer

y beber bién; pero su pasión favorita era la música. Zacarías Muller había nacido músico, por la gracia de Dios, así como otros nacen franceses ó rusos; tocaba todos los instrumentos con una maravillosa facilidad, y al ver su aire candoroso y bonachón, nadie hubiera sospechado que la alegría, el entusiasmo y el fervor artístico pudieran inspirar á semejante personaje.

Dios hizo al ruiseñor glotón, curioso y cantor; mi tío era como el ruiseñor.

Le convidaban á todos los matrimonios, fiestas, bautismos y entierros; maestro Zacarías, le decían; se necesita un *Hopser*, una *Aleluya* ó un *Requiem* para tal día, y él contestaba: *Lo tendrá usted*; inmediatamente ponía manos á la obra; se sentaba delante de su escritorio, silbaba, fumaba su pipa y estampando un diluvio de notas en el papel, batía el compás con el pié izquierdo.

Mi tío y yo habitábamos una casa vieja en la calle de *Minnasingert*, en Tubinger: él ocupaba una sala baja, verdadero almacén repleto de muebles viejos y de instrumentos de música: yo dormía en un cuarto alto; las demás habitaciones estaban desocupadas.

En frente de nuestra casa vivía el doctor Haselnoß. Este médico era, después de mi tío, el personaje más original de la ciudad. Su criada, la señora Orchel, se lisongeaba de no tener que lavar la ropa de su patrón sino cada seis meses, cosa que yo creía con facilidad atendiendo á que las manchas amarillentas de las camisas del doctor, acreditaban que tenía mucha ropa blanca en sus roperos; pero la más interesante particularidad del carácter de Haselnoß, es que no había perro ni gato que pasase la puerta de su casa que volviera á parecer. Sabe Dios lo que hacía con ellos. La voz pública le acusaba de llevar en uno de sus bolsillos un pedazo de tocino

para atraer á esos pobres animales; así es que cuando salía por las mañanas á visitar sus enfermos, y pasaba por delante de la casa de mi tío, no podía yo menos que considerar con terror los grandes faldones de su vestido que flotaban á derecha é izquierda.

Tales son las más vivas impresiones de mi infancia; pero el más agradable, para mí, de esos lejanos recuerdos, y el que se pinta con más viveza en mi memoria, es el cuervo *Hans*, que pasaba su vida revoloteando por las calles, robando á los carniceros, y entrándose á todas las casas; todo el mundo admiraba, quería y llamaba á ese animal: Hans! por aquí. . . Hans! por allí. . .

Singular animal en verdad; la primera vez que se apareció en la ciudad, tenía una ala rota; el doctor Haselnoss se la compuso, y todos los vecinos lo prohijaron. El uno le daba carnes, el otro queso, Hans pertenecía á toda la ciudad. . . Vivía bajo la protección de la fé pública.

Yo amaba mucho á ese cuervo, á pesar de los fuertes picotones que me solía dar. Me parece que aún lo veo saltar sobre la nieve, voltear su cabeza á todos lados y fijar la vista con cierto aire sarcástico y burlón. Hans conducía cuanto encontraba al techo de la iglesia donde había establecido su almacén de depósito; allí ocultaba el fruto de sus rapiñas; porque desgraciadamente, era un pájaro ladrón.

El tío Zacarías profesaba á Hans un odio mortal; trataba de imbéciles á los habitantes de Tubingen por el cariño que profesaban al cuervo, y ese hombre tan pacífico y tan dulce, perdía toda la paciencia cuando por casualidad sus ojos encontraban á Hans cerniéndose delante de nuestras ventanas.

En una bella tarde del mes de Octubre, el tío Zacarías

estaba más contento que de costumbre; no había visto al cuervo en todo el día. Las ventanas estaban abiertas, la alegre luz de un sol brillante penetraba en el cuarto, el tío Zacarías recostado en un sillón fumaba su pipa y yo le miraba sin poder conocer la causa de sus repetidas sonrisas.

—Querido Tobías, me dijo lanzando hacia el techo una columna de humo, no podrás comprender la dulce quietud que disfruto en este momento. Hace muchos años que no me encuentro tan dispuesto para emprender una obra del género de la Creación de Haydn. El cielo parece que se abre delante de mí; oigo á los ángeles y á los serafines entonar su himno solemne y pudiera yo señalar sus voces... ¡Oh! Tobías ¡qué bella, qué magnífica composición! ¡si pudieras oír el coro de los doce apóstoles! ¡es magnífico, magnífico! La voz de soprano de San Rafael hierre las nubes, cual si fueran los sonidos de la trompeta del juicio final; los angelitos baten sus alas riendo, y las santas lloran de una manera verdaderamente armoniosa... ¡Chut! escucha el *Veni Creator*; escucha esos bajos colosales... la tierra se conmueve... ¡Dios va á presentarse!

El maestro Zacarías inclinada la cabeza, parecía que escuchaba con toda su alma; gruesos lagrimones se desprendían de sus ojos: *Bene, Rafael, Bene...* exclamaba lleno de entusiasmo. Pero al mismo tiempo que mi tío se sumergía en su éxtasis, que su cara, su mirada y su actitud manifestaban un arrobamiento celeste, antójasele á Hans caer súbitamente sobre nuestra ventana, lanzando un *cuac* estrepitoso. Ví palidecer á mi tío; fijó sus ojos azorados en la ventana; abrió la boca y extendió los brazos manifestando un horrible estupor.

El cuervo se había parado en uno de los travesaños de

la ventana. Jamás pájaro alguno tuvo una fisonomía más burlona; volvía la cabeza á todos lados; sus ojos brillaban como perlas, y después de lanzar un segundo *cuac* irónico, púsose á picar las alas.

Mi tío no podía articular ni una palabra; estaba como petrificado. Hans tomó su vuelo, y el maestro Zacarías se volvió hácia mí; me miró algunos segundos y me dije lleno de congoja:

—¿Lo has reconocido?

—¿A quién, tío?

--¡Al diablo!

—¿Al diablo? usted se chancea...

Mi tío no pudo contestarme y cayó en una profunda meditación.

Se acercaba ya la noche; el sol había desaparecido entre los pinos de la *selva negra*.

Desde ese día, perdió el maestro Zacarías su buen humor. Procuró escribir su grande sinfonía de los serafines, pero no pudo lograrlo, razón por la cual cayó en un estado de profunda melancolía; se recostaba frecuentemente en su sillón, con los ojos fijos en el techo, y no hacía sino pensar en la armonía celeste. Cuando yo le hacía presente que nos faltaba el dinero, y que no haría muy mal escribiendo un vals ó unas cuadrillas ó cualquiera otra cosa parecida, para procurarnos recursos, exclamaba: ¡un vals! ¡cuadrillas! Si me hablaras de mi gran sinfonía, enhorabuena... pero un vals .. Mira, Tobías, tú pierdes la cabeza; no sabes lo que dices.

Después continuaba en tono menos exaltado:

—Créeme, Tobías; cuando yo termine mi grande obra, podremos cruzar los brazos y dormir tranquilos... es el *alfa* y el *omega* de la armonía. Nuestra reputación quedará hecha... Hace tiempo que yo hubiera terminado

ese trabajo, pero me lo ha impedido... ¡el cuervo!

—¿El cuervo? Pero querido tío, ¿cómo puede impedir el cuervo que escriba usted lo que quiera? ¿No es un pájaro como los demás?

—¡Un pájaro como los demás! murmuró mi tío indignado. Tobías, tú conspiras con mis enemigos. Sin embargo, no te tengo mala voluntad... ¿No te he educado como si fueras mi hijo? ¿No he reemplazado á tu padre y á tu madre? ¿No te he enseñado á tocar el óboe? ¡Ah! Tobías, haces mal...muy mal!

Mi tío me hacía estas recriminaciones en un tono tan triste, que acabé por creerle y maldije á Hans que turbaba su inspiración y le impedía llevar á cabo una obra en que hacía consistir sus más grandes esperanzas. Sin él, decía yo, estaría ya hecha nuestra fortuna... Llegué hasta dudar si el cuervo sería el diablo en persona, como lo aseguraba mi tío.

Muchas veces procuraba el maestro Zacarías escribir algunas notas, pero por una fatalidad extraña y casi inconcebible, se le presentaba Hans á la vista. Entonces el pobre hombre arrojaba su pluma con despecho, y si hubiera tenido cabellos se los hubiera sin duda arrancado á puñados; tal era la desesperación en que entraba. Las cosas llegaron á tal punto, que mi tío pidió prestada al panadero Rosci una escopeta vieja y mohosa para matar al maldito animal; pero éste, astuto como el diablo, no aparecía por las ventanas; y desde que mi tío soltaba la escopeta para calentarse las manos, porque esto pasaba en la fuerza del invierno, Hans hacía oír su funesto grito. El maestro Zacarías tomaba al momento el arma y corría á la calle, pero el cuervo desaparecía...

La persecución de Hans era una verdadera comedia de la que todo el pueblo se ocupaba. Mis camaradas de la

escuela se burlaban de mi tío, lo cual me obligaba á sostener, todos los días, en la plaza, más de una batalla. Yo defendía con heroísmo el decoro de mi tío y todas las noches entraba á mi casa con un ojo tapado ó con la nariz aplastada. Mi tío me veía con grande emoción, diciéndome:

—Querido hijo, ten valor y paciencia... Bien pronto no tendrás necesidad de sufrir maltratos.

Entónces se ponía á pintarme, con una verdadera exaltación, la grandiosa obra que meditaba. En verdad era soberbia; todo estaba en órden; en primer lugar la abertura de los apóstoles, después el coro de los serafines, despues el *Veni Creator* resonando entre rayos y truenos. —«Pero, añadía mi tío, es necesario que muera el cuervo; ese cuervo maldito es la causa de todos mis males; Tobías, sin él, mi gran sinfonía estuviera hace tiempo concluida, y nosotros tendríamos ya asegurada una renta.»

II.

Una tarde, cerca de la noche, encontré á Hans. Había nevado; la luna empezaba á dar á los techos un brillo de plata, y yo no sé qué vaga inquietud se apoderó de mi corazón á la vista del cuervo. Cuando llegué á mi casa, no pude menos de sorprenderme encontrándola abierta; algunas luces se veían al través de los vidrios, como el reflejo del fuego que se apaga. Entro, llamo... nadie me responde. Pero ya puede concebirse cuál sería mi sorpresa, cuando descubrí á mi tío en un sillón con la nariz azul, las orejas violetas, la escopeta vieja entre las piernas y los zapatos llenos de nieve.

El pobre hombre había salido para cazar al cuervo.

— ¡Tío Zacarías! le grité. ¿Está usted durmiendo?

Entreabrió los ojos, y dirigiéndome una triste mirada, me dijo:

— Tobías, le he apuntado más de veinte veces, pero ha desaparecido en los momentos en que iba á hacerle fuego.

Terminando estas palabras volvió á caer en un profundo sopor. Envano lo sacudía yo..... no se movía..... Lleno de terror corrí á buscar á los Haselnoss. Al golpear la puerta de su casa, latía mi corazón con una fuerza increíble, y cuando el golpe resonó en el fondo del vestíbulo, sentí que se me doblaron las rodillas. Al tercer golpe se abrió la ventana del cuarto del doctor, quien sacó por ella la cabeza cubierta de un gorro blanco de algodón, preguntando:

— ¿Quién es?

— Señor doctor, venga usted pronto á la casa de mi tío Zacarías que está muy enfermo.

— Al momento, al momento; voy á ponerme el frac... dentro de cinco minutos estaré allá.

La ventana se cerró. Esperé más de un cuarto de hora mirando la calle desierta. En fin, sentí los pasos del médico que bajaba las escaleras con grandísima lentitud. Haselnoss salió envuelto en un enorme capotón gris, y con una linterna en la mano.

— ¡Brrr! exclamó, ¡que frío! he hecho bien en abrigarme.

— Sí, le contesté; hace más de veinte minutos que no hago más que temblar y helarme.

— Me he apresurado bastante para que usted no se molestara esperándome.

Llegamos al cuarto de mi tío.

— Buenas noches maestro Zacarías, dijo el doctor, con grande tranquilidad, apagando su linterna. ¿Cómo está usted? Parece que nos ha tocado un fuerte catarro.

Al oír la voz del médico, mi tío despertó.

— Señor doctor, contestó, voy á contar á usted la cosa desde el principio.

— Es inútil, replicó Haselnoss sentándose frente á mi tío; yo lo sé todo mejor que usted mismo.... conozco el principio y las consecuencias; las causas y los efectos.... usted detesta á Hans y este detesta á usted.... usted le persigue con una escopeta y él viene á pararse en la ventana para hacerle burla.... Eso es natural; al cuervo no le agrada el canto del ruiseñor; al ruiseñor no le gusta el grito del cuervo.

Mi tío estaba absorto.

— Escuche usted, continuó el médico con voz chillona; eso no debe sorprenderle, porque todos los días se ven cosas parecidas. Las simpatías y las antipatías gobiernan nuestro pobre mundo. Usted entra á una taberna, á un café, no importa á donde, ve dos jugadores, y sin conocerlos desea que gane el uno ó el otro. ¿Qué razones existen para semejante preferencia?

En este instante el gato de mi tío pasó cerca del doctor, quien con una agilidad extraordinaria, lo hizo desaparecer en uno de sus enormes bolsillos. El tío Zacarías y yo nos miramos estupefactos.

— ¿Qué quiere usted hacer con mi gato? preguntó al fin mi tío.

Pero Haselnoss en lugar de responder sonrió y dijo:

-- Maestro Zacarías, quiero curar á usted.

— Devuélvame usted mi gato.

— Si usted me obliga á que se lo devuelva, le abandonaré á su triste suerte; no tendrá usted un momen-

to de reposo, no podrá escribir ni una nota y enflaquecerá día por día.

— Pero ¡en nombre del cielo! ¿Qué le ha hecho á usted ese pobre animal?

— ¿Qué me ha hecho? dijo el doctor cuyas facciones se contrajeron horriblemente.

Yo creí que el médico había perdido la cabeza; pero mi tío, cerrando los ojos, respondió después de un largo silencio.

— Comprendo á usted, doctor; le comprendo... Cúreme usted y le doy el gato.

Los ojos del doctor se pusieron alegres y brillantes.

— ¡Enhorabuena! exclamó, ahora voy á sanar á usted.

Sacó de su estuche una cuchilla, tomó de la estufa un pedacito de madera y lo cortó con mucha destreza. Mi tío y yo lo veíamos sin adivinar lo que iba á hacer. Después de haber cortado el palito se puso á ahuecarlo, sacó en seguida de su cartera una tira de pergamino muy delgado, y habiendo ajustado con ella las dos láminas de madera, se lo puso en los labios, sonriendo.

La cara de mi tío tomó cierta expresión de alegría.

— ¡Doctor! exclamó, usted es un hombre raro, un hombre verdaderamente extraordinario..... un hombre.....

— Lo sé, interrumpió el médico, lo sé..... apague usted la luz; que no quede ni un carbón encendido en la estufa.

Mientras que yo daba cumplimento á esa orden, el doctor abrió toda la ventana. Hacía un frío terrible; el tío Zacarías estornudó; Haselnoss estiró la mano con impaciencia para imponerle silencio.

Súbitamente atravesó el espacio un silbido agudo parecido al de la urraca. Después de ese grito todo permaneció en un profundo silencio.

Al cabo de cortos instantes se oyó el mismo silbido, y caí entónces en cuenta que el doctor era quien los producía con su pito. Esta observación desvaneció el miedo que me había causado el primer silbido, y me hizo fijar una concentrada atención en las menores circunstancias de las cosas que pasaban en el cuarto de mi tío.

Pasáronse dos ó tres minutos, y el vuelo de un pájaro hendió el aire.

— Oh! exclamó mi tío.

— ¡ Chut! dijo Haselnoss, y el silbido se repitió muchas veces con modulaciones extrañas y precipitadas. En dos ocasiones tocó el pájaro en la ventana, en su rápido é inquieto vuelo. El tío Zacarías hizo un movimiento para agarrar la escopeta, pero Haselnoss le retuvo por el brazo, diciéndole:

— ¿ Está usted loco ?

Entonces se contuvo mi tío y el doctor redobló los silbidos con tanto arte, imitando el grito de una urraca aprisionada, que Hans, revoloteando de derecha á izquierda, concluyó por entrar en el cuarto atraído sin duda por una singular curiosidad que le trastornó el cerebro. El tío Zacarías lanzó un grito y se arrojó sobre el pájaro que se escapó de sus manos.

-- ¡ Tonto! exclamó el doctor.

Ya era tiempo; Hans volaba cerca del techo, y después de dar cinco ó seis vueltas, se golpeó contra un vidrio con tanta fuerza que cayó aturdido en el suelo. Haselnoss encendió al momento la luz y el desgraciado Hans vino á dar á las manos de mi tío que le apreta-

taba el pescuezo con un entusiasmo frenético, gritando:

— ¡Ha! ¡ha! ¡ha! ya lo pillé.... Ya cayó.... ya lo tengo.

El doctor acompañaba esos gritos con una estrepitosa risa.

— Vamos, maestro Zacarías. ¿Está usted contento? ¿Está usted contento?

Jamás he presenciado una escena más horrible. La cara de mi tío estaba carmesí; el pobre cuervo estiraba las patas, batía las alas, y el temblor de la muerte erizaba sus plumas.

Cuando pasó el primer momento de indignación, volvió en sí mi tío exclamando:

— ¡Tobías! el diablo ha rendido sus cuentas. ¡Ah! siento que revivo. Ahora silencio. ¡Escuchen ustedes!

El maestro Zacarías, con la cara risueña y animada por una sublime inspiración, se sentó gravemente delante del piano. Yo me coloqué junto á él, teniendo al cuervo por el pico; detrás se colocó el doctor con la vela. Es imposible ver un cuadro semejante; nuestras sombras se dibujaban por el techo bajo una forma extraña y fantástica.

A los primeros sonidos mi tío parecía transformarse; sus grandes ojos azules brillaban de entusiasmo; al verlo tocar se creía, no que estaba delante de nosotros, sino en una catedral en donde hubiera una concurrencia inmensa. ¡Qué canto tan sublime! Unas veces triste, melancólico y lleno de resignación; otras compuesto de sollozos; otras manifestando la ternura y la esperanza. Mi tío cantaba un *requiem*, y durante una hora entera no le abandonó ni un minuto la inspiración.

Haselnoss no refa ya. Su cara, ordinariamente burlona y

sarcástica, había tomado poco á poco una expresión indefinible de ternura y de bondad; pero después de algunos momentos principió á hacer movimientos nerviosos, y á cerrar los puños, y yo noté que alguna cosa se agitaba en los faldones de su frac.

Cuando mi tío, fatigado por tantas y tan fuertes emociones, apoyó su frente sobre el piano, el doctor sacó de su bolsillo el gato á quien había ahorcado con sus manos.

— Buenas noches, dijo, maestro Zacarías, buenas noches. Ambos hemos hecho nuestra caza. Usted ha cantado un *requiem* al cuervo; componga usted ahora otro para su gato.... buenas noches!

Mi tío estaba tan abatido que apenas contestó el saludo del doctor con un ligero movimiento de cabeza.

Esa misma noche murió el gran duque Yeri-Peter, el segundo de su nombre; cuando volví á casa después de haber acompañado á la suya al doctor, encontré á mi tío parado en medio de su cuarto.

— Tobías, me dijo con voz grave, acuéstate.... acuéstate, hijo mío.... ya estoy bueno.... es necesario que esta misma noche escriba yo mi *requiem* para no olvidarlo.

Al día siguiente, como á las nueve de la mañana, me despertó el gran ruido que se hacía oír en la ciudad; todos los habitantes estaban en mucha agitación y no hablaban sino de la muerte del gran duque.

El maestro Zacarías fué llamado á Palacio para que compusiera un *requiem* para Yeri-Peter II, obra que le valió ser nombrado maestro de capilla, empleo que deseaba con delirio hacia mucho tiempo. Ese *requiem* no fué otro que el de Hans....

Convertido mi tío en un gran personaje, me decía frecuentemente al oído:

— Sobrino, si se hubiera sabido que ese famoso *requiem* lo compuse yo para el cuervo, todavía estuviéramos tocando el óboè en las fiestas de aldea.

Cada vez que me repetía estas palabras, reía con tal fuerza, que su redondo vientre parecía que iba á saltar de la silla.



LECTURA 17^a.

El picapedrero javanés.

LEYENDA.



HUBO una vez en Java, un hombre que tallaba piedras en una roca. Su trabajo era largo y áspero, y pequeño su salario, y se quejaba de su pesada tarea; un día exclamó:

—¡Oh! no ser yo bastante rico, para poder reposar sobre un *baleh-baleh* (un lecho) con *klamboos* (cortinas).

Entonces bajó un ángel del cielo y le dijo:

—Que tu deseo se cumpla.

Y fué rico y descansó sobre un *baleh-baleh*, cuyos *klamboos* eran de seda roja.

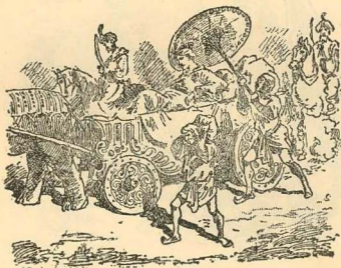
Pero héte aquí que el rey acierta á pasar por allí, con guardias delante de su carroza, guardias detrás y el *pajouz* (sombrilla) de oro sobre la cabeza.

El hombre rico entristeciósese ante este espectáculo y suspiró :

—¡Oh! si pudiera ser rey!

Y el ángel bajó del cielo y le dijo :

—Qué tu deseo se cumpla!



Y fué rey, y paseó en carroza de oro escoltado por nobles caballeros, resguardado por el *pajouz*.

Y el sol se levantó é irradió de tal modo que á sus ardientes rayos se agostó la hierba.

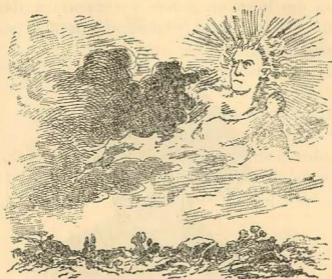
Y el rey se quejó de este calor y dijo que él querría ser como el sol.

Y el ángel bajó del cielo y le dijo :

—Qué tu deseo se cumpla!

Y fué transformado en sol é irradió sus flechas por to-

dos los puntos de la tierra, resplandeciendo sobre el césped y sobre el rostro de los príncipes.



Pero se levantó una nube y escondió su luz.

Y se irritó de ver cohartado su poder, y exclamó que quería ser nube.

Y el ángel bajó del cielo y le dijo:

—Qué tu deseo se cumpla!

Y fué transformado en nube y se colocó entre el sol y la tierra, y el césped reverdeció.

Y la nube se abrió y de sus flancos brotaron torrentes de agua, que inundaron los valles devastaron las cosechas y ahogaron los ganados.

Y cayeron copiosamente sobre una roca sin poderle conmovér.

Y la nube exclamó:

—Ésa roca es más fuerte que yo; quisiera ser esa roca.

Y el ángel bajó del cielo y le dijo:

—Qué tu deseo se cumpla!

Y fué trocado en roca, y el ardor del sol y la violencia de la lluvia no podían contra ella.

Pero un día llega un obrero y comienza á dar golpes de martillo sobre la peña, y desbasta grandes trozos.

Y la roca grita:

—Este jornalero es más fuerte que yó. Quisiera ser ese jornalero.

Y el ángel bajó del cielo y le dijo:

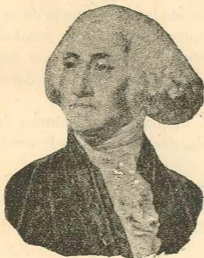
—Qué tu deseo se cumpla!

Y el pobre hombre transformado tantas veces, retornó á ser picapedrero, y trabaja reciamente por su exiguo salario y vive por fin contento con su suerte.



LECTURA 18^a.

Jorge Washington



JORGE WASHINGTON nació, en 1722, en el condado de Westmoreland en Virginia.

En su juventud tomó parte en las luchas contra los franceses del Canadá.

Terminadas estas, se retiró á la vida privada, hasta que fué elegido miembro de la asamblea legislativa de Virginia.

Cuando comenzaron las diferencias de los americanos del norte con la madre patria, Washington se pronunció en favor del derecho de las colonias, y sus conciudadanos le nombraron diputado al Congreso general de las Colonias Unidas, que se abrió en Setiembre de 1774.

Trabadas las hostilidades de los ingleses y los americanos, en Lexington, la Asamblea decretó la creación de un ejército permanente y se nombró general en jefe á Washington.

El novel general, supo disciplinar sus tropas, hizo fortificar las costas, construir una flotilla, y en el mes de Marzo de 1776 arrojó á los ingleses de Boston.

Desde entonces hasta la declaratoria de la Independencia de los Estados Unidos, Washington combate audaz y denodadamente, luchando, más que con los ingleses, con las intrigas de muchos congresales traidores á la causa de la libertad.

Washington fué el primer presidente de los Estados Unidos, y su administración fué tan honrada, que le reeligieron en 1793.

Rehusó después la tercera presidencia, y murió en 1799.

Washington, no fué ni un genio ni un héroe extraordinario; y debe la celebridad á su patriotismo, probidad y carácter.



LECTURA 19^a.

El general D. José de San Martín



SAN Martín es el héroe militar de la Independencia Sud-Americana.

Nació este ilustre argentino, el 25 de Febrero de 1778, en Yapeyú, pueblo del territorio de las antiguas Misiones, jesuíticas.

Cursó en España, desde niño, la carrera de las armas.

Luchó en las guerras de la Península contra Napoleón, y su nombre se citó en el parte oficial de la batalla de Bailén; y cuando salió de España, en compañía de don Carlos M. de Alvear, otro patriota, para prestar el contingente de su brazo á la causa de la emancipación americana, era ya teniente coronel de caballería.

Recién llegado á Buenos Aires, encomendósele la or-

ganización de un cuerpo de caballería, que fué el célebre de los «Granaderos á Caballo».

Estrenóse este cuerpo en la célebre batalla de San Lorenzo, que fué también la primer victoria de su ilustre jefe.

Poco después reemplazaba el general San Martín al glorioso general Belgrano, su gran compañero de gloria en la epopeya de nuestra independencia, en el mando del ejército del norte.

Entonces fué cuando San Martín midió todas las dificultades que se oponían á la expulsión de los realistas, siguiendo el heroico sistema de ataque de sus predecesores.

Había que arrojarles de Lima, pero no era factible hacerlo atacando por el alto Perú á la capital del vireinato: era necesario atravesar los Andes, libertar á Chile, y, por el océano, caer sobre la ciudad de los Vireyes.

Para llevar á cabo este plan, empleó toda su influencia, hasta obtener del Gobierno que le nombrara gobernador intendente de la provincia de Cuyo, dividida más tarde en tres, Mendoza, San Juan y San Luis.

En Mendoza acogió con todo cariño á los patriotas chilenos emigrados á aquella ciudad, y consiguió adherir á sus planes á la mayor parte de los emigrados chilenos, que formaron parte del nuevo ejército que organizaba y que se llamó de los Andes.

Con él atravesó, San Martín, la Cordillera, hecho memorable y heroico, no solo por el talento estratégico que denunciaba en su iniciador, sino por las ímprobas dificultades que oponía á su realización.

Una vez en Chile, obtuvo sobre los españoles la célebre victoria de Chacabuco, libertando á Chile.

Renunció al puesto de Director Supremo de la Nación

que le ofrecieron los chilenos, y les indicó para tal puesto á su amigo O'Higgins.

Pasó entonces á Buenos Aires á conferenciar con el Director Supremo, y á su vuelta á Chile, se halló con que los españoles amenazaban nuevamente la independencia de aquel país. Reuniósele O'Higgins, y reasumiendo el mando de las fuerzas, se encontró con los realistas en la llanura de Maipú, donde derrotándolos por segunda vez, afianzó la libertad de aquel país.

Improvisa luego una escuadra en Chile, que se estrena apresando varios barcos españoles, y pasa luego con su flota al Perú; subleva sus poblaciones en favor de la independencia, y el 9 de Julio de 1821 penetran en Lima las tropas del ejército libertador.

Pocos días después, declaraba San Martín la independencia del Perú, y en Agosto del mismo año asumió el mando Supremo, declarando que solo tendría en sus manos el gobierno, hasta que el Perú se viera libre de enemigos.

Después de haber tenido en Guayaquil una entrevista con Bolívar, regresó San Martín á Lima, y renunció el mando supremo, pasando á Europa, después de permanecer algún tiempo en Mendoza. Volvió, en 1828, á Buenos Aires, pero no desembarcó, y regresó á Francia, donde falleció en 1850, si no en la miseria, por lo menos en la pobreza.



LECTURA 20^a.**Simón Bolívar**

SIMÓN BOLÍVAR nació en Caracas, el 24 de Julio de 1783.

En su juventud viajó por Méjico y Cuba, y de allí pasó al continente europeo.

Hallóse en París cuando la coronación de Napoleón I, y parece que desde entonces, al calor de las proezas del héroe, surgió en su mente la idea de igualarle.

La América era vasto campo para ello.

Y en Abril de 1810, ya de regreso á su patria, como el nuevo gobernador pretendiese hacer reconocer la novel dinastía napoleónica, estalló, á la voz de Bolívar, la revolución de Caracas.

Derrocado el gobernador, establecióse la Junta Suprema de Venezuela, y recibió Bolívar el despacho de coronel, y se le confirió una misión cerca del gabinete británico.

A su vuelta de Londres, vuelve á Caracas, y fruto de sus trabajos en pró de la libertad, surge en 1811 el Acta de la independencia Venezolana.

Desde entonces no cesó Bolívar de luchar constantemente, durante quince años, por la emancipación; libertó las repúblicas de Colombia, Venezuela y Ecuador, y terminó la emancipación del Perú iniciada por San Martín, y dió una constitución á la nueva república de Bolivia.

Al revés de San Martín, que murió en el silencio y olvido, Bolívar murió colmado de honores por sus partidarios, y de improperios por sus enemigos.

Su muerte acaeció en 1830, en camino del destierro.



LECTURA 21^a.**Manuel Belgrano**

MANUEL BELGRANO nació en Buenos Aires, en el año 1770, é hizo sus estudios en España.

Cuando volvió de la Metrópoli, era ya licenciado en derecho, y traía el empleo de Secretario del consulado.

En él combatió con todo su talento y ciencia la absurda y tiránica idea del monopolio, en rutinaria vigencia desde los albores del coloniaje, y en la gloriosa defensa de 1807, era jefe de un cuerpo de Patricios.

El 25 de Mayo de 1810 fué vocal de la Junta popular, y poco después se le envió al frente del ejército mandado al Paraguay para tratar de independizar aquella provincia; pero esta expedición no dió fruto inmediato.

Pasó luego á la Banda Oriental, y algún tiempo des-

pués al Rosario, con la comisión de impedir que las naves españolas remontasen el Paraná.

De allí fué donde pidió al Gobierno la autorización para cambiar la escarapela del ejército, que aun era la española, por los colores celeste y blanco.

Obtenida esta autorización, creyóse con facultades para extenderla hasta la bandera, é hizo flamear nuestro pabellón, por vez primera, en la batería *Independencia*.

Más tarde, al frente del ejército del Norte, con el auxilio de su Santa Patrona, la Virgen de las Mercedes, desbarata en Tucumán á las tropas españolas, apresando numerosos prisioneros y glorioso botín.

Los españoles que pudieron escapar, fueron alcanzados por Belgrano, en Salta, y derrotados de nuevo.

En seguida pasó á la Provincia de Cochabamba, á dar protección á los patriotas, y tres meses después del triunfo de Salta, entraba en Potosí. En esta campaña no fué feliz Belgrano, y sufrió las derrotas de *Vilcapujio y Ayo-uma*.

Entónces fué cuando se dió el mando del ejército del Norte, á San Martín y se envió al noble patriota, en compañía de Rivadavia, en misión diplomática á Europa.

El objeto de este viaje era obtener, bajo la protección de Inglaterra, y sin derramar más sangre, la independencia nacional, ó la formación de un Gobierno propio de la colonia, bajo la protección española.

Regresó, dos años después, convencido de que para obtener la anhelada libertad no había más camino que la lucha, y con esta idea influyó para que los diputados al Congreso de Tucumán declarasen la Independencia, el 9 de Julio de 1816.

Nombrado otra vez jefe del ejército del Norte, per-

maneció en Tucumán hasta 1820, cubriendo la retaguardia de las tropas de Güemes.

Regresó á principios de ese año á Buenos Aires, donde murió de hidropesía, en el inmediato mes de Junio.

Con él se extinguió la mayor gloria cívica de la guerra de la Independencia: Belgrano, fué la doble personificación del héroe y del estadista cristiano.



LECTURA 22^a.

Mariano Moreno



HIJO de padre español y madre argentina, nació Moreno en Buenos Aires, en 1777, y en Buenos Aires hizo sus estudios, cursando latín, filosofía y teología.

Su gran devoción, así como su amor al estudio, hizo pensar á su familia que tuviese vocación para el sacerdocio, y le enviaron á Chuquisaca á completar los estudios necesarios para la carrera eclesiástica.

Estudió allí las Sagradas Escrituras y los Padres de la Iglesia, pero conociendo que no tenía verdadera vocación para las sagradas órdenes, casóse allí, y graduóse, poco después, de doctor en cánones y derecho.

Abrió estudio de abogado; pero en 1805, á consecuencia

de la arbitrariedad de los jueces del Alto Perú, regresó á su ciudad natal, donde fué nombrado relator de la Academia Pretorial.

En 1809 fué asesor privado del Virey Cisneros, y ocupando este empleo escribió la *Representación á nombre de los hacendados*, en la que sostenía la conveniencia de abrir las puertas del Vireynato al comercio inglés, lo que implicaba en sí el primer paso hacia la libertad.

La Junta de Gobierno, creada el 25 de Mayo de 1810, túvole por Secretario, y puede decirse que fué el alma de la revolución.

Fundó la *Gaceta de Buenos Aires*, para difundir las ideas patrióticas, y creó la Biblioteca pública.

Por disidencia, en la incorporación de los diputados provinciales, reunidos en Buenos Aires. á la Junta de Gobierno, se vió en la necesidad de renunciar su cargo de Secretario, el mismo día que se decidió dicha incorporación.

Seis días después, partía Moreno, encargado de la primera misión diplomática de la naciente Nación Argentina; pero falleció súbitamente en la travesía, y el ancho mar, sirvió de sepulcro al noble y batallador tribuno de la independencia nacional.



LECTURA 23^a.**El General Paz**

EL General Don José María Paz nació en Córdoba, en Setiembre de 1791.

Dedicábase á la carrera de las leyes, pero antes de terminar sus estudios estalló la Revolución de Mayo, y Paz se alistó á su servicio y tomó parte en las batallas de Tucumán y Salta.

En 1826, ya coronel, marchó al Estado Oriental, á las órdenes del General Alvear, é hizo la campaña contra el Imperio, y fué nombrado General en el campo de batalla de Ituzaingó.

A su vuelta, en 1829, se encontró con que la guerra civil entre unitarios y federales se había encendido en

la República, á consecuencia del derrocamiento de Dorrego por Lavalle, en Diciembre de 1828.

El General Paz fué un ardiente partidario del sistema unitario, y se hizo notable en las luchas que sostuvo con los caudillos federales del Interior, á los que repetidas veces derrotó.

En 1831, fué hecho prisionero por López, Gobernador de Santa Fé, y enviado á Buenos Aires, por pedido de Rosas, y de allí se le pasó á la cárcel de Luján, donde permaneció ocho años.

Así que logró, en 1839, la libertad, se ausentó del país.

En 1840 le hallamos en Corrientes, coadyuvando á la acción de Ferré, levantado contra Rosas; en el 43 preside el sitio de Montevideo, y en 1846 vuelve de nuevo á la República con su mira constante de combatir la Dictadura. Pero su empresa fracasó y vióse en la necesidad de emigrar al Brasil, de donde no volvió hasta el derrocamiento de Rosas. En 1853, como Ministro de la Guerra que era, organizó la defensa de la Capital contra las fuerzas de la Confederación.

Este fue el último hecho público de este noble y pundonoroso militar. Retirado á la vida privada, murió en 1854.

El General Paz escribió sus Memorias, notablemente escritas y llenas de verdad.



LECTURA 24^a.**El General Las Heras**

EL General Don Juan Gregorio de Las Heras, nació en Buenos Aires el 11 de Julio de 1780, y comenzó á los 26 años su carrera militar combatiendo contra los invasores británicos.

En la guerra de la Independencia, le hallamos en Córdoba como Comandante de la guarnición de la ciudad.

En 1813 pasó á Chile como segundo Jefe de la división auxiliar argentina, y se encontró, con tal motivo, en las primeras acciones de la guerra. Su actitud fué heroica después del desastre de Rancagua, del que se retiró protegiendo siempre con su tropa el resto del ejército, y rechazando los ataques del enemigo, al subir la Cordillera.

Desde entonces permaneció Las Heras en Mendoza, al lado del General San Martín, organizando el ejército de los Andes, y en 1816 fué ascendido á Coronel.

En el célebre pasaje de los Andes, encomendóse San Martín, la columna de Ejército que debía atravesar la Cordillera por Uspallata, entrando á Chile por el valle de Aconcagua.

En esta expedición salió victorioso en los combates de Potrerillos y Villa de los Andes, y á las órdenes de San Martín en la célebre batalla de *Chacabuco*.

Enviado luego al Sur, obtuvo las victorias de Vega, de Talcahuano y Gavilán, y tomó parte en los dos sitios de Talcahuano, á las órdenes de O'Higgins.

Notable fué su actitud en la desastrosa sorpresa de *Cancha Rayada*, y fué el único Jefe que con viril entereza pudo conservar intacta su división en medio de la dispersión general. En premio de esta acción fué ascendido á Coronel efectivo, y condecorado con una medalla y un cordón.

En 1820 fué nombrado Jefe del Estado Mayor del ejército libertador del Perú. En ese año obtuvo el grado de General de división, y al retirarse del Perú, después de haber mandado el sitio de las fortalezas del Callao, recibió los despachos de gran mariscal.

Pasó á Buenos Aires, en 1824 y fué nombrado Gobernador de la provincia, alto empleo que renunció á poco, regresando á Chile, donde vivió en el seno de su familia.

De 1862, hasta poco tiempo antes de su muerte, desempeñó en aquel país, con unánime aceptación, el honroso cargo de Inspector General del Ejército.

Murió en 1866.

LECTURA 25^a.

Don Vicente López y Planes



Don Vicente López y Planes, es el autor del Himno Nacional.

Nació en Buenos Aires en 1785 y fué discípulo de don Carlos Fernández, en el colegio real de San Carlos, distinguiéndose en sus estudios.

Combatió contra los ingleses en el regimiento de Patriotas y celebró los triunfos de aquella época con un poema épico, titulado *El Triunfo Argentino*.

Graduóse de doctor en Leyes en Chuquisaca, y regresó en seguida á Buenos Aires.

Cuando después de los sucesos de Mayo, fué enviado Vieytes en calidad de Auditor de Guerra del ejército auxiliador, López marchó á su lado como secretario.

En 1811 fué ministro de Hacienda del primer triunvirato; fué luego síndico procurador del Cabildo, y en 1813 secretario de la Asamblea Constituyente.

Esta asamblea adoptó, en ese año, como himno nacional, la canción patriótica que el doctor López escribió durante su misión á las provincias del Norte.

En 1816 al 17 fué ministro de gobierno de los directores Balcarce y Pueyrredón, y en 1817 fué electo diputado al Congreso Provincial de Buenos Aires.

Fué presidente en 1824 de la Comisión Topográfica, y publicó en esos años un Registro Estadístico de la provincia.

Después de la renuncia de Rivadavia, fué elegido Presidente interino; y renunció dicho cargo un mes más tarde.

Volvió á ser ministro de Hacienda durante el gobierno de Dorrego, y de Relaciones Exteriores en 1832, fué presidente del Superior Tribunal de Justicia; y á la caída de Rosas, se le nombró gobernador provisorio, y en tal carácter asistió al acuerdo de gobernadores, que para cimentar la Constitución Federal, se reunió el 31 de Mayo del 52 en San Nicolás de los Arroyos.

Las vicisitudes políticas de la provincia de Buenos Aires, le hicieron alejar de su capital, y se trasladó por un tiempo á Montevideo.

Murió en Buenos Aires en 1856.



LECTURA 26^a.

El general Don Tomás Guido



NACIÓ en Buenos Aires, el 1° de Setiembre de 1788, y estudió en el colegio de San Carlos.

La invasión inglesa de 1806 cambió sin duda los rumbos de su vida, haciéndole amar la carrera de las armas. Durante la reconquista y la defensa, enrolóse de soldado en uno de los batallones populares, y como tal, se batió denodadamente contra los invasores.

En 1810 abraza Guido la causa de la Patria, y formada la Junta Provisional, se le otorga un empleo en la Secretaría de Gobierno.

En 1811 acompaña como secretario, en su misión diplomática á Londres, á don Mariano Moreno; pero este fallece en el viaje, en brazos de Guido y de su hermano don Manuel.

Sin doblarse por esta desgracia, llegan á Lóndres los

dos jóvenes patriotas y pregonan, y defienden con la pluma y la palabra, la emancipación del pueblo argentino.

El joven Guido, á su vuelta á Buenos Aires, es nombrado oficial de número en la Secretaría de Estado, y después de la revolución del 8 de Octubre, ocupó por breve tiempo el Ministerio de la Guerra.

Designado en 1813 secretario de la intendencia de Charcas, ayuda al gobernador Ortiz de Ocampo hasta que éste se vé obligado á abandonar su gobierno á raíz de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.

En Jujuy recibe orden de Belgrano para pasar á Salta donde debe ponerse de acuerdo con Dorrego, á fin de auxiliar al ejército.

Reemplazado Belgrano en el mando general del Ejército por San Martín, de cuyos últimos restos se recibe en Tucumán, éste llama á su lado á Guido, que le acompaña hasta Agosto de 1814 en que es elegido para desempeñar la Secretaría de Gobierno de Córdoba.

En Enero de 1815 fué nombrado Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra.

En Mayo de 1816 presenta al Gobierno una Memoria, que se ha hecho justamente célebre, proponiendo las bases para la reconquista de Chile.

San Martín, el gobierno nacional y el pueblo reconocieron públicamente la eficiente acción de Guido en aquella campaña gloriosísima.

Coopera decididamente en la realización de la campaña libertadora del Perú. Terminada su misión diplomática, pasa al lado de San Martín en clase de primer Ayudante de Campo siendo á la sazón Coronel de los ejércitos argentinos y chilenos.

Desembarcado en las costas peruanas, fué encargado de la negociación de *Miraflores* en que obtuvo la liber-

tad de los prisioneros patriotas, que, en poder de los españoles, gemían en Casasmatas. Poco después marchó á Guayaquil con una importantísima misión diplomática, que desempeñó debidamente, y de la que aprovechó para fomentar el levantamiento de la Provincia de Cuenca.

Tomó parte importantísima en las célebres negociaciones de Punchauca.

Asistió luego á la entrada triunfal de los libertadores argentinos en Lima y presencié el acto solemne de la declaración de la independencia del Perú, tocándole el honor de ser uno de los que pasearon, por vez primera, por las calles de la ciudad de los Vireyes, el estandarte de la nueva nacionalidad.

En Setiembre de 1821 firma y estipula la capitulación de la formidable plaza del Callao que la traición arrancara después al dominio de las armas patrias, y fué nombrado su primer gobernador, cargo que desempeñó cinco meses.

En el Perú desempeñó las carteras de guerra y de gobierno, y á la retirada de San Martín, quedó Guido firme en el puesto de labor. Estuvo con el famoso Salom en el segundo sitio del Callao, y el ilustre Sucre le confió el gobierno político y militar de Lima, que entregó después (Julio de 1823) al mariscal D. Bernardo J. de Tagle.

El 6 de Mayo de 1823, el General Sucre se dirige al Gral. D. Enrique Martínez (argentino) solicitándole, en nombre del Libertador Bolívar, una memoria militar sobre la campaña á emprender contra los españoles.

Esa memoria, cuyo pedido hace honor á los militares argentinos, fué escrita por Guido.

Encargado el heróico Necochea del Gobierno de Lima (1824), Guido desempeñala Secretaría general de Gobierno.

Esta fué su acción en la guerra de la Indendencia. Después fué varias veces ministro y enviado diplomático, desempeñando siempre su cometido con talento y nobleza; sin embargo, en 1852, desterrado por el gobierno, se trasladó á Montevideo.

Llamado en 1855 por el gobierno de la Confederación y enviado en misión diplomática al Paraguay, negoció un tratado de amistad y comercio ventajoso para la República.

Fué después representante por San Juan, y presidente del Senado, en 1857. En Setiembre de ese año fué elevado á la jerarquía de Brigadier General, siendo aclamado sobre tablas el mensaje del Ejecutivo que lo proponía, y aprobada sin discutirse su promoción.

En 1859 acompañó en su misión mediadora al Paraguay, al Presidente Urquiza, misión que evitó el rompimiento entre esa Nación y los Estados Unidos.

Poco después es enviado en el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario acerca del Gobierno de la República Oriental del Uruguay.

Vuelto á la Patria, fué uno de los signatarios del pacto de Noviembre.

El General Guido murió en Buenos Aires el 14 de Setiembre de 1866.

«Al emprender el viaje eterno,» dice uno de sus biógrafos, «bien pudo descansar en la conciencia de haber cumplido para con la familia, la Patria, la América y Dios, las inspiraciones constantes de un espíritu recto y elevado.»

LECTURA 27^a.

Estéban de Luca

LA figura de don Esteban de Luca es una de las que han quedado en nuestra historia envueltas con mayor poético prestigio, debido á su muerte singular y temprana.

Nació este ilustre patriota, en Buenos Aires, el 2 de Agosto de 1786; y cursó sus estudios en la misma ciudad.

Cuando las invasiones inglesas, formó parte del regimiento de Patricios y luchó contra los invasores, como todos los hombres de su tiempo.

Estudioso por naturaleza, así que se tranquilizó el país volvió á sus estudios, dedicándose con ahinco á las matemáticas, sin abandonar la carrera de las armas en la que obtuvo el grado de capitán de artillería.

Pero cuando el movimiento revolucionario estalló, Luca pasó al lado de los patriotas.

Como era un militar de ciencia, nombrósele en 1812 oficial auxiliar de la fundición de armas, y en 1815 fué ascendido á director de la fábrica de fusiles.

Bajo su dirección se fabricaron en el país las primeras pistolas, que fueron enviadas al presidente de los Estados Unidos con una memoria de Luca, sobre el hierro argentino con que fueron fabricadas.

En 1822, ya sargento mayor, pidió y le fué otorgada su separación del servicio militar.

Un año más tarde desempeñó en Rio de Janeiro el puesto de secretario de la Legación, y en su viaje de regreso, naufragó el buque en que venía, y fué su tumba el Plata.

Luca no solo fué matemático y militar, sino distinguido poeta.



LECTURA 28ª.

Bernardino Rivadavia



EN Mayo de 1780, nació en Buenos Aires Bernardino Rivadavia.

Después de haber hecho sus estudios como alumno de Don Carlos Fernández, primero, y luego de Don Valentín Gómez, se ensayó, con mal éxito, en la vida comercial, y en vista de ello, abrió un estudio de Agente judicial.

Luchó contra los ingleses como capitán del cuerpo de *gallegos*, y en la revolución de Mayo, en el Cabildo abierto del día 22, acompañó con su voto á los defensores del derecho exclusivo del pueblo para conferir el mando.

En 1811 fué Secretario de Guerra del Triunvirato establecido en Setiembre; y continuó con esa Secretaría y la de Gobierno hasta Octubre de 1812.

En 1814 fué compañero de Belgrano en una misión diplomática confiada á entrambos cerca de los Gobiernos de España é Inglaterra.

Rivadavia intentaba resolver diplomáticamente los problemas políticos de su patria, y soñaba con una monarquía independiente que á su cabeza tuviera un príncipe europeo. Pero esto, por suerte, fué impracticable.

En 1820 forma parte Rivadavia del Gobierno del general Rodríguez, en las Secretarías de Gobierno y Relaciones Exteriores, mientras se encargaba de la de Hacienda al Sr. Don Manuel García, también inteligente patriota y estadista.

Durante esta administración, creóse el Banco de descuentos, se estableció el sistema representativo y se abrieron horizontes á la educación y la industria.

Rivadavia fundó, además, la Universidad de Buenos Aires, y estableció la enseñanza de la economía política.

Al bajar del poder el General Rodríguez, se retiró Rivadavia de la vida pública, mas tuvo poco después que desempeñar el cargo de ministro plenipotenciario cerca del Gabinete de Lóndres.

Pocos meses después de su vuelta, fue elegido Presidente de la República por el Congreso Constituyente, y el 8 de Febrero de 1826, es decir al siguiente día de ser electo, prestó juramento y se recibió del mando.

Pero con su elevación á la suprema magistratura se complicaron más los asuntos referentes á la ley de capitalización de Buenos Aires y á la adopción de la Constitución unitaria.

A más, dificultaron su gobierno, la guerra civil en las provincias y la oposición del partido localista en Buenos Aires.

Por último renunció á la presidencia en 1827, negán-

dose á aprobar un convenio pactado con el Brasil por intermedio del plenipotenciario García, por el que se dejaba en manos del imperio la Banda Oriental.

Así terminó su carrera política este noble patricio.

Su vida después, llena de vicisitudes, transcurre en Europa, hasta que se le acusa en Buenos Aires de hacer en el viejo continente trabajos atentatorios á la libertad nacional.

En 1834 acude para justificarse de tales impugnaciones, pero el Gobierno de entónces creyó peligrosa su presencia en Buenos Aires y le ordenaron reembarcarse el mismo día de su llegada.

Pasó entonces Rivadavia al estado Oriental y se dedicó á las tareas campestres, pero ni allí pudo permanecer mucho tiempo, pues el gobierno oriental, á instigación de Rosas, desterróle de su territorio, yendo el ilustrado argentino á refugiarse en el Brasil.

De allí pasó á Europa y murió en Cádiz, solo y amargado, el 2 de Setiembre de 1845.



LECTURA 29^a.

El Virey Liniers



EL 25 de Julio de 1753, nació en Niort, don Santiago de Liniers y Bremon.

Hizo sus estudios con los Padres del Oratorio, y obedeciendo á su vocación militar, fué aceptado, al cumplir doce años, como paje del gran maestre de la orden de Malta.

A los diez y seis años conseguía los despachos de subteniente y entró á servir en el regimiento de caballería de Piemont Royal, en el que permaneció hasta 1774.

Pero fatigado de la inacción, cuando llegó á sus oídos la noticia de una expedición española contra la regencia de Argel, elevó renuncia de su puesto, y pasó á España. Embarcóse como voluntario en Cartagena, y alcanzó la escuadra española en Cádiz, pronta á hacerse á la vela con rumbo á Africa.

Liniers, tomó parte en todas las operaciones de esta guerra, mereciendo recomendación en todas ellas su brillante conducta.

En 1775 fué admitido en el colegio de guardias-marinas de Cádiz, donde consiguió, después del exámen, el grado de abanderado de fragata.

Formó parte de la expedición de la armada española contra los portugueses del Brasil, y cuando regresó á España, abordó con unas chalupas una fragata de 24 cañones, perteneciente á la marina de Inglaterra, á la sazón en guerra contra Francia y España. En seguida, empleado en los cruceros de Cabo de San Vicente, encargados de proteger los galeones, Liniers fué á bordo del *San Pascual* á la isla de Menorca.

Los ingleses estaban sitiados en el fuerte de Mahon. Dos de sus buques, fondearon sin ser vistos, á tiro de fusil del puerto la Reina. A pesar de estar protegidos por las baterías de tierra y defendidos por sus cañones, el Jefe de la escuadra ordenó á Liniers, cuyo arrojo conocía, que los capturase. El jóven teniente de fragata, sin cuidarse de la niebla que se interpuso, los abordó con diez y seis chalupas, en medio del fuego que vomitaba la artillería de mar y tierra, cortó las amarras y los condujo, herido en la refriega, al fondeadero de los suyos, en medio de los vítores de la tripulación del buque almirante.

En 1782, al cumplir siete años de su ingreso en la Es-

cuela Naval, Liniers recibió el grado de capitán de fragata, ascenso sin ejemplo en la marina española.

Después de desempeñarse airosamente en otra campaña contra Argel, y en una comisión científica, fue destinado por el gobierno, á principios de 1788, al Río de la Plata, y mandó por dos veces la división naval y fué gobernador de Misiones.

Pero donde más se distinguió fué en la reconquista y defensa de Buenos Aires.

Ya sabéis que los ingleses se habían apoderado de la capital del Vireinato en 1806. Pero don Santiago Liniers, confiando en Dios y haciendo voto de consagrar á la vírgen del Rosario, su Santa Patrona, las banderas del enemigo—que hoy están depositadas en los templos de Santo Domingo, de Buenos Aires y Córdoba—concibió y ejecutó la reconquista, secundado por el heróico pueblo de Buenos Aires.

Pero Liniers, que sospechó con fundamento, que volverían de nuevo los ingleses á pretender apoderarse de estas playas, organizó la defensa de las costas y las de algunas ciudades, y distribuyó los milicianos en cuerpos, según la region á que pertenecían, denominando los batallones, «Montañeses», «Castellanos», «Andaluces» y «Gallegos» y los «Patricios», despertando así entre ellos generosa emulación.

Con efecto, volvieron los ingleses como esperaba Liniers. Salióles el general al encuentro, pero su movimiento estratégico fué frustrado por la marcha de los ingleses; regresó al dia siguiente á la plaza, donde se le suponía prisionero ó fugitivo y encabezó la heróica y gloriosa defensa que enaltecíó tanto el nombre de la ciudad de Buenos Aires.

Después de estas heróicas acciones, fué nombrado Li-

niers virey del Río de la Plata, y, tras breve tiempo, por intrigas de Elío, fué sustituido por Cisneros.

Entonces retiróse Liniers, á una su propiedad, llamada «Alta Gracia» todavía, y situada en la provincia de Córdoba; hasta que en la gloriosa época de la independencia fué solicitado por los realistas para defender el dominio español. Víctima de su lealtad al rey, se opuso al torrente revolucionario; pero prisionero de los patricios, fué, como medida política, fusilado con otros cuatro compañeros suyos, sin tener en consideración su heroica vida ni su grandeza de carácter.



LECTURA 30.^aLos esposos de *Mistress Skaggs*

(EN EL OESTE.)

ERA la una, cuando se empezó á apercibir detrás de las alturas que dominan el Este de Angel's, una débil banda luminosa que, aumentándose gradualmente, fué adquiriendo diversos matices, hasta formar en su mayor intensidad los más vivos y magníficos colores de oro y púrpura, que desaparecieron á medida que el sol se elevaba sobre el horizonte. Dos horas antes que hubiese tenido lugar este admirable espectáculo que conocemos con el nombre de aurora, ya había salido de Placerville una diligencia con dirección á Angel's. La noche de la California, seca, fría y sin rocío, cubría todavía con su manto los profundos barrancos y las orillas del monte de la Tabla. El aire que se sentía en la ruta de la montaña era tan intenso, que los viajeros se veían obligados á dirigirse al mozo del despacho de vinos de la estación, que dormía de pié, en medio de sus botellas y sus vasos.

Casi hubiera podido decirse que el primer acto del hombre al despertar, se manifestaba en las tiendas de licores, pues aún los pájaros no habían hecho sentir sus primeros gorgoros sobre los sicomoros del camino, y ya se hacían oír el choque de los vasos y el clu, clu de las botellas en el salón del «Hotel de Villa». Esta fonda estaba alumbrada por una lámpara que languidecía ya, y que

seguramente se resentía de haber velado toda la noche; parecía tener una singular semejanza con un bebedor de Angel's que vacilaba, debajo de aquella, en un sillón: semejanza más notable aún, si se advierte que cuando los primeros rayos del sol penetraron por la ventana, el mozo del despacho, conmovido del mismo sentimiento de piedad por la lámpara y el beodo, apagó á la una y despidió al otro.

Apenas el sol salvó la cresta del Este, mostrándose en todo su esplendor, cuando empezó, como siempre, á inundar á Angel's con sus rayos, haciendo elevar el termómetro á 20 grados, en 20 minutos. El calor empezaba ya á ser tan intenso, que el ganado se vió obligado á refugiarse bajo la sombra de los corrales y cercados, volviéndose candente el polvo rojo que cubría el camino y renovando su cotidiana agresión sobre la copa poblada y convexa de los pinos, que protegía como un gran escudo el monte de la Tabla. En este momento, que serían las nueve, había cesado la brisa de la mañana, y los viajeros que ocupaban el imperial de la diligencia que venía de Wingdam, se vieron agradablemente sorprendidos, al verse surmegidos entre sombras aromáticas que templaban sus abrasados semblantes.

El conductor de la diligencia de Wingdam, siguiendo su antigua costumbre, castigó sus caballos al aproximarse á Angel's para hacerlos entrar al galope, que era el paso que en los grabados del despacho representaba á la humana credulidad, como el que usaba ordinariamente este vehículo. Yuba Bill, que así se llamaba el conductor, aumentó aquel día un grado más de solemnidad á su habitual expresión de una reserva desdeñosa y de indolente severidad oficial, á fin de imponer respeto á los ociosos y curiosos que le rodeaban. Así que solo los más osados se

atrevían á dirigirle la palabra. En este día el respetable juez Beeswinger, miembro de la asamblea local, tal vez temerariamente, no obstante su título de magistrado, se aventuró á preguntarle:

—¿Qué noticias políticas traeis, Bill?

—Ninguna importante, contestó Bill con su gravedad imperturbable, descendiendo con lentitud de su elevado asiento, y sin mostrar la menor condescendencia, ni en su acento, ni en sus maneras; ninguna importante, repitió; el Presidente de los Estados Unidos no oculta su disgusto desde que habéis rehusado formar parte del gabinete, y en los círculos políticos se advierte un sentimiento general de pesar.

Los habitantes de Angel's estaban demasiado familiarizados á esta irónica contestación y el ultraje que en ella se hacía, para que pudiera provocar una sonrisa ó un gesto de desagrado. Bill entró en el despacho de vinos, en medio del más profundo silencio, pues su contestación dada al juez imponía á los más atrevidos.

Solo el mozo del despacho se permitió interrumpir el silencio que se observaba en la sala, tratando de dar un nuevo giro á la conversación.

—¿No, conducís hoy, preguntó, al agente de Rothschild?

—Nó, contestó Bill, me ha dicho que no podía ocuparse de Johnson sino después de haber consultado á la Banca de Inglaterra.

El Johnson de que se trataba, no era otro que el borracho que el mozo del despacho había despedido. Al verse aludido por lo que decía Bill, se podía naturalmente esperar de él una contestación.

—Acepto, dijo, y lo tomaré con azúcar.

Y como si Bill le hubiese invitado á beber un vaso de

vino, el beodo avanzó, no sin dificultad hacia el mostrador. En honor de Bill, debe decirse que no demostró el menor disgusto al oír semejante contestación, sino que trincó con su habitual gravedad con Johnson, diciéndole:

—Todavía por un clavo para vuestro ataúd.

A este chistoso brindis, los testigos lo completaron con este otro no menos divertido:

—Por el último cabello de vuestro cráneo.

Cuando hubo vaciado su vaso por medio de un hábil movimiento, combinado del codo con la barba, Bill lo dejó sobre el mostrador, y añadió:

—¡Holal viejo mayor, ¿ya estáis aquí?

Este apóstrofe se dirigía á un jóven que al verse interpelado retrocedió como avergonzado hacia la puerta, en donde se detuvo, golpeando el montante con su sombrero, con cierto aire de indiferencia que desmentían sus ojos y lo encendido de sus mejillas. Al observar su pequeña estatura, el perfil de su semblante, fisonomía de querubín y su expresión particular de candidez, apenas representaba la mitad de la edad que realmente tenía, pues ya había cumplido catorce años.

Todos los habitantes de Angel's conocían á este adolescente, ya con el respetable título de «mayor» que Bill le había dado, ya con el nombre de «Tom Islington.» Era recibido por todos hasta con familiaridad y servía con frecuencia de pretexto á discusiones entre los murmuradores de aquella localidad, porque para unos era un niño de mala conducta, y para otros un perezoso; pero sus amigos elogiaban su amabilidad, cualidad gratuita y sospechosa en una población compuesta de jornaleros como la de Angel's. Una mayoría respetable le creía nacido para ser colgado, y la minoría toleraba su presencia, sin preocuparse de su porvenir.

—¿Nada para mí Bill? le preguntó el jóven, casi maquinalmente y en ademán de repetir alguna chanza que fué comprendida por Bill,

—¡Nada para vos! repitió este con una severidad algo exagerada, que no fué menos comprendida de Tammy. ¡Nada para vos! ¡No! y creo que nada debéis esperar mientras que continuéis al rededor de los despachos de vinos, y que perdáis vuestro tiempo precioso con perezosos y borrachos, salid de aquí....

BRET. HARTE.

LECTURA 31.^a

La Pesca

(FRAGMENTO)

Al cabo por la estrecha cortadura,
 Luchando á la ventura
 Con el viento y las olas, impelida
 Por la borrasca hacia el difícil paso,
 En donde puede acaso
 Quedar á salvo ó perecer hundida;

Entre el fragor que por momentos crece,
 Intrépida aparece
 La barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
 Cual gladiador que, tras inútil prueba,
 Huye vencido, lleva
 Cien heridas de muerte en su costado.

Resistiendo la cólera salvaje
Del soberbio oleaje,
La gente, fuerzas del peligro cobra;
Y aunque la lancha, como leve pluma,
Entre montes de espuma,
Parece á cada instante que zozobra,

Cien veces, con impávido heroísmo,
Resurte del abismo
Obediente á la mano que la guía.
Ninguna voz en su interior se escucha,
Que el riesgo de la lucha
Tiene una majestad muda y sombría.

¡Oh! ¡van á perecer!—¿Queréis seguirme?—
Con voz entera y firme
Pregunta el cura.—¡Á vuestro amor apelol
Arrancaremos á la mar su presa,
Y si en tan santa empresa
Morimos ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!

El religioso impulso que le mueve
Su aliento dobla, leve,
Cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conoce y no lo esquivo:
Pues ¿á quién, si arde viva
La fé en su pecho, el ánimo le falta?

Todos se aprestan á seguir su suerte,
Que aquel combate á muerte
De generosa emulación les llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
Podrá mancharte el vicio
Y ofuscarte el error; pero eres buenal

El bote listo ya, con seis remeros
 Hábiles y ligeros,
 Abrirse paso hacia el canal ensaya.
 ¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida,
 Con fuerte sacudida,
 Pedazos hecho, lo arrojó á la playa!

—¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—
 Llorando como un niño,
 Gimió en su angustia el viejo venerable.
 —Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos,
 Hijos! Tal vez podamos
 Desde el mismo peñón echar un cable.

Respondiendo á su voz, según costumbre,
 A la empinada cumbre
 El grupo corre, y con empeño lanza
 El recio cabo á la corriente ciega;
 Mas ¡ay! que nunca llega
 Al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

¡No hay esperanza! El cura consternado
 Increpa al mar airado.
 Sin freno alguno que su empuje venza,
 La tempestad incontrastable brama.
 Y el noble anciano exclama:
 —¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

G. NÚÑEZ DE ARCE.



LECTURA 32.^a

La muerte de María Estuardo

POR ROBERTSON

EL 7 de Febrero los dos condes llegaron á Fotheingay, y pidieron ver á la reina. Leyeron en su presencia la órden de la ejecución, y le dijeron que debía prepararse á morir el día siguiente. María les escuchó hasta el fin, sin emoción, y haciendo el signo de la fé en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: «Una alma, dijo ella, no es digna de las alegrías del cielo, cuando ella se aflige porque el cuerpo deba sufrir la mano del verdugo; y aunque no deba esperar que la de Inglaterra dé el primer ejemplo de violar la persona sagrada de un príncipe soberano me someteré á lo que la Providencia ha decretado respecto de mí.»

Poniendo entonces la mano sobre la Biblia, que estaba cerca de ella, protestó solemnemente, diciendo que era inocente de la conspiración que se le imputaba contra la vida de Elisabeth.

Sus criados, durante esta conversación, estaban inundados de lágrimas, y, aunque atemorizados por la presencia de los dos condes, ocultaban con trabajo todo su dolor.

Tan pronto como se hubieron retirado, corrieron hacia su señora y estallaron en manifestaciones apasiona-

das de ternura y dolor. María, entretanto, no solamente conservaba una calma perfecta de espíritu, sino que se esforzaba en moderar su excesivo dolor y cayendo de rodillas con sus criados, dió gracias á Dios de que concluyesen sus sufrimientos. El día siguiente, María fué conducida al suplicio. El decano de San Peterborough comenzó entonces un largo discurso relativo á la situación presente y ofreció sus oraciones á Dios en favor de María; pero ella declaró que no podía en conciencia escucharlo y unirse en intención á él, y cayendo de rodillas, repitió una oración en latín. Cuando el decano hubo concluido sus devociones con una voz que se le oía de todas partes, María encomendó, en inglés, á Dios, la Iglesia aflijida, y rogó por la prosperidad de su hijo y por el largo reinado de Elisabeth. En seguida se preparó para el cadalso, quitándose sus velos y sus vestidos. Uno de los ejecutores, habiendo querido con brusquedad ayudarla en esa tarea, ella le detuvo con dulzura, y le dijo sonriéndose que no estaba acostumbrada á desnudarse delante de tantos espectadores, ni á ser servida *por semejantes criados*.

HISTORIA DE ESCOCIA.



LECTURA 33.^a

La Encarnación del Hijo de Dios

LA Virgen santa dormía
Y el mundo entero callaba,
La fuente no murmuraba
Ni el manso arroyo corría.

La casta y brillante aurora
Tampoco quiere alumbrar,
Por temor de despertar
A su virginal Señora.

Sueños de dulce consuelo
Cruzan por su mente pura,
Sueños de santa ventura
Que hacen sonreír al cielo.

Dulce calma en torno había,
Su aroma daban las flores,
Y en sus tallos tembladores
Blandamente se mecían.

Cuando celestial querube
Abriendo su paso al sol,
Se vió en carro de arrebol
Descender en densa nube.

Ante la hermosa doncella
Que Dios por madre ha elegido,
Prosternado y confundido
Detiene su santa huella.

Y turbado de alegría,
Bajando ante ella la frente,
La saludó en voz potente
Diciéndola: «Ave María.»

«Dios te salve, reina hermosa,
Flor entre flores nacida,
La buscada, la elegida
Para madre venturosa:

Dios te salve, pues tú eres
Reina del celeste amor,
Bendita por el Señor
Entre todas las mujeres.

Y bendito el sin igual
Que á nacer predestinado,
Queda desde hoy encerrado
En tu vientre virginal.

Soplo de Espíritu Santo
Y emanación del Eterno,
Será terror del infierno
Y de los cielos encanto.

Jesús llevará por nombre,
Y tú, bendita señora,
Serás su co-redentora
Para redimir al hombre.»

Y besando el casto pié
De la mujer sin mancha,
Dobló otra vez la rodilla
Y por los aires se fué.

Y María despertando
Buscó la voz con anhelo,
Mas la voz era del cielo
Y ella se quedó llorando.

Ante santo altar de hinojos

Postrado su hermoso ser,
Le quiso á Dios ofrecer
Aquel llanto de sus ojos.

Y en su doliente ansiedad
Dijo con ferviente amor:
«Soy vuestra esclava, Señor,
Haced vuestra voluntad.»

Y el verbo quedó encarnado
En el vientre de Maria,
Del que después nacería
Para ser crucificado.

.....
Virgen y Madre amorosa,
Amparo del desvalido,
Por el gozo que has sentido
Con nueva tan venturosa;

Dá tu amparo maternal
A los tristes pecadores,
Para cantar tus loores
En el reino celestial.

AGUSTÍN SARTORIO.



LECTURA 34.^a

La muerte de Rancé

EL ABAD

No tardéis, Dios mío, apresuraos á venir!

Estas fueron las últimas palabras de Rancé; miró al obispo, alzó los ojos al cielo y exhaló el postrer suspiro. Enterrósele en el cementerio común de los religiosos.

Así se consumó el sacrificio: el arrepentimiento aísla al hombre de la sociedad y no es apreciado en lo que vale. Sin embargo, el hombre que se arrepiente es inmenso; pero ¿quién querría hoy ser inmenso sin ser visto? Rancé pasó de su choza de barro á la casa de Dios, casa magnífica.

Rancé fué llevado á la iglesia y colocado debajo de la lámpara; su rostro, que había parecido descarnado, apareció sonrosado y hermoso. En la iglesia estuvo desde el 27 de Octubre hasta el 29. Los monges estaban de pie, deshechos en llanto, y tocando á porfía el cuerpo con lienzos y rosarios. Treinta religiosos cantaban los salmos; en la iglesia se decían misas continuamente. Cuando le depositaron en la huesa, el coro recitaba este versículo del salmo CXXXI: «Ahí habitaré porque lo he elegido.» En el cementerio le sepultaron; el pastor quiso hallarse, aún después de muerto, en medio de sus ovejas. Rancé obtuvo varios testimonios auténticos que hoy podrían servir para su cano-

nización. Después de su muerte, se apareció á varias personas en una gran gloria; los reyes manifestaron su



Chateaubriand.

dolor, así los destronados como los que todavía ocupaban el solio.

«Parecía, dice el P. Le-Nain, como que por todas partes resonaba una voz de trueno, para inspirar á los hombres el desprecio del mundo, la vanidad de sus grandezas y la solidez de los bienes de la vida futura.» Efectuáronse ruidosas conversiones: un religioso había oído en sueños á una sagrada hostia que clamaba: «Temblad, temblad, temblad!» y tal fué su terror que tardó mucho en recóbrar el sentido. Algunos epilépticos quedaron sanos, aplicándose lienzos que habían servido de vendajes en la mano enferma del reformador: de ello se conservan los certificados, y Roma no necesitará un largo proceso para incluirle en el catálogo de los santos. Su corazón estaba en el reposo, y el Espíritu divino había llenado su alma de esplendor.

Saint-Simon dice, interrumpiéndose: «Estas memorias son demasiado profanas para referir en ellas cosa alguna de aquella vida tan sublimemente santa: las suspendo aquí, pues todo cuanto pudiera añadir, parecería mal en este lugar.»

Nacido el 9 de Enero de 1626, diez y seis años después de la muerte de Enrique IV, muerto en 1700, quince años antes de la muerte de Luis XIV, Rancé vivió setenta y cuatro años en la tierra, de los cuales pasó treinta y siete en la soledad para expiar los treinta y siete que había pasado en el mundo.

CHATEAUBRIAND.



LECTURA 35.^a

Los Conquistadores

(SONETO)

Cual de halcones noveles banda fiera,
Cansada de miseria, hosca y sombría
Soñando heróica hazaña, audaz se fia
Al bravo mar, la gente aventurera.
El rumbo inclinan á oriental ribera,
Buscan el oro que Cipango cría,
Viento providencial su barco guía,
É incognito Occidente les espera.
Delante, el sol que muere; atrás, Europa;
La impaciencia solazan de su anhelo
Los dorados celajes tropicales;
O reclinados en la tarda popa
De noche ven desconocido cielo
Y surgir de la mar nuevos fanales.

HEREDIA (CARO).



LECTURA 36.^a

El polvo

APÓLOGO

UNA ráfaga de viento
En el aire levantó
Un leve átomo de polvo,
Que del suelo arrebató.

Al verse tan alto el polvo,
Lleno de orgullo exclamó:
«Ya del suelo sublimado
No me pisarán ya, nó.

A dominar voy la tierra,
Desde la altura en que estoy,
Y á mis plantas veré al hombre,
Que orgulloso me pisó:

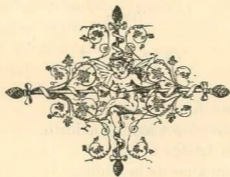
¡Viva el aire! viva el viento
Que á tanta altura me alzó!
De repente negras nubes
La luz ocultan del sol.

Y rasgándose, á la tierra,
Lanzan un chubasco atroz,
Y, envuelto en él, torna el polvo
Al lodo de que salió.

Revuelta una sociedad,
Alza la revolución
A un osado, á un ignorante
Y le dá poder y honor;

¡En breve, para escarmiento
Del mundo, decreta Dios
Que en el lodo torne á hundirse
El que un momento brilló!

EL CONDE DE FABRAQUER.



LECTURA 37.^a

Trueba

Alborada

Como funeraria tea,
Derrama el sol brillo incierto,
Y tocan tristes á muerto
Las campanas de la aldea.
En su féretro, un anciano
Que el pueblo triste acompaña,
De la vecina montaña
Baja á descansar al llano.
Dánle, para bién eterno,
La Iglesia sus bendiciones,
La amistad sus oraciones,

Los hijos su llanto tierno.
Y para que mayor sea
En este mundo su gloria,
Muerto, vive en la memoria
De las gentes de la aldea.

¡Anciano! ante los difuntos
Siento insólita alegría,
Y es porque espero que un día
Descansaremos ahí juntos.
Siempre las penalidades
Afronté con calma fuerte,
Pero siempre ante la muerte
Temblé, en villas y ciudades;
Que allí, como el aire atruenan
Músicas y fiestas vanas,
Pocos oyen las campanas
Que por los difuntos suenan!
Y aquí con santo sosiego
Veré mi viaje finado,
Y á dormir vendré á tu lado...
¡Adios, anciano!... ¡hasta luego!

ANTONIO DE TRUEBA.



LECTURA 38^a

Debe y Haber

OSTRAN es una pequeña ciudad situada cerca del Oder, célebre hasta en Polonia por su gimnasio y por su alajú que se fabrica aún en el día con abundante y pura miel. En esta ciudad patriarcal habitaba hacía ya algunos años un registrador de rentas llamado Wohlfart, enteramente adicto al rey, el cual, exceptuando á dos bribones de Ostran y un fabricante de gorras mal educado, amaba á todo el mundo. Había descubierto el secreto de los placeres pacíficos, y se enorgullecía por su humilde estado. Se había casado cuando ya no era muy jóven, y habitaba, en compañía de su esposa, una linda casita cuyo jardín cuidaba y arreglaba él mismo; dichosos en su estado, los dos esposos no conocieron durante muchos años otra pena que la de no tener hijos. Al fin, de mucho esperar, madama Wohlfart adornó un día las blancas cortinas de algodón de su alcoba con una ancha cinta y dos grandes lazos, metiéndose y permaneciendo durante algunas semanas, con asentimiento de todos sus amigos, en su limpia y aseada cama, después de no haber tenido más que el tiempo preciso para quitar de ella el último pliegue, y de cerciorarse de que su blancura no dejaba nada que desear. Detrás de las mencionadas cortinas nació el héroe de esta historia.

Al decir de su madre, Antonio era un muchacho encantador, que desde el día de su nacimiento estaba do-

tado de la más extraordinaria originalidad. Estuvo mucho tiempo sin querer tomar el alimento en el hueco de la cuchara, obstinándose en mirar el mango como más á propósito para este uso; mostraba una predilección inexplicable á jugar con la borla de la gorra negra de su padre, y cada día, auxiliado por la niñera, se la quitaba furtivamente de la cabeza para volverla á colocar en seguida con la sonrisa en los labios, probando hasta la evidencia, en los grandes sucesos, que era un niño como no se había visto ninguno. Su familia pasaba los mayores apuros del mundo para hacerle acostar; cuando oía el toque de la oración de la tarde, hora en que acostumbraba recogerse, suplicaba frecuentemente, juntando las manos, que le dejaran todavía correr por la casa; una vez conseguido su objeto, estaba horas enteras acurrucado con el abecedario en la mano, sosteniendo una animada conversación con la gallina roja pintada en la última página del libro, procurando persuadirla que le profesaba un cariño inalterable, y rogándola al mismo tiempo que no abandonara el cuidado de sus hijuelos, dejándose asar por la cocinera.

A menudo sucedía que cuando más entusiasmado estaba con otros niños, se separaba de sus jóvenes camaradas para sentarse gravemente en un rincón del aposento y entregarse á sus reflexiones.

Ordinariamente estas terminaban yendo á buscar para sus padres ó compañeros algún objeto que suponía les había de agradar. Pero su mayor placer era sentarse en frente de su padre, cruzar sus piernecitas una encima de otra, como lo hacía aquél, y fumar en un canuto de sauco, todo por imitar á *su señor padre*, que fumaba continuamente en pipa. Entonces M. Wohlfart se veía obligado á contarle todo lo que podía proporcionarle en

tretenimiento, ó bien por su parte Antonio relataba cuentos, y según la declaración unánime de las mujeres de Ostran, lo desempeñaba con tanta gravedad y con una apostura tan imponente, que á pesar de sus ojos azules y de su hermosa y rolliza cara de niño, tenía completamente el aire de un hombrecito de *Estado*.

Era tan extraño que hiciera alguna travesura, que las mujeres de Ostran, dispuestas á verlo todo por el prisma de la fatalidad, fueron por largo tiempo de parecer que la existencia de aquel niño no podía ser de mucha duración. Pero por fin Antonio aporreó un día en medio de la calle al hijo del consejero provincial, y perdió felizmente por esta travesura sus derechos á entrar en el reino de los cielos.

En conclusión, era un niño tan extraordinario como debía serlo naturalmente el hijo único de padres que tanto se querían. En la escuela elemental, como más tarde en el gimnasio, servía de modelo á todos sus condiscípulos, y causaba el orgullo de su familia.

Si M. Wohlfar hubiese atendido el parecer del maestro de dibujo, que afirmaba haber encontrado en su hijo la materia dispuesta para hacer de él un buen pintor, y hubiese seguido los consejos del regente del aula para que estudiase las buenas letras, Antonio con sus excelentes disposiciones corría el riesgo bastante común de verse colocado entre los hombres distinguidos, y de no encontrar el camino especial que requería su formal actividad para conseguir su objeto, si la casualidad no hubiese revelado su verdadera vocación.

Todos los años por Navidad recibía por la diligencia nuestro registrador una caja conteniendo un pilón de azúcar superfino y un gran paquete de café. El azúcar común lo machacaba su mujer, pero al hermoso pilón

nadie lo tocaba más que él, poniendo también mucho cuidado en este trabajo particular, como si fuera un acto solemne; y estaba encantado de su rara habilidad para cortar los terrones cuadrados.

En cuanto al café, madama Wohlfart era la encargada de tostarlo, y el digno jefe de aquella familia saboreaba con un sentimiento de dulce satisfacción la primera taza de aquella excelente bebida. Estos momentos de felicidad eran de esos cuyo perfume poético se impregna tan fácilmente en los corazones juveniles, esparciéndose por toda la casa. En estos momentos de goce íntimo, le agradaba á Wohlfart contar á su hijo la historia que tenía relación con el regalo.

Hacía ya muchos años que revolviendo el registrador un empolvado legajo de papeles, encontró un documento que se contaba perdido para la justicia y para todo el mundo, en el cual un rico propietario rentista, de Posen, declaraba deber algunos millares de escudos á una casa de comercio muy conocida en la capital. Era evidente que este crédito extraviado en tiempo de guerra y trastornos, había sido colocado por equivocación en un legajo adonde no correspondía.

M. Wohlfart puso en conocimiento del tribunal el feliz hallazgo que acababa de realizar, merced al cual la casa de comercio se encontró en disposición de ganar un pleito, de todo punto perdido, contra los herederos del deudor. El joven jefe de la expresada casa, se había dado prisa á informarse del nombre de aquel á quien debía la feliz terminación de este negocio, y habiéndolo sabido, le escribió una carta muy atenta. El registrador, por su parte, rehusó toda clase de recompensa, declarando positivamente que no había hecho más que cumplir con el deber impuesto á su cargo.

A contar de la fecha, había recibido regularmente todos los años, por Navidad, la remesa mencionada más arriba, acompañada siempre de una carta muy agasajadora. Cada vez contestaba inmediatamente con una bella muestra de caligrafía, en la cual expresaba invariablemente su sorpresa por el inesperado presente, y felicitaba sinceramente al negociante con motivo del año nuevo.

Hasta cuando estaba á solas con su mujer, M. Wohlfart no daba ninguna importancia á aquella remesa que calificaba de bagatela debida á la casualidad ó al capricho de un representante de la razón social T. O. Schrœter, y cuando su fiel dispensera, al formar sus cálculos, contaba cada año con la deseada caja, Wohlfar protestaba acaloradamente contra semejante esperanza, pero en el fondo de su corazón contaba con el envío.

No era el insignificante valor de algunas libras de azúcar y de café, sino la poesía de haber entablado ciertas relaciones íntimas con un desconocido, lo que le hacía muy dichoso; así es que guardaba todas las cartas de la casa Schrœter con tanto cuidado como las tres de amor que le había escrito su esposa. Las reunía cuidadosamente formando cuaderno con cubiertas de seda negra y blanca. Habituándose al hermoso azúcar refinado y al buen café de moka, adquirió la reputación de conecedor de frutos coloniales.

No podía menos de tratar con gran desprecio como productos ínfimos de la creación, la melaza, por superior que fuese, y el café del Brasil. Empezó á tomar interés por los negocios comerciales, y se puso á estudiar el curso regular de los precios del azúcar y del café, consignado en los periódicos á continuación de las noticias políticas, haciendo curiosas observaciones en términos completamente incomprensibles para los que no estaban iniciados

en el lenguaje mercantil, llegando hasta el extremo de asociarse de corazón á las empresas de su amigo el negociante, y entregándose con el pensamiento á vastas especulaciones; cuando el precio del café estaba en baja, se ponía de mal humor, y se alegraba cuando subía el del azúcar.

Sin duda que el lazo que unía á la familia del registrador con los negocios y el movimiento del gran mundo era muy ligero y algo aparente, y sin embargo, este lazo fué con el tiempo el hilo conductor que dió nueva dirección á los futuros destinos de nuestro Antonio, porque cuando el anciano Wohlfart estaba sentado por la noche en el jardín, cubierta su blanca cabellera con su casquete negro y la pipa en la boca, se extendía, como arrastrado por un secreto encanto, sobre las ventajas de un estado que proporcionaba abundantemente las mejores cosas del mundo, y en estos momentos de expansión, preguntaba, riendo, á su hijo, si le agradaría ser comerciante.

En seguida, y como contestación á la pregunta de su padre, la imaginación del jóven Antonio creaba un cuadro encantador, en el cual estaban mezclados, como las perlas de vidrio de colores del kaleidoscopio, grandes pilones de azúcar, pasas, almendras y doradas naranjas. Añadid á esto la graciosa sonrisa de los padres y el misterioso trasporte que la llegada de la bienhadada caja había provocado siempre en su casa, y comprenderéis fácilmente que lleno de entusiasmo, exclamara:

—¡Sí, padre míol seré comerciante.

No se diga que esta vida no es poética. La poesía es una hechicera que reviste de mágico encanto todas las ocupaciones del hombre en la tierra. Pero es necesario que cada cual fije la atención en las ilusiones que alimenta en los más recónditos pliegues de su corazón, porque

si se las deja crecer, acaban por dominarnos ejerciendo su tiranía.

De este modo vivió tranquilamente la familia del registrador, muchos años. Antonio fué creciendo y siguió sucesivamente todos los estudios del gimnasio hasta llegar á la orgullosa *prima*. Cuantas veces su madre, hablando aparte con el registrador, le rogaba que fijara de una vez el porvenir de su hijo, le contestaba muy satisfecho:

—Su carrera está ya elegida, ya sabes que quiere ser comerciante. Que termine sus estudios en el gimnasio, y luego se abrirán ante él las puertas del mundo.

FREITAG.



LECTURA 39.^a

Gutiérrez

Doña Urraca*(Fragmento)*

ALFONSO.

....—**O**H! Si algún día,
Como presumo y deseo,
De Calpe hasta el Pirineo
Se forma una monarquía,
¿A dónde no alcanzará
Su fuerte y robusto brazo?
Unid en estrecho lazo,
Como lo presienten ya,

Al bravo astur, que la cruz
Sostuvo con noble empeño,
Y al varonil extremeño
Con el inquieto andaluz;
Y con Castilla y León,
De su heróica historia ufanas,
Mallorca y sus dos hermanas
Cataluña y Aragón,
Murcia la bella, y después
Del valenciano bizarro,
Unid al fuerte navarro
Con el audaz portugués,
Y al gallego retador -
Aunad el vasco guerrero
Que forja y temple el acero
Con que ilustra su valor.

GIRALDO.

¡Ah! ¡Señor! ¡Si esa esperanza
Ha de realizarse un día!...

GARCES.

¡Ya veis qué gran monarquía!

BELTRÁN.

¡Digna de tan fuerte lanza!

ALFONSO.

El rey que tenga la gloria
De poseer tal imperio,
Quien mande en el pueblo iberio,
Hará esclava la victoria.

Dijérase que esta tierra,
Tan noble y privilegiada,
Fué por su Hacedor creada
Para escuela de la guerra;
Porque sus hijos feroces
Prefieren, como soldados,
Las lanzas á los arados,
Las cuchillas á las hoces.
Cada monte, cada cerro
Es centinela que arredra
Con el arnés todo piedra
Y el corazón todo hierro.
Para los robustos pinos
Que dan sus bosques frondosos,
Tiene mares procelosos,
Escuela de sus marinos,
Y tiene, por fin, el sol
Que, al par que fecunda y rica,
La hace grande, y vivifica
El espíritu español.

GARCÍA GUTIERREZ.



LECTURA 40.^a

El crítico

REUNIERONSE cinco hermanos para tratar de su porvenir.

—Yo quiero ser útil á mis semejantes, dijo el mayor; que mi posición sea brillante ó modesta, poco me importa, con tal que sea honrada. Me pondré á fabricar ladrillos, que son objetos indispensables, y ganaré para mi subsistencia.

—Sí, pero eso es poco, replicó el segundo, ese oficio no vale gran cosa, porque desde que hay máquinas ya no son necesarios los brazos para fabricar ladrillos. Yo prefiero ser albañil, es oficio más seguro, puesto que mientras haya ciudades no dejará de edificarse.

—Peor es este oficio que el anterior, dijo el tercero. ¿Que consideración goza un albañil en la sociedad? Mejor quiero ser arquitecto, porque esto exige á la vez inteligencia y saber. No se me oculta que será necesario empezar por ser aprendiz, que los maestros me obligarán á que vaya á llevarles la comida y hasta á barrer el taller, que llegarán tal vez á tutearme; pero esto no vale la pena; trabajando llegaré á ser arquitecto, y, con un poco de suerte, seré miembro de una academia. Esto ya es una cosa más decente.

—Sí, una cosa que me dá poco qué envidiar, dijo el cuarto. Mejor quiero ser escultor. Yo siento en mí el genio, crearé un nuevo estilo y contribuiré al desen-

volvimiento de las bellas artes y al progreso de la civilización.

—Esto es cierto, pero no tienes presentes las dificultades de la época, exclamó el menor de todos. Dejándote llevar del vuelo de tu inspiración, quizá te adelantés á tu siglo: en este caso no serás comprendido y vegetarás en la miseria. Con vuestras ideas, amigos míos, continuó, no llegaréis á ser nunca nada. Por lo demás, haced lo que más os plazca; no seré yo quien os contradiga. Mis propósitos son hacerme un crítico temible. Juzgaré á los demás, depuraré las costumbres, los escritos y los hombres, condenaré, en fin, todo lo que encuentre de malo, haciendo, en mi concepto, un servicio superior al vuestro.

Al cabo de algún tiempo realizó sus deseos. Cuando se hablaba de él, todo el mundo decía: ¡qué talento! ¡qué imaginación tiene ese hombre! Es lástima que no haga nada. Porque en último resultado ¿qué es un crítico? Un hombre que no tendría ocupación si no existieran las obras que critica.

Sin embargo, un crítico es alguna cosa, si es bueno, se entiende, porque si es malo, es menos que nada.

Ved ahora una historia sencilla, pero que no se acabará sino con el mundo. Fijad la atención, porque la vida de los cinco hermanos es todo un poema.

El hermano mayor, el fabricante de ladrillos, conoció muy pronto que cada ladrillo valía dos cuartos, cantidad insignificante, es verdad, pero diez y siete monedas de dos cuartos hacen una peseta. Con las pesetas siempre es uno bien recibido en la carnicería, en la panadería y en casa del sastre; y cuando se tienen muchas, su poder es tan grande que todas las puertas se abren de par en par.

Este fué el resultado que obtuvo haciendo ladrillos. Es verdad que el fuego hacía quebrar muchos en el horno, pero también los pedazos podían aprovecharse.

La anciana tía Margarita, había siempre soñado con tener una casa propia; el fabricante, hombre generoso si los hay, le daba todos los ladrillos rotos y la pobre mujer construyó por sí misma una casita en la orilla del lago. La casa en realidad no era más que una cabaña cuya ventana caía hacia un lado y el techo hacia el otro, y la lluvia penetraba algunas veces por las aberturas mal cerradas, pero en último resultado ofrecía un abrigo á la tía Margarita, en términos que mucho tiempo después de la muerte del fabricante de ladrillos, la casa estaba todavía en pié.

El segundo hermano, el albañil, después de haber terminado su aprendizaje partió á la ciudad más próxima con el saco á la espalda, cantando, fumando y acariciando las más bellas ilusiones.

Al cabo de algún tiempo se hizo notar por su asiduidad en el trabajo y por su buena conducta. Se le encargó la construcción de muchas casas y estas le proporcionaron una para sí.

Si me pedís la explicación de esto, os contestaré lo que he oído decir á las gentes del país: «La casa propia se encuentra siempre en las agenas.»

Una vez hecho propietario, se casó con su prometida, y la noche de la boda hubo baile en el salón.

Tal vez creáis que al decir salón me refiero á una pieza adornada con mullidos tapices, cuadros de pintores célebres y muebles espléndidos; nada de esto, el salón de que hablo era sencillamente una habitación cuadrada, espaciosa, con las paredes blanqueadas; pero cuando al són

de la música, el albañil hacía girar á la novia entre sus brazos, pareciale que se deslizaba sobre un bruído pavimento, y las paredes se cubrían de flores como por encanto. Todo el mundo admiraba esta graciosa pareja, haciendo votos por la felicidad de los jóvenes desposados. Esto era ya algo... Después el albañil murió, porque, más tarde ó más temprano, todo concluye por esto. Murió con la seguridad de que ni sus hijos ni su viuda morirían de hambre, es decir, que murió tranquilo sobre las afecciones que más interesaban á su corazón.

Veamos el tercer hermano. Con una resignación estóica terminó sus estudios. Después de haber sufrido muchas penalidades en el taller, llegó á ser arquitecto, miembro de una Academia, y toda una calle, cuyos planos había levantado, fué bautizada con su nombre. Esto ya era mucho. Sin embargo, tuvo la dicha de casarse con una encantadora y rica viuda, con quien vivió feliz mucho tiempo y á su muerte se le hicieron magníficos funerales. También esto era alguna cosa.

En cuanto al hombre de genio, al cuarto de los hermanos, que quería innovar el arte, crear un nuevo género, y dar nombre á una escuela, encontró bastantes recursos para alquilar un piso sexto, sin contar el entresuelo, desde el cual cayó un día á la calle y se rompió la cabeza. Pero después de muerto todo el mundo reconoció su talento, pronunciándose tres discursos sobre su tumba, y si no se le levantó un monumento espléndido, se le enterró al menos en nicho. Algo era esto también.

El último de los hermanos, el crítico, sobrevivió á los demás: tuvo la última palabra, que era para él lo esencial. Todo el que leía sus artículos decía: ¡Qué ingenio! ¡qué inteligencia! ¡que erudición!

Pero llegó su hora y fué á llamar á las puertas del

Paraiso en el momento que se encontraba también allí el alma de la buena tía Margarita.

—¿Qué diablos viene á hacer aquí esta desgraciada? dijo el crítico: sin duda ha venido para servirme de contraste. ¿Quién sois, anciana? ¿Qué queréis?

La pobre mujer hizo una profunda reverencia, porque creía que estaba hablando nada menos que con el mismo San Pedro.

—Soy una pobre vieja, sin familia, contestó: en el mundo se me llamaba la tía Margarita.

—¿Y habéis hecho alguna cosa útil sobre la tierra?

—Absolutamente nada, mi buen señor; sería para mí una gracia inmensa si me permitierais que me quedara aquí en la puerta.

—¿Cómo habéis abandonado la mansión de los vivos? preguntó el crítico, enojado al ver que no se le habrían las puertas.

—Si he de decir la verdad, no lo sé. Hacía ya muchos años que sufría bastante, y un catarro que he cogido últimamente me ha dado el golpe de muerte. Ya sabrá usted señor, que en los últimos días hacía un frío horroroso: el lago grande se había helado y una multitud ébria de gozo, patinaba, bailaba y cantaba al compás de una deliciosa música. Los ecos de la algazara, llegando hasta el cuarto en que estaba acostada, no me dejaban dormir, y me puse á contemplar la luna y las estrellas que brillaban en el cielo, cuando ví remontarse en el horizonte una nube con un punto negro en el centro. Es necesario ser vieja y tener experiencia para comprender estos indicios; ya había visto yo dos veces esta nube, y sabía que bien pronto una horrorosa tempestad, seguida de una tromba, pondría el lago en conmoción, y que cuantas personas se

encontraran en él, jóvenes y viejos, mujeres y niños, serían irremisiblemente sepultados. Entonces, apurando todas mis fuerzas, me levanté de la cama, corriendo á la ventana para abrirla; pero el hielo que llenaba sus juntas se opuso á mis esfuerzos. Se bailaba y se cantaba, las mujeres saltaban sobre el hielo y nadie pensaba en el peligro. Sin embargo, la nube blanca con un punto negro, que crecía por momentos, se adelantaba con rapidez; rompí un vidrio y me puse á gritar con todas mis fuerzas para que aquellos desgraciados se pusieran en salvo; pero mi débil voz no llegaba hasta donde estaban. Intenté correr, y también mis piernas se opusieron. Entonces Dios me inspiró una idea feliz; prendí fuego á mi lecho pensando que era preferible sacrificar mi casa y su dueña, si preciso era, á dejar perecer de una manera tan terrible centenares de personas. Ya me veía rodeada por las llamas, cuando pude hacer un esfuerzo supremo y llegar hasta el umbral de mi puerta, donde caí extenuada por el cansancio y la emoción. No tardó el fuego en apoderarse del techo, y pudieron apercibirse los patinadores del lago, que corrieron á la orilla para socorrerme. Ni una sola persona quedó sobre el hielo; pensaban que el fuego iba á devorarme viva. Cuando ya estaban todos en tierra firme, se oyó un ruido semejante al de un cañonazo; de repente estalló la tempestad, y la tromba absorbió el hielo rompiéndole en mil pedazos. El incendio me cubría de chispas y carbones encendidos, pero yo los había salvado. Algunas almas caritativas se apoderaron de mí para prodigarme toda clase de cuidados, pero fué inútil; la emoción había sido demasiado fuerte y el frío me había sobrecogido: espiré. Ya veis, señor, cómo he llegado á las puertas del Paraíso; he oído decir allá abajo que se abren algunas veces ante seres tan miserables como yo;

pero quizá sea mucho atrevimiento por mi parte solicitar este favor.

Al decir esto se abrieron las puertas del Paraíso, dando paso á un ángel, que hizo entrar á la anciana. Al pasar dejó caer una paja, una de las pajas que componían el lecho que ella misma había quemado; este humilde tallo se trasformó en oro puro, extendiéndose como una inmensa columna cubierta de maravillosos adornos.

—Hé aquí la credencial de esta pobre anciana, dijo el ángel, al crítico admirado. ¿Y tú qué traes? ¡Nadal Ni aun un ladrillo; pero el buen deseo se cuenta también por alguna cosa. No se puede hacer nada por tí, porque llegas con las manos vacías.

Entonces el alma buena de la tía Margarita intercedió por él.

—Su hermano, dijo ella, fué quién me dió todas las piedras y ladrillos rotos que me han servido para construir mi mezquino albergue, los cuales eran demasiados para mí. ¿No podría componer entre todos esos pedazos el ladrillo que le pedís? Le concederéis una merced, puesto que tiene necesidad de ella. ¿Acaso nó es este el país de la gracia?

—Ya ves, dijo el ángel, el hermano á quien más menospreciabas te proporciona su limosna para la entrada en el Paraíso. No te volveré á ver, quédate ahí y reflexiona; que quizá encontrarás alguna buena acción en el trascurso de tu vida, y puede aprovecharte y valdrá más que ninguna otra cosa.

Y el ángel desapareció.

—No se explica mal, dijo el crítico vanidoso, pero yo hubiera hablado mucho mejor.

Hizo, sin embargo, esta reflexion en voz baja, por no apesadumbrar al ángel. Esta atención, tan extraña en

un crítico, era ya muy digna de estima, y le salvó. La puerta había quedado entreabierta y se escurrió en el Paraíso. Pero, ¿qué hará allí? Creemos que no tendrá ocupación alguna.

ANDERSON.



LECTURA 41.^a

Coplas y glosas

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER Á DIOS

Vivo sin vivir en mí,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios vivir no puedo;
Pues sin él y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
Es privación de vivir;
Y así, es continuo morir
Hasta que viva contigo;
Oye, mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí,
Pues de suerte persevero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece;
Que la muerte que padece,
Al fin la muerte le vale;
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
Pues si más vivo más muero?

Cuando me empiezo á aliviar
De verte en el sacramento,
Háceme más sentimiento
El no te poder gozar;
Todo es para más penar
Y mi mal es tan entero,
Que muero porque no muero.

Y si mi gozo, Señor,
Con esperanza de verte,

En ver que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor;
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida,
Por mis pecados está
Oh mi Dios ¿cuándo será?
Cuando yo diga de veras,
Vivo ya porque no muero!

S. JUAN DE LA CRUZ.



LECTURA 42.^a

Las campanas

SONAD, sonad, voces metálicas, desde el humilde campanario de la ermita ó sobre la cúpula soberbia de templo suntuoso. Ya atronéis con magnífico estruendo las ciudades, ya oiga á lo lejos vuestro apagado tañido, mi corazón se estremecerá siempre al escucharos.

Vuestro lenguaje sonoro me es familiar; es el idioma de todos los cristianos. Hay en él acentos de alegría, de júbilo supremo, de tristeza, de oración, de cólera también y de venganza.

Cuando el viajero extraviado cruza por valles y montañas, sin saber en qué parte del mundo se encuentra, huyendo de la naturaleza que parece deshabitada, y temblando al escuchar el rugido de las fieras, si distingue á lo lejos varias figuras humanas que trepan de risco en risco, hablando palabras extranjeras, se detiene y se oculta receloso.

Dudando está entre la aspereza de la tierra que hiere sus plantas, y el calor que le sofoca, y el hambre y la sed que le atormentan ó la acogida de hermanos que acaso le desconozcan, que hagan tal vez festín de su cuerpo fatigado. Pero si el viento trae desde lejos el sonido vibrante de una campana, exclama lleno de gozo el viajero:

—¡Ya estoy salvado!

Yo recuerdo el placer con que escuchaba en la cuna la música majestuosa de vuestros cóncavos metales. Como los de la tempestad, me parecían sonidos que llegaban á mí desde las nubes.

Vosotras, hermanas del aire, anunciasteis á toda una población que había un cristiano más, cuando el sacerdote vertió sobre mi cabeza el agua bendecida, y solemnizasteis mi bautizo. Mi madre, llena de gozo, debió verter una lágrima desde el lecho en que yacía.

Mi corazón os lo agradece, mensajeras de la dicha.

¡Cómo repican las campanas en la torre blanqueada de la iglesia! Los labriegos comprenden aquel toque alegre, y se aproximan al templo. Las mozas y los jóvenes del pueblo acuden en tropel á presenciar la ceremonia.

Felices los que van á ver cumplidos sus deseos: aquellos por quienes las campanas suenan con tal alborozo. Ellas pregonan la bondad con que Dios acoge sus lícitos amores: la ternura humana en el límite de los deberes, consagrada por un sacramento, santificada por la iglesia.

Huid, amores profanos, goces satánicos é impuros, huid al sonido casto de las campanas que dan fé del matrimonio. Estremeceos de placer, doncellas pudorosas, que sentís en vuestro corazón suaves latidos. También se puede amar sin que haya de encender vuestras mejillas el color de la vergüenza.

En los días festivos, cuando el católico se dispone al cumplimiento de un deber ineludible, oye una voz cercana que le anuncia ha llegado el momento de comenzar el santo sacrificio. Los que estáis privados de los favores de la fé, los que tenéis árido el corazón y nublada de dudas la conciencia, no profanéis el templo. Dejad á los católicos humillar su frente sobre las frías losas de la iglesia, dejadles arrodillarse en un suelo sembrado de tum-

bas, ante una cruz que recuerda á los hombres el más horrible de sus crímenes. No perturbéis con vuestras miradas la dulce calma de la honrada esposa, la tranquila conciencia de una vírgen.

Dejadlas orar.

Decid, campanas, decid á los fieles que el sacerdote va á leer el Evangelio.

Un toque lento y acompasado suena en el campanario. Las gentes se estremecen; tal vez lo escucha con religioso terror el moribundo. Al toque de la campana sucede poco después otro en las calles, también acompasado y argentino: al escucharlo todos se descubren, todos se posttran. ¡Silencio! es el Viático.

La iglesia va á hacer á un hombre su última visita.

¿Qué mano airada agita las cuerdas de las campanas, cuyos golpes precipitados y coléricos atruenan las ciudades y proclaman el exterminio? A su sonar impetuoso, á su impaciente clamoreo, los hombres se apoderan de las armas, y la muchedumbre se amotina y ruge entusiasmada.

¿Quién toca á rebato? ¿Quién atiza la hoguera de los crímenes? ¿Quién ha convertido en instrumento de guerra las campanas?

Cesad, cesad, inícuos agitadores. Tened el brazo sacrílego, que hace nuncio de muerte y de venganza, lo que solo ideas de perdón debe inspirarnos.

Paz á los hombres.

Ha llegado el día de difuntos.

Todas las campanas de todas las iglesias de la cristianidad tocan á muerto. La madre acude á rezar en la tumba de su hijo, á llorar en la de su esposo. Los hijos ruegan por sus padres. Todas las pérdidas recientes se recuerdan, se lamentan, entristecen el ánimo como el día

en que sucedieron. Se coronan de flores las sepulturas, se encienden luces por todas partes, se dicen misas, se cantan responsos, se vierten lágrimas.

Y las campanas no cesan de tañir.

Pero los muertos que no dejaron hijos que los llorasen, ni amigos, ni parientes, los que abandonaron el mundo en otros siglos, esas generaciones que pasaron, padres de nuestros padres, cuyos huesos ya no tienen ni aún sepulcro, cuya ceniza ha esparcido el tiempo por la tierra, y cuyos nombres se han borrado de la lista de la vida; esas almas olvidadas, como se olvidarán las nuestras, ya no tienen en el día de difuntos quien las llore ni teja coronas de siemprevivas, ni recuerde sus virtudes. Espantoso abandono!

Pero nó; todas las campanas de todas las iglesias tocan á muerto. Por el rico y por el pobre, por el bueno y por el malo: por todos los difuntos.

La iglesia no se olvida de ninguno.

JOSE FERNÁNDEZ BREMÓN.



LECTURA 43.^a**Macbeth.***(Fragmento)*

ACTO IV.

Macduff, Malcolm y Rosse.

ESCENA III.

MACDUFF. ¿Quién es ese que viene hacia nosotros?

MALCOLM. Es un escocés, y sin embargo, no le conozco.

MAC. Primo, sed bien venido.

MAL. Ahora le conozco. Gran Dios, disipa los obstáculos que nos hacen mirar como extranjeros los unos á los otros.

ROSSE. ¡Ojalá llegue á realizarse vuestro deseo!

MAC. ¿La Escocia continúa siempre siendo tan desgraciada?

ROS. ¡Ah! ¡Deplorable patria! Casi se asombra ya de conocer sus propios males. No le demos el nombre de madre; llamémosla tumba nuestra. Allí nadie sonríe, no siendo el párvulo que ignora sus infortunios. Suspiros, lamentos, gritos turban la quietud del aire, sin excitar apenas la atención. El pesar más violento parece un mal ordinario; las campanas anuncian un funeral sin que nadie pregunte quién ha muerto.

MAC. ¡Oh palabras demasiado ciertas!

MAL. ¿Cuál es la última desgracia?

ROS. á MAC. Vuestro castillo ha sido tomado por sorpresa, vuestra mujer y vuestros hijos han sido inhumanamente degollados...

MAC. ¿Mis hijos también?

ROS. Mujer, hijos, criados, todo lo que ha caído en manos del enemigo.

MAC. ¿Y mi mujer también?

ROS. Ya os lo he dicho.

MAL. Alentad: la venganza ofrece un remedio á vuestros males. Corramos á castigar al tirano.

MAC. ¡El tirano no tiene hijos!

SHAKESPEARE.



LECTURA 44^a

Oliverio Twist.

Es costumbre en el teatro, en todo buen melodrama sangriento, el presentar alternativamente escenas trágicas y cómicas, entrelazadas entre sí. Se nos muestra, tendido sobre un miserable colchón, al héroe agobiado bajo el peso de sus cadenas y desgracias; después, en la escena siguiente, su fiel escudero, ignorando la suerte de su amo, alegra al auditorio con una canción jocosa. Vemos con emoción á la heroína á merced de un barón cruel y orgulloso, expuesta á perder el honor ó la vida, y desenvainando su puñal para salvar el uno á precio de la otra; y en el momento en que el interés se halla más excitado, se oye un silbido, y hétenos trasportados de repente á la sala de un castillo ó de un viejo senescal de cabellera blanca, que canta una festiva canción, en la que forman coro sus vasallos, que alegres y contentos, y no teniendo otra cosa que hacer, acaban por marcharse siempre cantando.

Por más que estos cambios de escenas nos parezcan ridículos, no son sin embargo tan inverosímiles como se pudiera creer. La vida ofrece de continuo contrastes de este género; aquí fiestas, allí un lecho de muerte; tan pronto el duelo y la tristeza como la alegría y el placer. Pero en este último caso, somos nosotros los actores en vez de ser testigos pasivos de los acontecimientos, y esto es

muy diferente. Esas bruscas transiciones, esos ímpetus de súbita cólera ó dolor, que no nos extrañan en la escena del mundo, nos parecen ridículos é inoportunos cuando somos simples espectadores.

Los repentinos cambios de escena, de tiempo y de lugar, no se hallan solamente sancionados en los libros por un uso constante, sino que se consideran por muchos como el gran arte de la composición: y aun hay ciertos críticos que no aprecian el talento del autor, sino en razón de las dificultades que acumula en derredor de los personajes al fin de cada capítulo. Este corto preámbulo podrá parecer inútil, pero en todo caso, debe considerarse que es por parte del historiador una manera delicada de advertir á sus lectores, que va á conducirlos de nuevo á la ciudad natal de Oliverio, y que le asisten muy buenas razones para emprender este viaje.

Una mañana, muy temprano, salió el señor Bumble, del asilo de mendicidad, y comenzó á subir la calle, con paso majestuoso. Los rayos del sol naciente se reflejaban sobre su tricornio y su brillante traje, y era de notar el aire resuelto y de autoridad con que empuñaba su bastón. El señor Bumble iba siempre con la cabeza erguida, pero aquel día tenía la más erguida que de costumbre; había en su mirada algo de profundo, y en su manera de andar cierta resolución, que revelaba que reflexiones demasiado importantes para ser comunicadas á nadie, surgían en su mente de bedel.

El señor Bumble no se detuvo á charlar en el camino con los pobres vendedores que le dirigían respetuosamente la palabra, y apenas contestaba á sus saludos con una rápida inclinación de cabeza.

Conservando siempre su aspecto de dignidad, llegó á

la sucursal del asilo donde la señora Mann velaba con una solicitud enteramente *parroquial* sobre su pequeña prole de niños pobres.

—¡Al diablo con el bedel! exclamó la señora Mann, oyendo á Bumble sacudir con impaciencia la puerta del jardín; no puede ser otro sino él. . . ¡Ah, señor Bumble, añadió en voz alta, estaba bien segura que erais vos! ¡qué placer me causa vuestra visita! Entrad, señor, yo os lo ruego.

Las primeras palabras eran para Susana, y las exclamaciones de alegría iban dirigidas al bedel, mientras que la buena mujer abría la puerta del jardín, saludando al señor Bumble con el mayor respeto.

—Señora Mann, exclamó el bedel dejándose caer con lentitud sobre el sofá, en vez de sentarse bruscamente; buenos días, señora Mann.

—Os los deseo felices, repuso ésta con una sonrisa; ¿supongo que estáis bueno, caballero?

—Así, así, señora Mann, contestó Bumble;—una vida *parroquial* no es ningún lecho de rosas.

—¡Ah! señor Bumble, ¡á quién se lo decís!

Si los pobres niños del asilo hubiesen oído las palabras de la señora Mann, de fijo hubieran hecho coro con ella.

—La vida *parroquial*, señora, continuó el señor Bumble, dando un bastonazo sobre la mesa, es una vida fatigosa, agitada é insoportable; pero este es el destino de los funcionarios públicos.

La señora Mann, sin comprender bien lo que quería decir el bedel, elevó las manos al cielo con aire de compasión y suspiró.

—¡Ah! tenéis razón de suspirar, señora Mann, dijo Bumble.

Viendo que había hecho bien, la buena mujer exhaló un segundo suspiro, con gran satisfacción del funcionario, que reprimiendo una graciosa sonrisa, miró con gravedad á su tricornio y dijo:

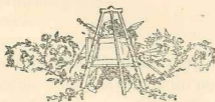
—Señora Mann, mañana parto para Lóndres.

—¡Cómo! señor Bumble, exclamó la mujer retrocediendo dos pasos.

—Sí, señora, para Lóndres, repuso el inflexible bedel. Voy á tomar la diligencia y á llevarme dos pobres del asilo, por quienes se ha entablado pleito para colocarlos en otra parte.

El consejo administrativo me ha encargado á mí, ¿entendéis, señora Mann? de llevar este negocio ante los tribunales de Clerkenwell, y yo me pregunto cómo se arreglarán los jueces, para salir airosos, teniendo que habérselas conmigo.

CARLOS DICKENS.



LECTURA 45^a.

Elegía

(Fragmento.)

I.

RECUERDE el alma adormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando.
Cuán presto se va el placer,
Cómo después de acordado
Dá dolor:
Cómo, á nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

II.

Pues que vemos lo presente
Cuán en un punto ses ido
Y acabado;
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, nó,
Pensando que ha de durar

Lo que espera
Más que duró lo que vió,
Pues que todo ha de pasar
Por tal manera.

III.

Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir.
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos,
Allegados son iguales;
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.

IV.

Dexo las invocaciones
De los famosos poetas
Y oradores;
No curo de sus ficciones,
Que traen yerbas secretas
Sus sabores.
A Aquel solo me encomiendo,
A Aquel solo invoco yó,
De verdad,
Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció
Su deidad.

V.

Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos cuando vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenecemos:
Así que cuando morimos
Descansamos.

VI.

Este mundo bueno fué.
Si bien usásemos dél
Como debemos,
Porque según nuestra fé,
Es para ganar aquel
Que atendemos.
Y aun aquel hijo de Dios,
Para subirnos al cielo,
Descendió
A nacer acá entre nos
Y vivir en este suelo,
Do murió.

VII.

Si fuese en nuestro poder
Tornar la carã hermosa

Corporal,
Como podemos hacer
La ánima gloriosa
Angelical;
¡Qué diligencia tan viva
Tuviéramos toda hora,
Y tan presta,
En componer la captiva
Dexandö á la señora
Descompuesta!

VIII.

Ved de quán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos;
Que en este mundo traidor,
Aun primero que muramos,
Las perdemos.
Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrados
Que acaecen;
Dellas, por su qualidad,
En los más altos estados
Desfallecen.

IX.

Decidme la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara;
La color y la blancura
Quando viene la vejez
¿Quál se para?

Las mañas y ligereza
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Quando llega al arrabal
De senectud.

X.

Pues la sangre de los godos,
Y el linaje y la nobleza
Tan crecida,
¡Por cuántas vías y modos
Se sume su gran alteza
En esta vida!
Unos por poco valer,
Por quan baxos y abatidos
Que los tienen;
Otros que, por no tener,
En oficios no debidos
Se mantienen.

XI.

Los estados y riquezas
Que nos dexan á desora,
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Pues que son de una señora
Que se muda.
Que bienes son de fortuna
Que se vuelven con su rueda
Presurosa,
La qual no puede ser una,

Ni estar estable ni queda
En una cosa.

XII.

Pero digo que acompañen
Y lleguen hasta la huesa
Con su dueño:
Por eso no nos engañen,
Que se va la vida apriesa
Como sueño.
Y los deleites de acá
Son en que nos deleitamos
Temporales,
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.

XIII.

Los placeres y dulzores
Desta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte la celada
En que caemos?
No mirando á nuestro daño,
Corremos á rienda suelta
Sin parar.
Desde vemos el engaño
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar.

XIV.

Estos reyes poderosos
Que vemos por escripturas
Ya pasadas,
Por casos tristes llorosos
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así que no hay cosa fuerte.
A papas ni emperadores,
Ni perlados;
Que así los trata la muerte,
Como á los pobres pastores
De ganados.

JORGE MANRIQUE.

LECTURA 46.^a

Un juez hábil.

(CUENTO)

EL Emir de Argel, Baouakas, quiso averiguar por sí mismo si era cierto que en una ciudad de la provincia había un juez dotado de tan extraordinaria habilidad, que infaliblemente descubría la verdad, no habiendo ningun bribón que hubiese logrado darle gato por liebre.

Baouakas se disfrazó de mercader y se dirigió á la ciudad en que residía el juez.

Al entrar en la ciudad, un pordiosero se acercó al Emir pidiéndole una limosna.

Baouakas le dió unas monedas, é iba á seguir su camino, cuando el pordiosero le detuvo.

—¿Qué quieres? ¿No te he dado limosna?

—Me has dado limosna, pero hazme el favor de llevarme en tu caballo hasta la plaza de la ciudad, para que los camellos y los caballos no me estropeen.

El Emir hizo subir á la grupa al mendigo y así llegaron á la plaza. Detuvo Baouakas el caballo, pero el mendigo no se apeaba.

—¿Por qué no te apeas? Vamos, descabalga, que ya hemos llegado.

—¿Por qué he de descabalgar? Este caballo es mío.— Si de buen grado no me lo das, vamos á que el juez dirima el caso.

La muchedumbre que les rodeaba, oyendo la discusión, gritaba:

— Id donde está el juez, que todo lo pondrá en claro.

El Emir y el pordiosero comparecieron ante el juez.

Antes que tocase su turno al Emir, el juez llamó ante él á un sabio y un patán, ambos se disputaban una misma mujer.

El patán afirmaba que era su mujer, el sabio que era la suya.

Después de oírles, el juez dijo:

—Dejad la mujer aquí, y volved vosotros mañana.

Seguidamente entraron un carnicero y un aceitero.

El carnicero tenía dinero en la mano y el aceitero sujetaba la mano del carnicero.

El carnicero decía:

— Yo he comprado aceite á este hombre, saqué mi bolsa para pagarle, cuando me agarró la mano para robarme el dinero, y hemos venido á tu presencia, yo teniendo mi bolsa y él agarrado á mi mano.

—Eso no es verdad, repuso el aceitero, el carnicero vino á comprarme aceite, me pidió que le trocase una pieza de oro, tomé la plata de la que quiso apoderarse y huir, y entonces le cogí la mano y lo traje hasta aquí.

El juez respondió:

—Dejad aquí el dinero y volved mañana.

Baouakas, á su vez, refirió lo que le había acaecido con el pordiosero. El juez le escuchó, y luego ordenó al mendigo que explicara el caso.

—Yo estaba á caballo, arguyó el pordiosero, cuando él me pidió que le admitiese en la grupa para conducirlo hasta la plaza. Accedí y le llevé hasta donde me dijo, pero se negó á descabalar diciendo que el caballo era suyo, lo que es falso!

—Dejad el caballo aquí y volved mañana, repuso el juez.

Al siguiente día, inmenso concurso acudió á conocer las decisiones del Juez.

El sabio y el patán llegaron primero.

—Vete con tu mujer! dijo el juez al sabio, y que den al patán cincuenta azotes.

Marchóse el sabio con su esposa, y el patán sufrió su castigo ante el concurso.

Después llamó el juez al carnicero.

—El dinero es tuyo, le dijo, y, señalando al aceitero, añadió: A ese, cincuenta azotes.

Llegó el turno á Baouakas y el pordiosero.

—¿Reconocerías tu caballo entre otros veinte? preguntó el juez al Emir.

—Lo reconocería.

—¿Y tú?

—También, repuso el mendigo.

—Sígueme, dijo el juez á Baouakas.

Se dirigieron á la cuadra, el Emir reconoció en seguida su caballo entre otros veinte.

Después el juez hizo ir al mendigo á la cuadra, le ordenó que señalase el caballo; y el mendigo señaló el mismo que antes había señalado el Emir, Volvió el juez á su sitio y dijo á Baouakas:

—El caballo es tuyo, tómallo!

Y ordenó que propinasen al pordiosero cincuenta azotes.

Cuando el juez se alejaba, Baouakas se dirigió á él.

—¿Qué me quieres? le dijo el juez. ¿Acaso estás descontento de mi sentencia.

—Nó, estoy satisfecho de todo, repuso el Emir, solamente deseo que me digas cómo has averiguado que la mujer era del sabio y no del patán, el dinero del carnicero, y mío el caballo.

—En cuanto á la mujer del sabio, la llamé esta mañana y le dije: «Echa tinta en mi tintero. Lo limpió cuidadosamente, y lo llenó de tinta; luego, estaba habituada á esta labor. Si hubiera sido mujer de patán, ó cae en perplejidad ó hace un desaguizado. De ahí deduje que el sabio tenía razón.

En cuanto al dinero, lo hice depositar en una cubeta llena de agua, que observé esta mañana para cerciorarme si sobrenadaba el aceite. Si el dinero hubiera sido del aceitero, éste lo habría impregnado con el contacto de sus manos; como el agua permaneció limpia, el dinero no podía pertenecer sino al carnicero.

Por lo que hace al caballo, el caso era más difícil.

El pordiosero reconoció tan pronto como tú el caballo entre otros veinte. Yo les sometí á esta prueba por ver solamente á quién reconocía primero el caballo.— Cuando tú te acercaste á él, el caballo volvió la cabeza para mirarte, en tanto que cuando el mendigo lo tocó, bajó las orejas y encojió una pierna. Ya ves como averigué que eras el legítimo propietario.

Entonces Baouakas le dijo:

—Yo no soy un mercader, yo soy el Emir Baouakas. Vine aquí para averiguar si era cierto lo que de tí se decía. Quedo convencido de que eres un juez hábil y sabio. Pide, pues, lo que quieras.

—No necesito recompensas, respondió el juez; me considero bastante agraciado con la enhorabuena de mi Emir.

CONDE LEÓN TOLSTOI.



LECTURA 47^a.

Noche serena

CUANDO contemplo el cielo
De innumerables luces adornado
Y miro hacia el suelo,
De noche rodado,
En sueño y en olvido sepultado;

El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
Despiden larga vena,
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:

«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?

«¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que, de tu bién divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?»

El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.

¡Oh! despertad, mortales,
Mirad con atención en vuestro daño;
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay! levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con ese gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales;

La luna cómo mueve
La platēada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,

Y la graciosa estrella
De amor la sigue, reluciente y bella;

Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
Oh prados con verdor frescos y nuevos!
Riquísimos mineros!
De deleitosos senos!
Repuestos valles de mil bienes llenos!

F. L. DE LEÓN.

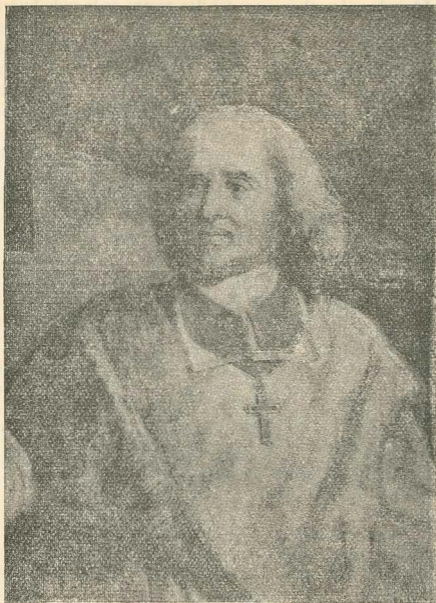


LECTURA 48.^a

Oración fúnebre del Príncipe
de Condé

(FRAGMENTO)

DIRIGID la vista á todas partes, ahí tenéis cuanto la munificencia y la piedad han podido hacer para honrar á un héroe: títulos, inscripciones, vanas señales de lo que ya no es; figuras que parecen llorar al rededor de un sepulcro, y frágiles imágenes de un dolor que el tiempo arrebatá con todo lo demás; columnas que parecen querer llevar hasta el cielo el testimonio de nuestra nada:



Bossuet.

en fin, en todos esos honores, no falta más que la persona á quién se tributau.

Llorad, pués, sobre esos débiles restos de la vida humana. Llorad sobre esa triste inmortalidad que damos á los héroes. Pero acordáos, particularmente vosotros que corréis con tanto ardor por el camino de la gloria, almas guerreras é intrépidas: ¿quién fué más digno de mandaros? ¿En quién habéis encontrado más dulce y paternal el mando?

Llorad pués, á ese gran capitán, y decid, gimiendo: he ahí al que nos llevaba á la victoria; bajo su dirección se han formado tantos famosos capitanes á quienes sus ejemplos llevaron á los primeros honores de la guerra; su sombra pudiera haber ganado batallas todavía, y he aquí que en su silencio, su nombre mismo nos anima y parece advertirnos que para hallar en la muerte algún resto de nuestros trabajos y no llegar sin recursos á nuestra eterna morada, con el rey de la tierra es necesario también servir al Rey del Cielo.

Servid, pués, á ese Rey Inmortal, tan lleno de misericordia, que os dará por un suspiro y un vaso de agua dado en su nombre, más que todos los otros juntos os darán jamás por toda vuestra sangre derramada; y comenzad á contar el tiempo de vuestro servicio útil, desde el día en que os hayáis dedicado á un Señor tan bueno.

BOSSUET.



LECTURA 49.^a

El manuscrito de mi madre.

LA espalda de la casa dá al jardín, pequeño cercado de piedras negruzcas. Desde el fondo del jardín, empieza á elevarse la montaña insensiblemente, luego el cultivado verdor de las viñas, después árida, cenicienta y desnuda como la de esos musgos sin tierra-vegetal que crecen sobre las rocas y que apenas distingue la mirada. Dos ó tres rocas, igualmente peladas, dibujan una especie de dentellado en su cúspide. Ni un árbol, ni un arbusto siquiera, se atreven á traspasar la altura de los desmedrados matorrales que la alfombran. No existe choza ni hogar alguno que lo anime. En ello consiste, sin duda, el secreto encanto que produce el jardín. Viene á ser como la cuna de un niño que la mujer del labrador haya asegurado dentro el surco del campo, mientras ella trabaja. Los dos lados del surco, dominan los bordes de la cuna, y cuando el niño despierta y se descubre la cortina del sueño, no puede ver más que un estrecho pedazo de cielo entre ambas ondulaciones del terreno.

Como á jardín viene á ser lo mismo, no tiene de tal más que el nombre. No puede compararse sin esfuerzo, al jardín primitivo que describe Homero, al diseñar el cercado de las siete praderas del viejo Laertes. Ocho cuadros de legumbres ocupan el ángulo derecho, cercados por árboles frutales y separados por franjas de hierbas forrajeras y arena amarilla; al extremo norte de estas calles, seis ú ocho troncos retorcidos de viejos parrales,

sustentan un umbrío artesonado de pámpanos sobre un



Lamartine.

banco de roble, y otro emparrado más pequeño, al fondo del jardín, formado por cepas trepadoras de Judea enredadas entre dos cerezos; esto es todo; sin olvidar la fuente

murmuradora, ni el pozo de piedras húmedas y verdosas. Que no se encuentra jamás una gota de agua sobre esta tierra; pero si me había olvidado de una especie de receptáculo ó cisterna, mandada vaciar por mi padre, en la roca, para depósito de aguas pluviales. Al rededor de este estanque verdoso, se alimentan doce sicomoros y algunas otras plantas que dan un poco de sombra á aquella parte del jardín, detrás de la cerca, formando sus grandes hojas, agostadas por el estío, una especie de oleoso tapiz sobre el estanque.

Esto, sí, es todo. Y esto fué, por lo tanto, lo suficiente, por espacio de muchos años, al goce, á la alegría, á los dulces arrobamientos de la imaginación y al consuelo en los trabajos de un padre, una madre y ocho pequeñuelos! Y esto mismo es suficiente, todavía hoy, al mantenimiento de aquellos recuerdos.

Hé aquí el edén de mi infancia, donde se refugian mis más puros sentimientos, cuando quieren ellos saborear algo de este rocío matinal de la vida, algo de esta pintada aurora que no brilla pura y radiante para el hombre más que entre los primeros albores que acarician su cuna. No existe un árbol, una flor ni una hebra del musgo de aquel jardín, que no esté arraigado en lo más profundo de mi corazón, como si formase parte de su todo! Aquel rincón de tierra, me parece inmenso: tantas cosas y tantos recuerdos dulcísimos encierra, en espacio tan reducido!

La desvencijada gradería de madera que conducía allí y por la que nos precipitábamos gritando de gozo y alegría; las fajas de lechugas que separaban tantos pequeños jardines cuantos nosotros fuimos, cada uno de los cuales era cultivado por su correspondiente dueño; el plátano bajo el cual se sentaba nuestro padre, cuyos pies rodeaban sus perros al retornar de caza; la arboleda que paseaba mi

madre, al trasmontar el sol, murmurando por lo bajo el monótono rosario que eleva el pensamiento á Dios, mientras sus ojos y su corazón, cuidaban de nosotros junto á ella; el rinconcito de céspedes á la sombra del norte, reservado para los días calurosos; la pequeña pared del medio día, junto á la cual nos alineábamos con el libro en la mano, tomando el sol como árboles de cerca en día de otoño; los tres lilas, los dos nogales, las fresas asomando por entre las hojas, las ciruelas, las peras, los melocotones amaneciendo brillantes y glutinosos con sus gomas de oro empapadas del rocío matinal, que los acaricia sobre sus mismos árboles; el sombrío y fresco emparrado que cada uno de nosotros, y sobre todo yo, buscábamos al medio día, para leer en paz nuestros libros favoritos; y el recuerdo de las confusas impresiones que dejaron en nosotros aquellas páginas, y luego la memoria de las conversaciones íntimas, tenidas á tal ó cual punto, bajo este ó aquel árbol de nuestro jardín; el lugar en el cual dí y oí mil adioses de despedida al partir para largas ausencias, y el otro en el cual nos volvimos á encontrar á mi regreso; aquellos en los cuales pasaron algunas de estas escenas íntimas y patéticas, propias del drama siempre tierno de la familia, donde vimos anublarse el rostro de nuestro padre, y el de nuestra madre, llorando, perdonarnos, cuando de rodillas á sus piés, escondíamos nuestras caras en su vestido; allí donde le fué anunciado á mi madre la muerte de una hija querida, y donde elevó ella sus manos y sus ojos resignados al cielo! Todas estas imágenes, todas estas impresiones, todos estos grupos, estas figuras, estas felicidades y ternezas, pueblan aún para mí aquel pequeño cercado, como poblaron antes, vivificaron y encantaron por tanto tiempo mis más dulces días, en este fondo que, recogiendo con el pensamiento nuestra existencia, extraviada

luego entre sus propias enramadas, nos envolvemos por así decirlo, con aquel suelo, aquellos árboles y aquellas plantas nacidas con nosotros: en donde quisiéramos que el universo comenzara y finiera con nosotros y por nosotros también, dentro de los muros de aquel pobre y reducido solar.

Este jardín paterno, conserva todavía el mismo aspecto. Los árboles, un tanto envejecidos, empiezan solamente á tapizar sus troncos con algunas manchas mohosas; las franjas de rosales y clavelinas, extienden sus pimpollos y raíces sobre y bajo la arena estrechando las sendas.

Parejas de ruiseñores cantan aún en las noches de estío entre las enramadas y emparrados. Los tres abetos plantados por mi madre, guardan aún entre su espléndido follaje las mismas apacible y melodiosas brisas. El sol aparece y se pone entre las mismas nubes. Gózase aún de la misma quietud, interrumpida solamente de cuando en cuando por el tañido del *angelus* en el campanario, ó por la monótona y soporífera cadencia de los trillos que baten los trigos sobre las eras de las granjas. Pero las hierbas parásitas, las zarzas y las elevadas malvas azules surgen como evocadas, en grupos llenos de vida, por entre los rosales. La hiedra esparce y extiende sus cortinajes trepadores, agarrándose y desgarrando el muro. Cada año adelanta más y más sobre las continuamente cerradas ventanas del cuarto de mi madre, y cuando, por casualidad, me paseo entregado algunos instantes al olvido, no logran arrancarme de mi soledad, sino los pasos del viejo viñador, que fué nuestro jardinero, el cual viene de cuando en cuando á visitar sus plantaciones, como yo mis recuerdos, mis afecciones ó mis tristezas.

A. DE LAMARTINE.

LECTURA 50.^a

¡Gloria in excelsis!

EN reposo profundo
 Média la noche mientras duerme el viento;
 Limpio crespón azul que cubre al mundo
 Semeja el firmamento,
 Donde fulguran bellas
 En múltiples miriadas las estrellas.

Esta sublime calma,
 Fuente de pensamientos soñadores,
 Deleita al corazón, y es ante el alma
 —Que en sus propios dolores
 Con ella se alboroz—
 Símbolo de la paz que el orbe goza.

De pronto en el espacio
 Reverbera la luz de etéreo día,
 Y entre nubes de púrpura y topacio,
 Resuena la armonía
 De cántico sonoro
 Que ensalza á Dios en inefable coro.

¡Gloria in excelsis! clama
 La voz triunfal de seres inmortales,
 Voz que por cuatro vientos se derrama;
 Y otros séres iguales,
 Que al mal declaran guerra,
 Pregonan con amor: ¡Paz en la tierra!

Saliendo de entre nubes
Que despiden vivísimos destellos,
Aparecen alígeros querubes
De dorados cabellos
Y faz embelesada,
Fija en Belén la atónita mirada;

Y por aérea ruta,
Cual nueva escala de Jacob, su vuelo
Dirigen desde el cielo á tosca gruta,
Ó de la gruta al cielo,
Como en rayos brillantes
De alegre sol los átomos flotantes.

¿Qué contemplan? Respira
Su semblante feliz la bienandanza
Del alma fiel que satisfecha mira
Dulcísima esperanza,
Esperanza sin mengua
Que no puede narrar humana lengua.

De la gruta en el seno,
Mansión de santidad y de ventura,
Y en lecho que formó con paja y heno
La Madre y Vírgen pura,
Sin pañales ni aliño,
Irradiando esplendor descansa un Niño.

¡Él es! El Desëado,
Sumo Dominador de las Naciones;
El que por siglos fué prefigurado;
El que en claras visiones,
A cumplirse sujetas,
Vaticinó la voz de los Profetas.

En leda paz sonrío,
A pesar de tan mísero abandono;
Mas ¡ay! para que en dichas no confíe,
Aunque le espere un trono,
El dolor en acecho
Quiere desde la sombra herir su pecho.

Y en apartado monte
De la Cruz el patíbulo aparece,
Destacándose en cárdeno horizonte;
La tierra se estremece,
Y al fondo del abismo
Se despeña caduco el Paganismo.

Las puertas celestiales,
Cerradas al consuelo de las penas,
Abrirse ante su afán ven los mortales;
Y, rotas las cadenas
De Luzbel furibundo,
Aura de libertad respira el mundo.

Digno ya de su nombre,
Rescatado á las garras del tirano,
Y en su linaje ennoblecido, el hombre
Será del hombre hermano;
Y amor que los concilia
Verá de pueblos mil una familia.

Humildad, fé, pureza,
La corona tendrán que merecieron:
Por ello al ver su insólita grandeza
Los ángeles dijeron:
¡Gloria al Verbo humanado!
¡Paz en la tierra al hombre atribulado!

¡Oh! ¡Bien haya esta hora
Que en el cuadrante de los tiempos marca
Triunfo sin par de diestra redentora,
Y en que á la fiera Parca
Muerte amiga sucede,
Que dar vida sin fin al alma puedel

 Mi espíritu abatido
Presiente en ella dicha indefinible,
Y por el rayo del amor herido
—Que le toca invisible—
Renace, se levanta,
Y, en señal de victoria, libre canta.

 Jerusalén, no ciega
Desdeñes ser de la salud oriente:
El débil Niño que á salvarnos llega
Es astro que, aun naciente,
Disipa en cuanto asoma
Las tinieblas idólatras de Roma.

 Si le ves doblegarse,
Fuerte varón, á inícua muchedumbre,
Primero le verás transfigurarse
Del Tabor en la cumbre,
Mostrando á tu mirada
La gloria que en su sér está velada.

 ¡Mas ya tus himnos sientol
¡A su presencia con amor te humillas!
Mi jubilosa voz úno á tu acento,
Y exclamo de rodillas
Cual tú, reina y señora:
¡JESUS DE NAZARET, mi fe te adoral

LECTURA 51.^a**Historia de una madre**

CUENTO DE ANDERSEN

JUNTO á una sencilla cuna, donde había un niño, al parecer dormido, veíase á una madre, pintadas en su rostro la angustia y zozobra que torturaban su alma, ya que el hijo de sus entrañas disponíase á cerrar para siempre sus bellos y azules ojos y á volar á la mansión del Eterno. Pálidas como la azucena del bosque eran las mejillas del tierno infante, y tan irregular y fatigosa su respiración, que más que hálito humano hubiérase dicho quejumbroso suspiro.

Alumbraba la estancia, vacilante velón, tan falto de vida como el pobre sér que yacía en la cuna.

De repente óyese llamar á la puerta de la habitación; abre la madre, y penetra un anciano que, á pesar de ir envuelto en una manta de lana, tiritaba de frío. Crudo era el invierno; la campiña, así como las calles del pueblo, estaban cubiertas de nieve, y soplaba un airecillo tan penetrante, que casi helaba la sangre.

Compadecida la buena mujer de ver al anciano en aquel estado, calentóle un vaso de cerveza, no sin antes mirar tiernamente al hijo amado.

Sentóse el recién llegado en el sitio que hasta entonces había ocupado la madre, y empezó á mecer al niño.

Aquella, terminada su tarea, ocupó otra silla al lado de la cuna y junto al anciano; contempló á su hijo que respiraba con más fuerza, y luego dijo, apoderándose de una de sus manecitas:

—¿No es verdad, buen hombre, que se salvará el hijo de mi corazón? ¡Sí, el Señor que ve mis sufrimientos, no ha de ser tan cruel conmigo que me lo arrebathe de este modo!

El interpelado,—la Parca,—hizo un extraño movimiento de cabeza que lo mismo era afirmativo como negativo.

Tres días con sus noches hacía que no dormía la infeliz madre; rendida de cansancio, pués, cerró involuntariamente los ojos é inclinó la cabeza, quedando sumergida en sueño reparador.

Al poco rato una fría ráfaga de viento la hizo despertar sobresaltada y tiritando de frío; en el acto la lamparilla despidió apagada llama y se extinguió, al paso que movió gran algazara el viejo péndulo: rechinaban sus rodajes y por último cayó al suelo el peso de plomo y quedó parada la máquina.

—¿Qué es esto? preguntó aquella mujer despavorida.

A la débil luz que esparcían los tizones de la chimenea notó que el cuarto estaba vacío.... Había desaparecido el anciano.... Maquinalmente corrió hacia la cuna y dió un grito desgarrador al verla desierta. La Parca acababa de arrebatarse el hijo adorado.

La soledad la espantó: sus extraviadas miradas indicaban que estaba próxima á perder el juicio; mas de repente, y como si tomara una decisión violenta, lanzóse fuera de la habitación, llegó á la calle, y deteniéndose en el umbral de la puerta llamó á su hijo repetidas veces

.....

No lejos de su casa, veíase, sentada sobre la nieve, á una mujer vestida de negro, cuyo traje formaba contraste con la blancura mate de su rostro, donde brillaban dos ojos llenos de melancolía. La enlutada llamó á la madre por su nombre y la dijo:

—La Muerte ha entrado hoy en tu casa; la he visto penetrar en ella y salir al poco tiempo presurosa, llevando á tu hijo en brazos. Corría más que el viento: lo que una vez ha tomado la Muerte no lo devuelve.

- ¡Oh! sólo quiero que me indiquéis el camino que sigue, pues yo sabré encontrarla, decía la afligida madre.

—Sé por dónde anda, repuso la del negro traje, pero antes de que te enseñe el camino has de recitarme todas las canciones con que arrullabas á tu hijo. Esas melodías me deleitan por su dulzura y poesía, y las escuchaba siempre con placer, aunque no ignoro que te hacían derramar bastantes lágrimas. Soy la Noche.

—¡Oh! las cantaré todas, todas sin excepción, pero más tarde, objetó la madre. No me detengáis; quiero alcanzar á la Muerte y recobrar mi hijo.

La Noche no contestó. Entónces la madre, retorciéndose de desesperación, empezó á cantar. Mucho se prolongó el canto, pero las lágrimas de la infeliz duraron más que sus melodías.

Luego dijo la Noche:

—Intérnate en el sombrío bosque de abetos y sigue hacia la derecha; por allí ha huido la Muerte con tu hijo.

Vuela la madre al bosque, pero en el centro de él crúzase dos caminos y no sabe qué dirección tomar. De repente vése detenida por un zarzal: era el Invierno. De sus ramas colgaban gruesos carámbanos.

—¿Has visto por ventura pasar á la Muerte con mi hijo? pregunta á las zarzas la infeliz.

—Sí, contestan éstas; pero si quieres saber el camino que siguen, exigimos de tí que nos cobijes en tu seno. Nos estamos helando de frío.

La desolada madre estrecha fuertemente las zarzas para que recobren el perdido calor. En sus carnes penetran las espinas y las desgarran, brotando gruesas gotas de sangre de las heridas. Pero en seguida reverdeció el zarzal, y se abrieron sus flores, á pesar de la crudeza de la estación. ¡Tal es el fuego que arde en el corazón de una madre angustiada!

Las zarzas le indicaron entónces el camino que debía seguir.

Empezó de nuevo á correr aquella mujer, sin que le amedrentaran ni el aspecto fantástico de los árboles desnudos de hojas, cuyas ramas parecían gigantescos brazos que trataban de detenerla en su camino, ni el fiero rebramar del aquilón que parecía la voz de aquellos séres fantásticos.

A los pocos minutos se encontró ante un gran lago, á orillas del cual no se veía barca alguna. Las aguas no estaban bastante congeladas para soportar su peso, ni eran bastante líquidas para que la desconsolada madre pudiese salvar el obstáculo á nado: con todo, tenía necesidad de llegar á la opuesta orilla; de lo contrario perdía para siempre al hijo de sus entrañas.

En medio de su exaltación, échase al suelo y empieza á sorber el agua del lago con la esperanza de dejarlo seco. ¡Vana ilusión! Lo que pretendía aquella pobre mujer era un imposible, bien lo sabía ella misma, pero confiaba en que el Altísimo, doliéndose de su suerte, obraría un milagro.

—¡Inútil tarea! dícela una voz que parecía salir del fondo del lago. Sé razonable, y veamos si hay medios de entendernos amistosamente. Oye, pues: yo tengo una decidida pasión por las perlas y poseo una muy bella colección, pero tus ojos son las dos más diáfanas y preciosas que he visto en mi vida: ¿quieres dármelas? Si accedes á mi demanda, te llevaré al invernadero do habita la Muerte, dedicada al cultivo de toda clase de plantas, cada una de las cuales es la vida de un sér humano.

—¡Oh! ¡cuánto daría por volver á ver á mi hijo! exclamó la madre.

¿Quién dijera que los ojos de aquella infeliz no estuviesen secos en fuerza de llorar? Y sin embargo, no era así, pues nuevamente vertió copiosas y amargas lágrimas liquidándose sus ojos y yendo á parar al fondo del lago, donde se formaron dos perlas preciosísimas.

Entónces las aguas del lago se elevaron y cogiendo á la desventurada ciega la arrastraron en un segundo á la opuesta orilla, donde se levantaba un maravilloso edificio que se prolongaba más de una legua. De lejos no podía distinguirse bien si era un monte cubierto de grutas y de arboleda ó una construcción artística.

—¿Dónde podré encontrar á la Muerte, que me ha arrebatado mi hijo querido? preguntaba en voz alta la infeliz ciega, caminando lentamente y con los brazos extendidos.

—Todavía no ha llegado, respondió una buena vieja que iba de acá para allá cuidando las plantas del jardín de la Parca. ¿Cómo es que has venido hasta aquí? Quién te ha guiado?

—¡El Todopoderoso! profirió la madre en tono solemne. Él es compasivo, y espero que tú también lo serás. Díme, ¿dónde encontraré á mi hijo?

—No le conozco, objetó la vieja, y tú no puedes ver. Esta noche se han marchitado muchos árboles y plantas; pronto vendrá la Muerte para trasplantarlos. Tú debes saberlo: aquí cada persona tiene un árbol, una flor que representa su vida, su carácter y que muere con ella. Á la simple vista diríase que son vegetales comunes, pero al tocarlos percíbense las pulsaciones de un corazón. Te atenderás, pues, á lo que acabo de decirte y tal vez reconozcas la planta de tu hijo en el modo de palpitar su corazón. ¿Qué me darás si te pongo al corriente de lo que has de hacer después?

—No tengo qué darte, dijo tristemente la pobre madre; mas iré al cabo del mundo para traerte lo que sea de tu agrado.

—Ningún negocio tengo allí pendiente, respondió la vieja. Una cosa puedes darme: tu larga y sedosa cabellera negra. Yo en cambio te daré las pocas canas que me quedan.

—¿Nada más exiges de mí? Toma mis cabellos; sin pena te los doy.

Y efectivamente, aquella mujer sin ventura trocó sus cabellos de ébano por las nevadas y escasas canas de la anciana.

Entónces se dirigieron juntas al inmenso jardín cultivado por la Muerte, donde crecían á un tiempo las más variadas y raras plantas. Allí se veían trinitarias aterciopeladas y bellos jacintos florecer bajo campanas de cristal; allí se encontraban cuantas plantas están clasificadas por nuestros naturalistas y otras muchas desconocidas aún, desde las humildes borragíneas como el heliotropo, cinoglosa y miosótide que se ostentan en casi todos los países, hasta el majestuoso cedro del Líbano; tanto el baobab, el flexible bambú, la elegante palme-

ra y las pítas del Africa, como los sándalos, té y naranjos de la China; los duraznos de Persia al lado de los cactus, la vainilla, la cotufa y la caoba de América: toda planta, en fin, bien fuese aromática, medicinal, parásita, leñosa, terrestre, acuática ó marítima, todas crecían juntas como si pertenecieran á una sola zona. Pero lo más raro era ver árboles frondosos medrando en pequeños tiestos llenos de tierra pobrísima; mientras que en otros sitios estaban plantados en buena tierra y en grandes tiestos de porcelana, árboles que crecían tan raquíticos y mústios, que daba compasión verlos. Todo esto representaba la vida de los hombres que en aquellos momentos sustentaba la tierra desde la China hasta la Groenlandia.

En medio de los estanques ostentábanse flores despidiendo perfumes tan embriagadores, que hicieron detener un momento á la pobre ciega, para aspirar aquel ambiente, que como un bálsamo parecía curar las heridas del alma; y al lado veíanse algunas florecillas que habían inclinado casi marchitas sus corolas como si esperaran por momentos que la segur de la Muerte las segase.

Quiso la vieja explicar esa coordinación misteriosa, pero la madre no daba oídos á sus palabras y suplicóla que la llevase junto á las florecillas, inclinándose sobre todas las que aquella le indicaba para ver si reconocía el corazón de su hijo. Después de haber tocado miles y miles de flores, deteniéndose de repente la infeliz, y lanzando un grito de alegría, dice, poniendo la mano sobre una azucena medio marchita:

—¡Él es! ¡él es!

—¡No toques las flores! exclamó azorada la vieja. Ahora te voy á decir qué es lo que has de hacer. Cuando entre aquí la Muerte, que no debe tardar, le impides que arran-

que esta flor, y si por ventura insiste, amenázala con desarraigar cuantas plantas estén al alcance de tu mano. Como á los ojos del Altísimo, la Muerte es responsable de todas ellas, no se atreverá á tocar la marchita azucena. Sin permiso del Todopoderoso no puede arrancarse ninguna planta de este jardín. Con que, no te muevas de este sitio.

La anciana se retiró. De repente sintióse un aire sutil, que al penetrar por el jardín helaba la sangre en las venas; todas las plantas se estremecieron, adivinando la pobre ciega que la Muerte era la causa de aquel trastorno.

—¿Qué es esto? ¿cómo encontraste el camino que aquí conduce? ¿cómo llegaste antes que yo? preguntó la Muerte, pues efectivamente era ella.

—¡Porque soy madre! respondió la ciega.

Entonces el hombre dejó su manta, y sacando una hoz se preparaba á cortar la mústia azucena; mas la madre, que instintivamente comprendió la intención, llena de zozobra rodeó el tallo de la flor con sus manos. La Muerte sopló en los dedos de la desventurada, que abandonaron la flor querida: el hálito de la Parca era más frío que las más heladas brisas invernales.

—¡Contra mí no puedes nada! dijo la Muerte.

—Sin embargo, Dios bondadoso es más fuerte que tú.

—No hago más que cumplir su voluntad. Soy su jardinero, y cuando me lo ordena tomo las flores de aquí y las voy á trasplantar á otro jardín llamado el Paraíso, situado en país desconocido. Ignoro lo que con ellas sucede después.

—¡Piedad! ¡piedad! exclamó la madre. ¡Mi hijo! devuélveme mi hijo!

Y al mismo tiempo cogió dos florecillas entre sus dedos y prosiguió casi frenética:

—¡Mi hijo, ó deshojo todas las flores, arraso el jardín!
¡Ah! ¡cuán desgraciada soy!

—¡Modérate, modérate! vociferó la Muerte. ¿Te lamentas de tu infortunio y vas á desgarrar el corazón de otras madres tan desdichadas como tú?

—¿Otras madres? repitió la ciega; y soltó las florecillas.

—Toma tus ojos, dijo la Muerte. Al pasar por el lago los ví brillar, y sin saber que eran tuyos los recogí. Pón-telos y mira al fondo de este pozo, donde verás lo que hubieras destruido si yo no lo impido. El agua te mostrará, cual si fuera un espejo, la suerte que cabe á cada una de esas flores y la reservada á tu hijo, si viviera.

La inconsolable madre se inclinó sobre el brocal del pozo y vió pasar imágenes risueñas rebosando felicidad; luego se ofrecieron á sus atónitos ojos escenas de espantosa miseria, de duelo y de quebranto. Una de las flores que quería destruir, era una violeta que, aunque medio oculta entre las hojas, esparcía deliciosos perfumes: esta flor respiraba felicidad. La otra, una rosa encajada en semi-abierto botón, crecía enfermiza y triste.

—¡Hé aquí la voluntad de Dios! dijo la Parca.

—¿Qué indican esas imágenes?

—No puedo decírtelo, pero lo cierto es que una de las flores que aquí ves (no te la señalaré) está maldita. Entre ellas hay la que simboliza el porvenir de tu hijo en la tierra.

La madre lanzó un grito aterrador, un grito de agonía.

—¿Cuál es la flor de mi hijo? ¡dímelo, de rodillas te lo pido! ¿Esa era la suerte que le estaba reservada? ¿Verdad que no? ¡Habla! ¿No me respondes? ¡Oh! Prefiero que te lo llesves, á la duda que tu silencio me causa; quiero verle libre de tantas desdichas, pues le amo más que á mi vida. ¡Oh caro é inocente hijo mío! ¡que los pesares

sean para mí sola! ¡Llévatelo al reino de los cielos! ¡Olvida mis lágrimas, mis preces; olvida cuanto he dicho y cuanto he hecho!

—No te entiendo, objetó la Muerte. ¿Quieres, sí ó no, recobrar á tu hijo, ó debo llevarlo al lugar desconocido del que no me es dado hablarte?

Entónces la madre, retorciéndose las manos, se echó á sus piés, y elevando los ojos al cielo:

—¡Dios mío, no me escuchéis, exclamó, si desde el fondo de mi corazón me opongo á vuestra voluntad, que nunca yerral ¡No me escuchéis, no hagáis caso de mis ruegos!

Y anonadada dejó caer la cabeza sobre su trémulo pecho, y siguió orando fervorosamente.

La Muerte continuó recorriendo con su hijo el camino que conduce al país desconocido, donde la vida es eterna y las flores no se marchitan.



LECTURA 52.^a**Los mineros**

EN sus entrañas amorosas lleva
la Madre universal,
escondidos tesoros que ambicionan
los hombres, con afán.

Útiles brazos, corazón bríofo,
fuerza y serenidad,
necesita el minero que pretenda
el abismo explorar.

¡Titánica labor!... A cada golpe
que la piqueta dá,
le dicen resistencias formidables:
—¡De aquí no pasarás!—

Ya es la roca gigante que el diluvio
no consiguió arrastrar;
ya el pozo mal oculto en las tinieblas,
ó mortífero gas.

Á veces, por impulso misterioso,
con estruendo infernal,
derrúmbanse pedazos de la roca
enorme y secular.

Á veces se oye el vuelo de esas aves
que, entre ruínas, van
exhalando gemidos lastimeros,
y aman la oscuridad,

A veces, por las grietas que abrió el agua
ó el fuego de un volcán,
y el sol del día y los nocturnos astros
permiten contemplar,

penetran los relámpagos y silba
furioso vendabal,
y el miedo, entonces, sus fantasmas crea
de aterradora faz.

El minero no cede. Voz del alma
le grita sin cesar:

—«¡Adelantel ¡Adelantel ¡No vaciles!
¡Cava más! ¡Cava más!

«Más hondo es el abismo de los cielos,
y el astrónomo audaz
soles sin fin descubre, esos diamantes
de la alta inmensidad.

«¡Avanza! y al sudor que te ennoblece
el hombre deberá
bienes desconocidos en edades
que ya no volverán.

«El hierro, que hoy estrecha las naciones
con lazo fraternal,
y el pensamiento y la palabra esparce
por aire, tierra y mar;

«y el sol, petrificado en negras masas
de rico mineral,
que es fuerza, y alegría, y movimiento,
aguardándote están.

«Inmóvil y sin forma, en rudos bloques
duerme la catedral,
y la dormida estatua al genio espera;
él las despertará

«Sensibles respondiendo á quien las pulse,
un día vibrarán
de los duros peñascos arrancadas
las fibras de metal;

«y de sus mismos átomos las tintas
el pintor sacará
para vestir la espléndida hermosura
que supo imaginar.

«Si en sus arcas encierra el viejo monte
la riqueza fatal,
que la hidrópica sed de la avaricia
nunca puede aplacar,

«también guarda en sus senos olvidados
el óbolo, que en pan
sabroso y abundante se convierte,
cuando el amor lo dá

«¡Oh del trabajo vigoroso atleta!
Lucha con fe tenaz;
ni al ocio ni al temor la frente inclines;
¡penetra más! ¡aun más!

«Ahondando, como tú, los pensadores,
mineros del ideal,
entre peligros y tinieblas buscan
bien, belleza y verdad.

«El sol del porvenir asoladoras
lides no alumbrará;
ciencia y arte, á la vez, han iniciado
las guerras de la paz.»

VENTURA RUIZ AGUILERA.



LECTURA 53.^a

Don Quijote de la Mancha

1.ª Parte.—Capítulo XVI

(Fragmento)

.....
«En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de

campo y de la ginetá, asimismo de morado y verde; traía un alfange morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borcegués eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecían mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante, los saludó cortésmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero don Quijote le dijo: señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde á don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás: admiróle la

longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra.

«Notó bien don Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspensión su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada, le salió al camino diciéndole: esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empenéme mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todos en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el caballero de la Triste Figura*; y puesto que las propias alabanzas envilecen, me es forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentil hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escu-

dero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago.

«Calló en diciendo esto don Quijote, y el de lo verde según se retardaba en responderle parecía que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: acertasteis, señor caballero, á conocer por mi suspensión mi deseo; pero no habéis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decís que el saber ya quién sois me la podría quitar, no ha sido así, ántes ahora que lo sé quedo más suspenso y maravillado. ¡Cómol ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorre huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió don Quijote, en razón de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió don Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. De esta última razón de don Quijote tomó barruntos el cami-

nante de que don Quijote debía de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida.

«A lo que respondió el del Verde Gabán: yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algun perdigón manso ó algun hurón atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latín, de de historia algunos, y de devoción otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que de estos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor

Atentísimo estuvo Sancho á la relación de la vida y

entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: ¿qué hacéis, hermano? ¿qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo á la ginetá que he visto en todos los días de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiéndolo sacado á plaza la risa de la profunda melancolía de su amo, y causado nueva admiración á don Diego.

Preguntóle don Quijote que cuántos hijos tenía, y díjole que una de las cosas en que ponían el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, señor don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiara, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglos donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el día

se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Iliada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama, si se han de entender de una manera ú otra tales y tales versos de Virgilio: en fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria.

«A todo lo cual respondió don Quijote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles á que estudien bien esta ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que más le vieren inclinado: y aunque la de la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonorar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser mano-

seada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hála de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalinados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los trubanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, dóime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden

á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir que, del vientre de su madre, el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis*, etc. También digo, que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quisiera serlo. La razón es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perfecciónala: así que mezcladas la naturaleza con el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felizmente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bién parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpanse las; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á truco de decir una malicia se pondrán á pèligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella

se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sugetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienas.

Admirado quedó el del Verde Gabán del razonamiento de don Quijote, y tanto, que fué perdiendo de la opinión que con él tenía de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se había desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas: y en esto ya volvía á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discreción y buen discurso de don Quijote, cuando alzando don Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban, venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el cual Sancho oyéndose llamar, dejó á los pastores, y á toda prisa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.»

MIGUEL DE CERVANTES.



LECTURA 54.^a

Una función de pólvora.

EL día siguiente nos pusimos en camino, antes de la salida del sol, con una niebla densísima que nos penetraba hasta la médula de los huesos, é impedía que nos distinguiéramos los unos á los otros. Los jinetes de la escolta llevaban puestos los capuchones y preparadas las espingardas: los demás nos envolvimos en las mantas y capotes, de suerte, que más bien que en el África, parecía que nos encontráramos en una de las llanuras de los Países Bajos, al amanecer de uno de los días de otoño. En pos de mí, sólo distinguía el turbante blanco y la capa azul del caid: los demás semejaban sombras confusas que se perdían en la agrisada atmósfera. El sueño por un lado y por otro lo desapacible del tiempo influían en que guardáramos silencio. Andábamos sobre un terreno desigual, cubierto de palmitos, lentiscos, retamas, zarzales é hinojos silvestres, agrupándonos y dispersándonos continuamente, según lo exigían los accidentes del camino y las ramificaciones y encrucijadas infinitas de los senderos. El sol, apareciendo un instante sobre el horizonte, iluminó breves momentos nuestro flanco izquierdo y se ocultó; mas la niebla fué disipándose, y pudimos hacernos cargo del país.

Hallábase éste constituido por una serie de vallecillos cubiertos de verdura, de tan suave pendiente, que se subía y se bajaba sin notarse apenas. Las alturas estaban

cubiertas de pitas y olivos silvestres. El olivo se dá espontáneamente en aquella región y crece de un modo extraordinario; pero se le deja abandonado á sí mismo, pues los habitantes prefieren comer y alumbrarse con el fruto del *argán*. Cada vez que descubrían nuestros ojos un nuevo valle, buscábamos con afán alguna aldea, un grupo de cabañas, una tienda; mas en vano: nada se veía, y no parecía sino que andábamos á la ventura al través de una tierra vírgen. De valle en valle, y de otero en otero, después de tres horas de camino monótono y solitario, llegamos á un punto en el cual los árboles más bien cuidados, los senderos más regulares y una que otra cabeza de ganado, nos anunciaron la proximidad de algún lugar habitado. Algunos de los jinetes de la escolta, metiendo espuelas á sus caballos, pasaron el uno después del otro á galope, y desaparecieron detrás de una loma: otros se lanzaron á la carrera al través de la campiña en distintas direcciones, y los restantes se formaron detrás.

Al cabo de un rato, nos encontramos delante de la embocadura de un pequeño desfiladero formado por algunas colinas, sobre las cuales se distinguía una que otra cabaña de bálago. Algunos árabes andrajosos, hombres y mujeres, nos contemplaban llenos de admiración, ocultos entre la maleza. Penetramos en el desfiladero: en aquel instante apareció el sol. En un punto determinado el desfiladero formaba un recodo casi en ángulo recto. Seguámoslo. . . . y nos encontramos en presencia de un espectáculo admirable.

Trescientos jinetes, vestidos de diferentes colores, desparramados en admirable desórden, venían á nuestro encuentro á todo el correr de sus caballos, con la espingarda en la mano, cual si marcharan á atacar un cuerpo de tropas.

Era la escolta de la provincia de Larache, precedida del Gobernador y de sus subordinados, que venía á relevar á la de Had-el-Garbia, la cual debía acompañarnos hasta el confín de la de Tánger, del cual estábamos ya muy cerca.

El Gobernador de Larache, anciano respetable, de lengua barba blanca, detuvo con un movimiento á sus jinetes, estrechó la mano al embajador, y despues, volviéndose hacia aquella turba que se estremecía de impaciencia, hizo una señal imperiosa que parecía decir:—¡Desencadenaos!

Entónces comenzó uno de los más espléndidos *lab-el-barode* (correr la pólvora) que pudiéramos imaginar.

Lanzábanse á la carrera aislados, en grupos, en parejas, hasta el fondo del valle, hasta la cima de los montes, por el frente y por el flanco de la caravana, siguiendo ora la dirección el camino que llevábamos, ora marchando en dirección opuesta, disparando y gritando incesantemente. Por todas partes veíanse caballos pasando en raudito torbellino, brillaban espingardas heridas por los rayos del sol; flotaban jaiques, volaban capas, ondeaban caftanes rojos, verdes, amarillos, azules, naranjados; deslumbraban gummies y puñales. Pasaban los unos al lado de los otros como alados fantasmas, viejos, jóvenes, hombres de formas atléticas, figuras extrañas y terribles, erguidos sobre los estribos, con la cabeza levantada, el pelo suelto, la espingarda extendida, y cada uno al dispararla, lanzaba un grito salvaje que los intérpretes nos traducían: «¡Ay de tí!—¡Madre mía!—¡En nombre de Dios!—¡Te mato!—¡Muerto eres!—¡Me he vengado!» Otros dedicaban su golpe á alguno, diciendo por ejemplo: «¡Á mi dueño!—¡Á mi caballo!—¡Á los que maté!» Disparaban al aire, contra el suelo, hacia atrás, inclinándose y revolvién-

dose cual si formaran con la silla una sola pieza. Si se le caía á alguno el jaique ó el turbante, retrocedía á escape, y cogíalo al pasar con el extremo de su espingarda. Algunos hacían girar el arma por encima de sus cabezas, y despues la lanzaban al aire y la recogían al caer. Era aquello una mezcla confusa de movimientos convulsivos, aposturas temerarias, miradas y gritos de gente ébria que arriesgara la vida con júbilo indecible. Muchos lanzaban el caballo cual si quisieran matarse: volaban, desaparecían: y sólo regresaban al cabo de largo espacio, pálidos y demudados como si realmente hubiesen visto cerca de sí la cara á la muerte. Los más de los caballos chorreaban sangre, y de ella tenían manchados los jinetes los piés, los estribos y el extremo de sus capas. En medio de aquella muchedumbre y confusión, me impresionaron desde el primer instante algunas figuras, y entre ellas un jóven de cabeza ciclópea, anchísimas espaldas y enorme vientre, que vestía caftán rosado, y cuyos gritos parecían rugidos de león herido; un muchacho de unos quince años, arrogante, sin capa, completamente blanco, que pasó á mi lado tres veces, diciendo: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» un anciano alto y flaco, de torva faz, que corría con los ojos medio cerrados y los labios entreabiertos por una sonrisa satánica, cual si hubiese llevado la peste á la grupa; un negro todo ojos y dientes, con una monstruosa cicatriz que le cruzaba el rostro, el cual pasaba revolviéndose furiosamente en la silla, como si quisiera librarse de la presión de una mano invisible.

Con tales juegos y evoluciones iban acompañando en su marcha á la caravana, subiendo á los oteros, bajando á la llanura, agrupándose, dispersándose, formándose en hileras, rompiendo con increíble rapidez el orden de formación, deshaciendo las ingeniosas combinaciones de

colores que deslumbraban la vista como pudiera hacerlo el simultáneo ondear de una infinidad de banderolas. Toda esa gente, ese vertiginoso movimiento, ese estrépito, produciéndose inesperadamente al punto que apareció el sol, en medio de aquella cañada en la cual tenía efecto todo el espectáculo, cual si se realizara en el interior de un anfiteatro, nos sorprendió hasta tal punto, que durante buen rato permanecemos sin saber lo que nos pasaba, mudos, estáticos, y cuando abrimos la boca fué para exclamar unánimes y entusiasmados: «¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Magnífico!»

EDMUNDO DE AMICIS.



LECTURA 55.^a

Los Ideales.

No hay más que hablar: cuanto hasta aquí pensaron
 Ó creyeron las gentes, manifiesta
 Su poco lastre y su ignorancia suma.
 La humanidad avanza triunfadora
 Por el camino del progreso; rompe
 De toda autoridad el férreo yugo;
 Su fuero imprescriptible restáblece.

Ya no hay tiranos. Donde ciencia antigua,
Que apellidaron ciencia por mal nombre,
Con espíritu estrecho levantaba
Templos á la verdad, esplendorosa
Ciencia moderna, como el aire libre,
Las cárceles derrumba que oprimían
El pensamiento humano, y lo conduce,
Único rey, al trono de la idea.
De la vil servidumbre redimido
De célica moral, y de las leyes
Á que pueril tributo de obediencia
Los estúpidos sabios de otros tiempos
Dieron humildes, sin temor respira.
¿Qué la próspera luz, qué la grandeza
Del Redentor divino, comparada
Con la de estos humanos redentores
Que reniegan de Dios, y se entretienen
Otros dioses creando con el fuego
De su genial é indócil fantasía?

Llegó por fin el siglo de las luces
Tanto esperado. La glacial tiniebla
En que vivieron anteriores siglos
Se rasgó para siempre. Desde ahora
Vamos á ser más sabios, más prudentes,
Más ricos, más felices. El imperio
De esta progenie indómita, nutrida
Sólo por la razón en el regazo
De la absoluta libertad, triunfante
Vierte copia magnífica de bienes
A manos llenas por los pueblos todos.
Error, supersticiones, fanatismo,
Vicios, crímenes, guerras, cuantas plagas

Hasta la edad presente deshonraron
El universo entero, estremecidas
Huyen veloces al profundo abismo
Para nunca volver: ¿qué mayor gloria?

Ya no sacude las siniestras³ alas,
Ni el devorante pico en la conciencia
Clava del hombre el buitre de la duda.
Todo es afirmación, todo concierto.
Al calor de sin par filosofía,
Que la unidad en vano suspirada
Siglos y siglos obtener consigue,
Traspasando los límites impuestos
Al mísero mortal, en paraíso
La baja tierra se trasmuta, ornado
De castas flores y de pomas de oro.
Las vejeces un tiempo veneradas
Risa dan ya. Los ídolos cayeron
Que aun subidos ayer en sus altares
Al pecador rebelde amenazaban
Con infernales penas, sofocando
En cobardes temores su albedrío.
¿Qué pueden ya tan locas amenazas
Contra la fuerza ingénita del hombre
No sometido al duro vasallaje
De religión ninguna positiva?
Dueño al fin de sí propio, juez supremo
En la región que antaño limitaban
Religiosos principios, ó deberes
Al cómplice del mal siempre importunos,
A Dios destrona y abatir procura
Cuanto el dominio contrastar pudiera
Del humano poder. Nunca tan alto

Su terrífico solio puso en este
Antes valle de lágrimas, ahora
Grato verjel de dichas y de amores.

Mas ¡ay de mí! cuanto mayores triunfos
Los modernos apóstoles auguran,
Mientras más de estos gérmenes esperan
Plantas de fruto saludable, menos
En su virtud el ánimo confía.
Donde quiera que miro ven mis ojos
Avanzar en tropel nueva barbarie,
Nueva tiniebla pavorosa, estragos
Nunca vistos ni oídos, triste ejemplo
Del engañoso bienestar que ofrecen
Los que hoy el lauro del saber se apropian.
Ellos anuncian con alegres voces
Que han muerto ya los viejos idéales;
Que se renueva el mundo; que la savia
Del cristianismo se extinguió; que el hombre,
Viva materia, inquebrantable imperio
De fraternal amor funda en las ruinas
De grandezas pasadas; que al influjo
De igualdad bienhechora, el ignorante,
El proletario, el holgazán, ya pueden
Con orgullo decir: «todo es de todos!»

¡Funesto error de crímenes preñado!
¡Aborrecible ofuscación! ¡Delirio
Que amenazante ruje, y á deshora
Cual oculto volcán romper pudiera
En torrentes de lava, las naciones
A míseros escombros reduciendo!
Nó, no ha de ser, aunque lograrlo ansien

Con anhelo febril tales augures.
Ni en la esfera social, ni en el sagrario
De la conciencia humana, ni en el limpio
Cielo del arte se anubló la estrella
Del idéal cristiano. A sus fulgores
Siempre y en todo el mundo florecieron
Fecunda libertad, órden, justicia,
Y la virtud que purifica el alma,
Y el secreto poder de la belleza.
¿Y tan seguros bienes trocarían
Pueblos incautos, de su paz verdugos,
Por el bien imposible que prometen
Los nuevos idéales, seductores
Del estólido vulgo codicioso?
¿Cómo enfrenar maléficos instintos
Sin esperanza y sin temor? La fiera
Que palpita en el hombre ¿humillaría
Su cerviz al deber, abandonada
Como desierto esquife entre las olas
Del borrascoso mar de las pasiones?

Estos nuevos y absurdos idéales,
Antiguallas utópicas al soplo
De sórdido apetito renacidas,
Engendro vil de la soberbia, nunca
Podrán secar el fecundante riego
Místico don de la virtud cristiana;
Nunca extinguir de célicas verdades
La vivífica luz. Monstruos forjados
En el oscuro averno, sus antorchas
No alumbran, pero queman: y cual suele
Plaga de insectos en la mies opima
Cebarse hambrienta y arrasar los campos,

Así también las tenebrosas furias
En tan funesta escuela amamantadas
El campo arrasarán donde florece
La civilización, de quien blasonan
Ser á la vez profetas y ministros.

Ni la hipócrita voz de la mentira,
Ni el oropel de la maldad que impune
Canta en el fango sus inicuas glorias,
Ni el caduco esplendor de la materia
Tirana del espíritu, ni el torpe
Blasfemar del atëo, nada, nada
De cuanto arrolla y sofocar pretende
Toda virtud divina, presumiendo
De más fuerza y vigor, en adelante
Faro ha de ser que á las naciones guíe!
Exhalación fugaz que brilla y muere,
Pasa el aciago error que nos deslumbra;
Sólo es eterno el luminoso rayo
Del sol de la verdad, alma del mundo.

MANUEL CAÑETE.

De la Academia Española.



LECTURA 56.^a

La felicidad.

OH! no dudes de la felicidad, por grandes y numerosas que hayan sido tus decepciones. De un momento á otro, y cuando menos la esperes, puede descender hacia tí por un puente de oro. Aunque hoy sea insensible á tus llantos y quejas, y por más que tarde, no importa; no dejará de venir, y tendrás tu hora de felicidad.

Trata de seguir sus huellas; tu fiel confianza puede hacerla brotar en medio de los campos, descender en rocío de estrellas, ó caer como una hoja de rosa llovida de los aires; tal vez también, la veas surgir de pronto, del seno tumultuoso de las ciudades.

Tal vez se incline á tí, en el silencio del desierto, como frente radiante de ternura, en el instante en que creas perdido para siempre tu coraje. Aun entre los muros de la cárcel, contra los que la desesperación vé quebrarse sus temerosas súplicas, puede sorprenderte la felicidad é inundar tu alma con un torrente de delicias.

Si en tu juventud la has visto huir y no hacer caso á tu voz, acaso en tu edad madura entreteja coronaste. Jamás llega demasiado tarde. Puede embriagar de júbilo hasta á los viejos. Y hasta en la hora de la muerte puede, bendiciéndote, imprimir su beso, sobre tu boca lívida.

ROBERTO HAMERLING.

LECTURA 57.^a

Hartzenbusch.

Las dos famas.

Dos famas hay : contemporánea es una,
favorita especial de la fortuna ;
la segunda, que *póstuma* se llama,
de la verdad y el tiempo hija querida,
es la inmortal, la verdadera *fama*.
En un caballo alígero subida,
marchaba, como suele, de corrida
la *fama* de los vivos, afanosa,
y, al són de una trompeta clamorosa,
llevábase detrás gente sin tino.

De repente á la orilla del camino,
la fogosa jineta,
encontró á su rival, muda y sentada.
¿Cómo es (le preguntó) que no haces nada,
cuando ocupar debieran tu trompeta
celebridades que hay de tantas clases?
—Estoy (dijo la póstuma) parada,
aguardando á que pases.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,



LECTURA 58ª.

Roma.

(Fragmento.)

SI según los omnipotentes designios de Aquel que rige los destinos humanos, el Mediterráneo, con todos los países bañados por sus olas, debía formar un imperio universal, no podía ser otro el centro, la cabeza de ese imperio que Italia. ¡Tan especiales son sus condiciones y situación para desempeñar ese cometido de soberana! Situada casi á la misma distancia, en dirección Oeste, del estrecho de Hércules, que en la opuesta, ó de Levante, de las costas de

Siria, se extiende esa larga península de Norte á Sur, dividiendo en dos mitades el mar; y separada en el Norte, por la cordillera de los Alpes, de las naciones, en aquellos tiempos, bárbaras, naciones destinadas á predominar en la historia moderna, alcanza Italia, al Mediodía las costas africanas y se aproxima al límite Sur de la civilización antigua; por manera que parece corresponderle el derecho de dominar á derecha é izquierda el mar. La cadena de montañas formada por los Apeninos, no la divide y subdivide con sierras y bahías á la manera de Grecia, y su territorio ofrece verdaderas condiciones de unidad, condiciones que han de contribuir á dar mayor vigor á su constitución. La Naturaleza la ha favorecido con una producción variada, con montañas de accesible altura, risueños valles, llanuras dilatadas y feraces, y un clima apacible y suave. Colmada de gracias y de dones, ha recibido también en dote la belleza de sus encantadores paisajes; no aquella más sublime que hermosa, aquella cuyas grandiosas perspectivas, aspecto salvaje, cumbres perdidas en las nubes y vegetación exuberante, más imponen que traen; ni la que por su agreste aspecto, sierras cubiertas de eternas nieves, profundos precipicios y aterradora soledad, infunde penosas impresiones, sino aquella belleza que seduce por su suave encanto, belleza que producen las líneas graciosamente onduladas de su suelo, sus variadas formas y disposiciones, belleza que nace de los colores, cuyos matices múltiples ofrecen en sus degradaciones desde los más brillantes á los más tenues, y á la cual hay que unir la diafanidad, la transparencia, de su cielo y los encantos de la luz que todo lo transfigura y hermosea.

Así se nos ofrece Italia, nación predestinada por un lado á alcanzar el dominio del mar, y por otro el grado

más alto de la civilización, caso que su suelo fuese escogido por una tribu dotada de las cualidades necesarias. Y sucedió así, al tomar posesión de la península de los Apeninos varios pueblos muy afines á la raza helena, que tal vez antes que ella se habían separado de la patria primitiva y común en el Asia Occidental. Antes de llegar éstos á Italia, había allí habitantes, pero fueron rechazados por los recién llegados, hasta el extremo meridional y absorbidos después paulatinamente, y de tal suerte, que de ellos no se ha conservado más que el nombre, ignorándose cuál era su raza, su tribu y el punto de su procedencia.

Los recién llegados, gente como hemos dicho afin á los helenos, y á los que designaremos con el nombre de *itálicos*, no invadieron tampoco la península en grandes masas, sino por separado, en dos tribus principales, los latinos y los sabelos, subdividiéndose estos últimos á su vez en un gran número de pueblos, como los umbrios, los sabinos, los samnitas, los volscos, etc. Es probable que fueran los latinos los que inmigraron los primeros, y que, formando una agrupación muy numerosa, fundaron sus establecimientos en el Lacio, en aquella dilatada comarca situada en la orilla izquierda del Tíber en dirección á su embocadura. Los pueblos sabelos, con los samnitas á su cabeza, se establecieron en las cumbres de las sierras, en las que se mantuvieron y desde las que enviaban armados á sus hijos en todas direcciones hacia las llanuras para efectuar nuevas conquistas y fundaciones.

No fueron empero los itálicos los únicos que quedaron ocupando la hermosa península. Por dos lados distintos cayeron sobre ellos rivales y enemigos. Vino de la parte del Norte y del Nordeste una raza bárbara y desconocida, á la que se designó con multitud de nombres:

etruscos, tuscos, tirrenos, récios, rasenas, raza que ha dado en todos tiempos mucho que decir, pero que á pesar de esto ha quedado, en cuanto á su origen y lengua, en la categoría de un enigma. Estas gentes empujaron á los itálicos hacia el Mediodía y establecieron su centro en los Apeninos septentrionales, desde donde ocuparon el país del mar Adriático hasta el mar Tirreno, desde la embocadura del Po hasta la del Arno. Por el contacto con los griegos, pueblo mercantil y colonizador, se convirtieron los etruscos en un pueblo marítimo, ocupándose en el comercio y en la piratería, y creando una civilización, hoy punto menos que desconocida. Tampoco pudieron éstos sostenerse en las tierras que habían ocupado, porque en una época en que ya la historia de Grecia es clara y precisa, desembocaron por los Alpes pueblos celtas que ocuparon la dilatada llanura que se extiende á ambos lados del Po, arrojando completamente á los etruscos del Adria, de manera que sólo les quedó el territorio hoy toscano, desde la embocadura del Arno hasta la del Tíber. Esto por lo que atañe al Norte. Por la parte Sur aparecen las colonias griegas, que en las costas del Oeste y del Este, van adquiriendo nueva vida, van engrosando y empujan hacia el Norte, rechazando á los itálicos de las costas al interior; hasta alcanzar, como los toscanos, el dominio del territorio comprendido de uno á otro mar, de tal suerte, que el país pudo ser llamado Magna Grecia. Si los itálicos se vieron, empero, arrojados y en parte dominados por ellos, recibieron en cambio de los mismos la escritura, los pesos y medidas y muchos otros medios indispensables al comercio y á la cultura.

J. DE FALKE.

LECTURA 59^a**El continente misterioso.**

ALLÍ cerca había apilados serones llenos de carbón, viéndose dos muchachos prontos á pasar el combustible; y á unas dos yardas de distancia estaba instalada una forja más pequeña, en la cual el hierro era convertido en martillos, destrales, hachas de campaña, lanzas, cuchillos, sables, alambres, balas, brazaletes, perlas, etc. En aquella selva está muy adelantado el arte del herrero, atendido el aislamiento en que viven sus habitantes.

Por tradición éstos han adquirido muchos conocimientos, y parece que gracias á la inmunidad de que han disfrutado en tan lúgubre retiro, de generación en generación se han ido comunicando sus secretos y adelantos, lo que prueba que el hombre selvático es un sér progresivo y susceptible de mejora.

El día 17 de noviembre atravesamos varias cordilleras de elevados cerros, separadas por espantosos y oscuros barrancos, por medio de los cuales corren algunos arroyos de agua límpida en dirección Oeste, y despues de una jornada de once millas hacia el Noroeste, empapados por la humedad del bosque, llegamos á Kampunzu, distrito de Uvinza, donde viven los verdaderos aborígenes del país de las selvas.

El pueblo de Kampunzu tiene unas quinientas yardas en longitud; consta de una sola calle, de treinta piés

de anchura, con casas bajas de techo, y está dividido en dos alas simétricamente alineadas á ambos lados.

Varias aldeas de las cercanías tienen idéntica forma.

Lo más característico del pueblo, de Kampunzu es la doble hilera de cráneos distantes diez piés el uno del otro que hay á lo largo de la calle única, clavados unas dos pulgadas en el suelo, cuyos *hemisferios cerebrales*, blanqueados por el tiempo, relucen de una manera extraordinaria. Sólo en el pueblo de Kampunzu contamos 186 cráneos. A mí me parecieron cráneos humanos, si bien algunos ofrecían una extraordinaria proyección en los lóbulos posteriores, otros en los huesos parietales, al par que los frontales eran muy bajos y deprimidos; pero las suturas y el aspecto general de la mayor parte de ellos eran tan parecidos á los cráneos humanos que, casi sólo por conocer la opinión de mis acompañantes pregunté á los jefes vuanguvana y á los árabes á qué especie pertenecían aquellas osamentas. La contestación fue ésta:

—Son cráneos de *soko*.

—¿Sokos de la selva?

—Ciertamente, contestaron á una.

—Traedme inmediatamente aquí al cacique de Kampunzu, dije ansioso de saber la verdad, á causa de los portentosos relatos que oyera de labios de Livingstone y de los naturales del Manyema.

Compareció el jefe de Kampunzu, hombre que tendría treinta y cinco años, alto y de complexión robusta, á quien pregunté:

—Amigo mío, ¿qué son esas cosas con que habéis adornado la calle de vuestro pueblo?

El interpelado respondió:

—*Nyama* (carne).

—¡Nyama! ¿Nyama de qué?

—Nyama del bosque.

—¡Del bosque! ¿Y qué significa esto de nyama del bosque?

—Son altos como este muchacho (é indicaba mi portafusil, Mabruki, que medía 4 piés 10 pulgadas). Andan como los hombres, y dan vueltas con un palo, que les sirve para golpear los árboles y producir un ruido atroz.

El nyama devora nuestros plátanos, y nosotros lo cazamos, le damos muerte y nos lo comemos.

—¿Es buena su carne? pregunté.

El cacique se sonrió y me dijo que era excelente.

—¿Si en este momentouviéseis uno, os lo comeríais? añadí.

—Ciertamente que sí. ¿Acaso debe rechazarse lo que es bueno para comer?

—Está bien; oid lo que voy á deciros. Aquí hay cien cauris; idos con vuestros hombres á cazar uno de esos nyamas, y traédmelo vivo ó muerto: sólo necesito la piel y la cabeza; lo demás de su cuerpo os lo regalo.

Antes de emprender la cacería, el cacique de Kampunzu me trajo parte de la piel de uno de esos nyamas, probablemente la sección correspondiente al lomo del animal. El pelo era color gris oscuro, con algunas pintas blancas y de una pulgada de largo; una línea de pelos más oscuros indicaba la espina dorsal. El indígena me aseguró que aquel era un fragmento de la piel de un *solco*; mostrándome además una gorra de la misma materia, que yo le compré.

Al anochecer regresó el cacique de su excursión, sin haber obtenido lo que deseaba. Me manifestó el deseo que tenía de que permaneciésemos dos ó tres días más, allí, hasta tanto que él pudiese armar algún lazo para

coger á los *sokos*, pues estaba seguro que durante la noche visitarían las plantaciones de bananos. No siéndome posible complacerle, compréle por unos cuantos cauris el cráneo de un macho y otro de una hembra.

En este pueblo también vimos algunos bancos encorvados, fabricados con la *Rubiaceæ* ya mencionada, artesas parecidas á tablas para jugar al chaquete, taburetes admirablemente labrados y adornados en los bordes del asiento con tachuelas de metal y *dientes de soko*.

Parece que abunda mucho el cobre en el país de los uavinza, pues con este metal fabrican las astas de sus lanzas, los mangos de sus cuchillos y los puños de sus bastones, así como les sirve para su adorno personal en forma de collares, de brazaletes, de aros y de balas para el tocado.

Además de sus lanzas cortas y con ancha punta, los uavinza que vimos llevaban pequeños pero sólidos arcos, cuyas cuerdas son fibras de la caña de Indias. Sus flechas, fabricadas de caña, tienen cosa de un pié de largo, son muy afiladas y su punta está impregnada de un veneno vegetal. Los uavinza no usan puntas de hierro, pues requiérese mucho tacto para manejar esta clase de armas mortíferas. Los arqueros *vuanyamuvezi* no lanzan sus flechas á mayor distancia de cincuenta á sesenta piés. Un aborígene, compadecido de su poca destreza en el manejo de la flecha, arrojó una á la distancia de 200 yardas. Los indígenas se jactan de que el más insignificante rasguño causado con sus flechas, basta para matar á un elefante, añadiendo que gracias al temor que las mismas inspiran, han conseguido procurarse marfil de *Molembalemba* (*Dugumbi* de Nyangué).

Siendo tenida la hermandad de sangre por indicio de buen querer y tranquilidad, verificóse esta ceremonia

entre Francisco Pocock y el cacique de aquel lugar, y luego se cambiaron algunos regalos.

Desde Kampunzu un sendero conduce á Meginna y á Miango, cerca del río Urindi, en cuya márgen Sur, al decir de los árabes, hay grandes cantidades de carbón «muy negro y reluciente.» Otro sendero en dirección Nordeste conduce á Kirari y á Makongo: el primero de estos pueblos dista cuatro horas de Kampunzu, y el último siete. Se nos dijo también que un viaje de dos meses hacia el Este-Nordeste, nos llevaría á un país abierto, donde abunda mucho el ganado.

E. M. STANLEY.



LECTURA 60.^a

Delavigne.

Los hijos de Eduardo

ACTO II—ESCENA VI

Eduardo y Gloucester

GLOUCESTER (*aparte*) ¿Será este niño mi esclavo ó mi amo?

(*Se apoya sobre el sillón de Eduardo*)

Señor, he tomado toda precaución para que os veáis libre de los homenajes de la corte.

EDUARDO. Y os lo agradezco: la embriaguez de estas emociones es enervante. Apenas puedo levantar mis párpados ardientes; mis fuerzas hállanse agotadas.

GLOC. Ay! cuantos disgustos implica este rango, que despierta tanta envidia. ¡Bello sobrino, os compadezco!

ED. Pronto una mirada de mi madre desvanecerá mi pasajero dolor. Habladme de Ricardo ¿me ha extrañado mucho? ¿Decid, señor, si se ha acordado del viajero?

GLOC. No sé....

ED. Sí: creo á mi corazón y al suyo y á su dulce imagen, cuyas sonrisas me han acompañado durante todo el viaje.... Pensaba en mí, que palpitante de esperanza, buscábale, llamábale, creía verle arrojándose á mí cuello con su infantil alegría, y llorar sobre mi pecho entrelazados sus brazos á los míos: y yo le oí, señor, tal como si le hubiera tenido presente, decirme entre sollozos: Eduardo, al fin te veo!

GLOC. Deseo cultivar esta santa amistad; yo tomaré los trabajos y las preocupaciones y todos los fastidios del poder; sean para vos la libertad, el cariño y la loca alegría de los juegos de un hermano!

ED. Oh tal vez envidie esos juegos, milord; pero otras preocupaciones deben llenar mi vida.

GLOC. Y qué preocupaciones?

ED. Soy rey.

GLOC. Dios míol lo seréis, pero no os llenéis de trabajos prematuros. No echéis sobre vuestra juventud un peso del que os es fácil libraros; demasiado pronto gozaréis del triste privilegio de reinar.

ED. Aunque debiese ir á reunirme con mis abuelos en la flor de la edad, es preciso que yo vea las cosas con mis ojos. Lord Rivers me lo ha dicho. Si mi padre, engañado, si ese rey tan querido, no hubiese cerrado los suyos en un momento de cólera, Clarence, á quien amaba y á quien tanto ha llorado!....

GLOC. Clarencel

ED. No hubiese espirado en la Torre.

GLOC. (*aparte*) Tiene demasiada memoria.

ED. Ah, qué diferencia! A esta Torre donde yo llego entre júbilo, él llegó sin esperanza! Aquí fué. . . . entre estos muros. . . . él verlos me hace daño; tan á menudo han visto correr sangre real!

GLOC. Pero esa vez la sentencia castigaba á un culpable.

ED. La sentencia que mata á un hermano, siempre es revocable.

GLOC. (*á parte*) Sospechará que yo. . . .?

ED. Un hermano! este dulce nombre atrae el perdón á los labios de los reyes! Eduardo lo acordó.

GLOC. Demasiado tarde.

ED. Nó; pero el crimen, aun á pesar de su perdón, hirió á la víctima.

GLOC. Desechad de vuestra mente tan triste recuerdo.

ED. Aunque lo intentara, no lo podría conseguir. Oigo brotar del corazón de mi desgraciado padre este grito: «Mi hermano ha muerto! yo le hice morir! Oh desgraciado hermano! Ah! no que nunca tu sangre, caiga sobre él,» dijo abrazándome, ni sobre mis hijos! Y su voz se extinguió entre lágrimas.

CASIMIRO DELAVIGNE.



LECTURA 61.^a

El Egipto Superior

A la madrugada del día siguiente volvemos otra vez al Muski, el cual se halla casi desierto, pero está ya sentado en el ángulo de una calle lateral, el viejo remendón, en su nicho, delante del cual hemos podido contemplar algunas imágenes pintorescas de la vida del pueblo. También está en pié un hombre de los que crían gatos, y ya hemos visto que, en tiempo de los Faraones, estos animalejos cazadores de ratones, eran tenidos por sagrados; pero debemos añadir que aun hoy día es el Egipto el Eldorado ó, mejor dicho, la tierra de Jauja de los gatos. No hace mucho tiempo que tuvo un caireno la ocurrencia de dejar en su testamento un legado para la manutención de estos animales; y un noble alemán, que en la Edad Media peregrinó por el Oriente, habla de un soldado que, teniendo allí cerca una amenísima sombra, se dejaba no obstante atormentar, aunque suspirando, por el sol abrasador de medio día, porque el gatito que se había dormido en su regazo no quería que le molestasen. La prolongación de la calle de Muski, situada más allá del canal de la ciudad (Chalig) se llama *calle Nueva*; la que seguimos hasta llegar á la calle del bazar de los caldereros, Suk en-Nahhasin, en donde están situados el moristán ú hospital de Kalaun, del que ya hemos hablado anteriormente, y la mezquita de Barkuk. Enfilamos esta

calle, porque hay en ella algunas tiendas y talleres de muebles que tenemos que comprar. Lo demás lo mercamos en uno de los bazares vecinos, á los que dan los cairenos el nombre de «Suk», ya que bazar no es palabra árabe, sino persa. Lo que es hoy, no hay muchos compradores, pues es miércoles, y el lunes y el jueves son los días destinados para los mercados principales. En éstos suele bullir la gente delante de las tiendas, y entre los compradores y vendedores vá pregonando el *dallal* ó subastador muchos renglones, los que remata al mayor postor. Eso es cuanto hay que ver en estos *sukos*, los cuales suelen estar cubiertos, y cuando aprieta el sol, son más frescos que las calles abiertas. Ordinariamente las hileras de tiendas de que constan los bazares suelen estar rodeadas de una gran fábrica llamada Chan, con sus almacenes. Sólo así se comprende que en muy pocos minutos se nos presenten muchas cosas que no podían haber cabido en tiendas tan pequeñas. Las muestras de los «dukane» no expresan el nombre de su dueño, sino sencillamente una sentencia religiosa. Un enrejadillo tendido sobre la abertura de la tienda es lo único que la guarda de ladrones cuando el mercader la deja de día; pues de noche, según ya hemos visto, están los *sukos* cerrados y guardados por vigilantes.

En el Egipto superior necesitaremos mucha moneda de cobre, la que encontramos en la tienda de un cambista judío, á quien nos han recomendado. Pertenece este hombre á los rígidos creyentes de su comunidad, y vá vestido completamente á lo oriental, siendo oriundo de Palestina, como lo son los más de los israelitas que llevan turbante en Egipto. En el cuartel de los judíos, en cuya calle Mayor vive el sarraf ó cambista, habitan solamente los hebreos á quienes agrada vivir entre sus correligiona-

rios, pues por disposición del khedive Ismail, gozan de todos los derechos y libertades que disfrutaban las otras religiones, y algunos de los comerciantes más ricos y considerados del Cairo son israelitas, sumando su total de 6 á 7,000. Las trece sinagogas que ellos edificaron y las dos sectas en que se dividen, están presididas por un gran rabino. En las ciudades de las provincias del Egipto superior hemos visto poquísimos judíos; bien que es muy difícil distinguirlos por sus facciones de los árabes que proceden de la misma cepa.

Nuestro viejo cambista, que nos ha servido bien y barato, enviará una talega de monedas de cobre á nuestro bote fondeado en el Nilo, con lo cual ya no nos queda nada más que hacer y estamos listos para la marcha. Mañana tempranito nos embarcaremos en el bote, dispuesto ya á dar la vela, pues la tarde de hoy la vamos á emplear en visitar la selva petrificada, que es otra de las maravillas de Egipto, y desde las alturas de Mokattam podremos ver otra vez el Cairo, envuelto en los últimos albores de la tarde, para no darlo nunca más al olvido. En tales excursiones se aventuran los europeos por la vez primera á montar el camello, lo cual origina escenas muy divertidas para los que no dan en ellas una caída y quedan descalabrados.

Al que escribe estos renglones le llevó un agilísimo borrico por el Bab en-Naer y por las inmediaciones de los sepulcros de los califas. Con todo, bueno es servirse de un dromedario, por cuanto el camino que pasa por el desierto es tan arenoso, que vimos atascado en él un tiro de cuatro caballos. A nuestra izquierda dejamos la montaña Roja (*gebel el-achmar*), que es otra de las cosas notables de Egipto, para los mineralogistas y geólogos sobre todo, que comparan la piedra arenácea que descansa

sobre marga caliza, dura, fónica, miocena, silicosa, rojo-pardusca, con la piedra de molino que se encuentra en la cuenca de París, siendo también interesante para los picapedreros, los que ya desde milenios atrás la trabajan para diversos objetos. Oscar Fraas asegura que el afamado coloso fónico Memnon, cerca de Tebas, y su hermano gemelo, los que ya veremos más adelante, procedían sin duda de la montaña Roja, á la que une un ferrocarril con la ciudad y el puerto del Nilo, y que dá en grandísima cantidad muelas para molino y todo el material para las carreteras macadamizadas que parten del Cairo y Alejandría. Su cráter, comparado con el del Vesubio, es monstruoso, debido todo á las necesidades de piedra dura de cien generaciones. Su aspecto causa más sensación á los legos en ciencias naturales que el del famoso bosque petrificado, á donde llegamos en cinco cuartos de hora, después de una tirada, trasponiendo colinas desnudas y arena amarillenta y pendientes de montaña cubiertas de sal fibrosa. Los que se imaginan encontrar al término de esta expedición (llamada *gebél Khashab* por los cairenos) un monstruoso cúmulo de corpulentos árboles hundidos en el suelo, convertidos por un portento de la Naturaleza en durísimo mineral, los tales, repetimos, que con esta mira visiten el bosque petrificado, se verán completamente chasqueados; pues si bien es cierto que se ven miles y miles de trozos, ya grandes, ya pequeños, de troncos petrificados, unos debajo de la arena y otros en la sierra arenácea, no tiene su vista nada de imponente. El mismo geólogo no puede menos de comparar este sitio tan celebrado con las capas de carbón de la Alemania central; y el que las haya visto en nuestro país sabe perfectamente que no tienen éstas nada de pintoresco ni atractivo. Pero el que escucha al botánico que le dice que aquellos pardos

pedruscos, duros como el hierro, verdeaban muchos milenios atrás al calor del sol, como madera llena de savia y frondosos árboles balsámicos (*Nicolia ægyptiaca*), y que se mecían é inclinaban ante los vientos, entónces obra en el que tal oye, la fuerza imaginativa, y atónito ha de confesar que tiene la Naturaleza una mano mucho más feliz que el hombre para conservar sus organismos, hasta en el mismo Egipto, de suyo tan conservativo, como hemos visto.

El regreso nos lleva por las alturas del Mokatam, y en el camino fijanse las miradas de los viandantes en el suelo, cuajado todo de animales marinos petrificados, los cuales no pudieron menos de llamar la atención del venerable Herodoto y de Estrabón, el célebre geógrafo romano. La hilera de alturas que á Levante ciñen el Cairo, pertenecen á la grande especie de sierras numulitas, las cuales se extienden desde el Occidente del Africa septentrional, por el Egipto y la India hasta la China y el Japón. Dicen que estas sierras numulitas pertenecen á las capas más antiguas de la época terciaria, y que siguen inmediatamente á la creta. Estas montañas son notables por su exuberante riqueza en petrefactos bien conservados; encontrándose entre ellos muchísimas almejas y caracoles, cangrejos y erizos de mar. Las masas principales están formadas de miles de millones de numulitas, de grandes rizópodos y del grupo llamado politalamio. Las especies mayores tienen un diámetro que pasa del de nuestro duro, y las más pequeñas no le tienen mayor que una lenteja. Estos mismos materiales se encuentran también en las pirámides, cuyas piedras proceden, según ya hemos visto, en su mayor parte de numulitas calizas del Mokatam. Pero mientras estamos recogiendo petrefactos, dirigimos la vista á lo lejos, pues si bien la del

Cairo y su ciudadela nos llenan de regocijo, no nos cautivan menos las alturas del Mokátam. Todo lo que desde ellas alcanza la vista produce en nosotros el efecto de un castillo destruido por una fuerza mágica. ¿Pero de dónde procede que, en esta montaña caliza desuuda, los colores y matices del cielo y del éter que envuelve al desierto, á la tierra de labor, al Nilo, á la ciudad de los vivos y á la necrópolis, nos parecen mucho más esplendentes, diversos y delicados que la vista de que gozamos en la célebre plataforma situada cerca de la mezquita de Mohamed Alí?

A nuestro regreso por la amarillenta arena del desierto, pasamos al lado de miles de sepulcros y centenares de mausoleos coronados de sus cúpulas. ¿Qué se ha hecho de la solemne quietud de esta necrópolis atravesada por estruendosos ferrocarriles y ensordecida por el silbido de las locomotoras que ahuyenta el silencio del cementerio? Antes que llegemos á la ciudad ha salido la estrella vespertina, y se oyen los ladridos de perros salvajes y de chacales, y muévense como fantasmas las aspas de los molinos de viento que se levantan en las colinas. Estos molinos no eran conocidos de los antiguos egipcios, puesto que los introdujeron en este país los franceses, á principios de este siglo; pero está este pueblo tan aferrado á lo antiguo que, ni aun en esta tierra tan rica en cereales, ha arrinconado el labrador su antiquísimo molino de mano ante la rueda movida por el viento ó por el agua.

J. EBERS.



LECTURA 62.^a

De Vigny

El Cuerno.*(Fragmento)*

GÚSTAME oír por la tarde y en el fondo de los bosques, el sonido del caracol, ya sea que cante los gemidos de la cervatilla perseguida, ó el ¡á Dios! del cazador, que recoge el débil eco y que lleva de hoja en hoja el viento del norte.

Cuántas veces, solo, perdido á media noche en la sombra, he sonreído de gozo al escucharle, y cuántas más, llorado! Porque me parecía escuchar en él, algunos de esos gritos proféticos que precedían á la muerte de los antiguos paladines.

O montañas de azur! ó patria querida! Rocas de la Fran-
zona, circo del Marboré, cascadas que os precipitáis arras-
trando las nieves derretidas, manantiales, cañadas, arro-
yos torrentes de los Pirineos, montes helados y flore-
cientes, trono de las dos estaciones cuya cúspide es de
hielo y de césped los pies! Es preciso entre vosotros oír
las notas lejanas del caracol melancólico y tierno.

A menudo, cuando el ambiente yace en silencio, hace
resonar la noche con esa voz de bronce, algún viajero; y
á sus cadenciosos cantos, mézclase en torno de él, el ruido
del armonioso cascabel del corderillo balador.

Una cervatilla curiosa, en vez de ocultarse, detiénese
é inmovilízase en la cima de la roca, y la cascada une
en una inmensa caída, su eterna queja al canto del ro-
mance.

Almas de los caballeros, ¿volvéis acaso? ¿Habláis tal
vez vosotras en la voz del cuerno?

Roncesvalles! Roncesvalles! ¿Vaga quizás aún en tu
valle sombrío, la inconsolada sombra de Rolando?

A. DE VIGNY.



LECTURA 63.^a

Las gotas de rocío.

DEL manto desprendidas de la rosada Aurora, más bellas que las perlas que engendra el hondo mar, las gotas de rocío, que el sol naciente dora, en una flor galana ví tenues retemblar.

Del iris reflejaban los varios tornasoles, los espacios cerúleos, de la nieve el candor, de las nubes flotantes los vivos arreboles, de los prados y bosques el plácido verdor.

Al ver que flor y gotas, amantes se besaban, de tan dulce cariño la causa pregunté, y las auras que alegres las flores columpiaban, á coro me dijeron, lo que fiel contaré:

«Nacieron juntas dos flores,
con las mismas tintas rojas,
del mismo corte sus hojas,
su tallo móvil, igual:
eran las flores más bellas
que cubrió el manto del cielo,
el más perfecto modelo
de cariño fraternal.

A un mismo tiempo vertían
su cáliz de esencias puras,
inundando las alturas

de perfume por doquier;
bebían á un mismo tiempo
las luces de la mañana,
colorando así de grana
su hermoso virgíneo sér.

A la par daban al aura
sus tiernísimos arrullos,
que imitaban los murmullos
del lejano undoso mar;
y á la par movía el viento
sus leves purpúreas galas,
como de un ángel las alas
se van moviendo á la par.

Mas como hay flores que viven
lo que en la mar las espumas,
lo que en el monte las brumas,
lo que en el mundo el placer,
una de las dos gemelas
murió al lucir la mañana,
dejando á su pobre hermana
en lánguido padecer.

En vano las mariposas
en torno de ella volaban,
y en vano la consolaban
auras, pájaros y sol;
sus hojas tan envidiadas
fueron perdiendo su brillo,
y tornándose amarillo
aquel vívido arrebol.

Mas el hada de las flores,
del suceso sabedora,
á la matizada Aurora
mandó rápida venir,
y con palabras que ansiosas
con suave perfume bañan
las flores que la acompañan,
así se la oyó decir:

—Hay una flor que padece
sin tregua, paz, ni consuelo,
y pues en el triste suelo
el ilanto calma el dolor,
toma esas copas do bullen
lágrimas tersas y puras
y tú, desde las alturas
viértelas sobre la flor.—

Dijo, y se perdió indecisa
por las sendas alfombradas
con las flores deshojadas
que el viento recogió ayer;
y cuando el alba siguiente
abrió sus puertas de plata,
una inmensa catarata
de perlas dejó caer.

Perlas que la flor cubriendo,
al humedecer sus hojas,
de nuevo con tintas rojas
las hicieron colorar;
perlas que fué aprisionando,

la flor, del tallo corona,
como la concha aprisiona
las blancas perlas del mar.

Desde aquel día las flores
pueden endulzar sus penas,
y hacer leves las cadenas
con que las ata el dolor;
desde entonces del rocío
vierte las copas la Aurora,
y son las perlas que llora
las lágrimas de la flor.

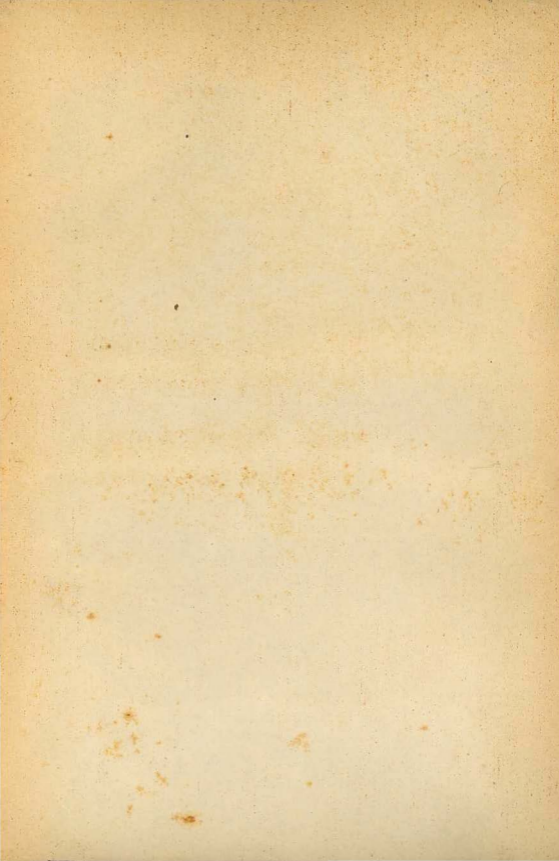
MELCHOR DE PALAU.



ÍNDICE

	<u>PÁG.</u>
Lectura 1. ^o — La Imprenta.....	3
Lectura 2. ^a — Deberes para con la patria..	6
Lectura 3. ^a — El vapor.....	9
Lectura 4. ^a — El hombre, la parra y el pantano..	13
Lectura 5. ^a — La hipocresía.....	14
Lectura 6. ^a — El Somnicida.....	16
Lectura 7. ^a — La urna de las lágrimas.....	19
Lectura 8. ^a — El Pararayos.....	22
Lectura 9. ^a — El vaso de agua: Primera parte.....	26
Lectura 10. — El grabado.....	30
Lectura 11. — El vaso de agua: Segunda parte.....	32
Lectura 12. — La litografía.....	35
Lectura 13. — El vaso de agua: Tercera parte.....	37
Lectura 14. — El ángel de la muerte.....	40
Lectura 15. — El profesor de signos.....	44
Lectura 16. — El requiem del cuervo.....	47
Lectura 17. — El picapedrero javanés.....	61
Lectura 18. — Jorge Washington.....	65
Lectura 19. — El General D. José de San Martín.....	67
Lectura 20. — Simón Bolívar.....	70
Lectura 21. — Manuel Belgrano.....	72
Lectura 22. — Mariano Moreno.....	75
Lectura 23. — El General Paz... ..	77
Lectura 24. — El General Las Heras.....	79
Lectura 25. — D. Vicente López y Planes.....	81
Lectura 26. — El General D. Tomás Guido.....	83
Lectura 27. — Estéban de Luca.....	27
Lectura 28. — Bernardino Rivadavia.. ..	89
Lectura 29. — El virey Liniers.....	82

Lectura 30. — Los esposos de Mistress Skaggs.....	96
Lectura 31. — La pesca	100
Lectura 32. — La muerte de María Estuardo	103
Lectura 33. — La encarnación del hijo de Dios.....	105
Lectura 34. — La muerte de Rancé.....	108
Lectura 35. — Los conquistadores.....	111
Lectura 36. — El polvo	112
Lectura 37. — Alborada.....	114
Lectura 38. — Debe y haber.....	116
Lectura 39. — Doña Urraca.....	123
Lectura 40. — El crítico	126
Lectura 41. — Coplas y glosas	133
Lectura 42. — Las campanas.....	136
Lectura 43. — Macbeth	140
Lectura 44. — Oliverio Twist	142
Lectura 45. — Elegía	146
Lectura 46. — Un Juez hábil.....	152
Lectura 47. — Noche serena	157
Lectura 48. — Oración fúnebre del príncipe de Condé.....	160
Lectura 49. — El manuscrito de mi madre.....	163
Lectura 50. — Gloria in excelsis.....	168
Lectura 51. — Historia de una madre.....	172
Lectura 52. — Los mineros	182
Lectura 53. — Don Quijote de la Mancha.....	185
Lectura 54. — Una función de pólvora.....	195
Lectura 55. — Los ideales.....	199
Lectura 56. — La felicidad.....	205
Lectura 57. — Las dos famas.....	206
Lectura 58. — Roma	207
Lectura 59. — El continente misterioso.	211
Lectura 60. — Los hijos de Eduardo.....	216
Lectura 61. — El Egipto superior	219
Lectura 62. — El cuerno.....	225
Lectura 63. — Las gotas de rocío	227



PUBLICACIONES DE LA CASA

EJERCICIOS DE LECTURA, por el Dr. F. A. Berra. Método por palabras, 2 tomos con numerosas ilustraciones.

Estos libros pueden usarse con los carteles de Lectura y Logografía del mismo autor, ó separadamente. Todos los grabados han sido dibujados expresamente para ellos, y muchos que se refieren á costumbres de nuestro país, han sido ejecutados aquí por un artista competente.

LA MAMÁ, por el Profesor Normal D. Carlos N. Vergara, primerario de lectura y escritura simultáneas. Aprobado por la Asociación Nacional de Educación. Con numerosas ilustraciones en cromo.

EL NENE, por el Profesor Normal D. Andrés Ferreyra, Inspector de Instrucción Primaria. Libro primario de Lectura. Método por palabras.

Texto aprobado por el Consejo Nacional de Educación.

EL BUEN LECTOR, por la Sra. Julia S. de Curto. Lecciones progresivas de lectura. Texto aprobado por el Consejo Nacional de Educación.

LECTURAS SELECTAS, por el Dr. Calixto Oyuela (Ex-Catedrático de literatura castellana en el Colegio Nacional de la Capital y de Filosofía en la Escuela Normal de Profesores). Un tomo, prosa y verso. Aprobado por el Consejo Nacional de Educación.

COLECCIÓN DE TROZOS ESCOJIDOS DE LITERATURA CASTELLANA (desde el siglo XII hasta nuestros días). España y América, por el Dr. Calixto Oyuela.

Segunda edición, considerablemente corregida y ampliada.

Tomo 1.º Prosa—Autores del siglo XII al XVIII.

Id 2.º id —Autores del siglo XIX.

Id 3.º Verso—Autores españoles del siglo XII al XIII.

Id 4.º id —Autores españoles del siglo XIX.

Id 5.º id —Autores Americanos.

Se venden por colección y por tomos separados.

LECTURAS MORALES É INSTRUCTIVAS, coleccionadas y dispuestas para uso de las Escuelas Comunes, por José J. Benutti. Texto aprobado por el Consejo Nacional de Educación.

EL POLÍGRAFO ARGENTINO, mosaico de lectura, por los Profesores Andrés Ferreyra y Elcodoro Suarez, Inspectores de Instrucción Pública.

ANGEL ESTRADA Y Cia.

CALLE BOLIVAR NÚM. 466—BUENOS AIRES